

LA
NOCHE
DE LOS
Nibelungos

*Los Nibelungos son un enigma. Un enigma, salvaje
y despiadado, que se alimenta de carne humana...*

Miguel Ángel Casañ

LA NOCHE DE LOS NIBELUNGOS

Miguel Ángel Casáu

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *La noche de los Nibelungos*

© *Miguel Ángel Casáu*

Edición publicada en julio del 2019

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*

Maquetación: *Alexia Jorques*

LA
NOCHE
DE LOS
Nibelungos

*Los Nibelungos son un enigma. Un enigma, salvaje
y despiadado, que se alimenta de carne humana...*

Miguel Ángel Casañ

*Para todos aquellos
que luchan por un sueño.*

— ÍNDICE —

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[Otras obras del autor](#)

1

Vuelve a amanecer.

La vida es un río largo que fluye demasiado deprisa. Cuando vienes a darte cuenta has terminado en el mar, arremolinado entre plásticos, espumarajos ocres de sal y aguas fecales. Y si piensas con anterioridad en la pureza de los afluentes por los que transitabas, siendo niño o adolescente, de camino por suaves pendientes montañosas, entre encinas y pinares envueltos de aire puro, tienes la certeza de que no fuiste ese agua limpia y cristalina que venía de allí arriba, ni ese niño adolescente, despreocupado de casi todo y también divertido, sino un melancólico recuerdo de imágenes que tal vez nunca existieron. Y aceptas el mar sucio, lleno de sueños marchitos y rencores, porque no te queda otra salida que la de reconocer la cercanía de la enfermedad y de la muerte.

Tu nombre es Álex Sistiaga, estás contemplando la salida del sol sentado sobre la roca y te maravillas por hacerlo cada día. Te preguntas cómo pueden cambiar tanto las cosas de la noche a la mañana, jamás pensaste en que te recrearías de ese modo con un cuadro como el que tienes delante, ni se te hubiera pasado por la cabeza, y ahora lo disfrutas como si no hubiese otro próximo amanecer.

“Maldita sea”, piensas, “siempre viviendo en el futuro y su incertidumbre, en el temor a lo que pueda pasar, perdiendo el momento presente, el ahora, que es lo realmente válido. Cuando sientes dolor, no lo sientes en el futuro, lo sientes en el ahora, ¿no es cierto? Pues entonces espera a que duela para quejarte de verdad; mientras, céntrate en el instante, porque solo así lo podrás saborear y se te quitarán de una vez por todas los miedos, el disfraz que mejor sabemos llevar y que a nadie le gusta colocarse”.

“Pero todo eso acabó”, opinas con referencia a los miedos. En la actualidad, te has convertido en otro hombre, con otra perspectiva diferente de

ver el mundo, desde que aquella maldita noche la barbarie se posara sobre la ciudad desgarrando el aire con gritos aterradores. Es penoso que una gran masacre tenga que acontecer de repente para saber todo lo que has perdido y, por mucho que te esfuerces, no vas a recuperar, porque lo que has perdido de verdad no se compra ni se vende, son sentimientos y emociones que no supiste dar en su momento, tiempo malgastado que dejaste enrobar de puro aburrimiento.

Sara, tu mujer, desapareció un día dejándote una nota escrita sobre la mesita de la entrada: “No quiero que me sigas ni te pongas en contacto conmigo. Busca un abogado. Lo nuestro se acabó, tal vez porque nunca hubo nada”. Sara se marchó como una apestada o puede que el apestado fueras tú. Ella tenía su puesto de procuradora laboral y no quería dinero. Mucho estrés, poco cariño y una losa encima de hastío y soledad. Hugo, el hijo de ambos, destinado en un ambulatorio de Madrid en Atención Primaria, muy lejos de vosotros, tanto en la distancia como en los afectos. El trabajo de Sara y el tuyo propio sembraron la lejanía en el corazón de Hugo, muchos años conviviendo bajo el mismo techo sin llegar a conoceros en la intimidad. Cuando se enteró de vuestro divorcio, poco o nada se conmovió, gélido como un iceberg en medio del océano Ártico. El cariño se siembra, no brota por generación espontánea. Y ninguno de los dos había estado a la altura cuando él os necesitó.

El trabajo, siempre el trabajo ocupando tu tiempo, con unos, con otros, negociando, trasnochado de bares y de alcohol y alguna puta de por medio, risas entre compañeros, brindis sin fuste y, por las mañanas, resacas de boca pastosa al despertar en la desangelada habitación de un hotel.

Ese sería tu breve resumen, Álex Sistiaga, de triunfos, derrotas y sabores agridulces, aunque por supuesto hay mucho más. Sin embargo, lo que cuenta en este momento es el lugar en donde estás. Ahora vives en la montaña, desde hace unos meses, siguiendo un camino tortuoso que conduce hasta una vieja casa de paredes desconchadas, casi a los pies de la cima, alejado de la ciudad, alejado de los Nibelungos, alejado de la barbarie. El mundo ha cambiado muy rápido y jamás lo hubieras imaginado. Es el sinsentido el que toma sentido, y ciertamente existe. Tan civilizados éramos que no teníamos conciencia del verdadero terror. Como para volverse loco. Perdidos en estupideces, en sintaxis inútiles, en cambios de palabra que no significan nada,

siempre escogidas con la ligereza de un papel de fumar para que nadie se sienta agraviado. Es la diplomacia cobarde. Hay que joderse. Toca otra época, otra etapa, que nunca se sabe si es mejor o peor, simplemente es distinta, y pese a vivir con hambre y con necesidad, te sientes más vivo, porque cada día se eterniza, siempre en alerta, degustando el tiempo. Antes, la monotonía de las semanas y meses se repetían como un cuaderno de hojas siempre con el mismo mensaje en sus líneas, sin añadir o hacer nada nuevo.

Ayer bajaste hasta una rambla buscando algo de alimento, encontraste hogares deshabitados y te colaste dentro en busca de cualquier lata de conserva olvidada que llevarte a tu refugio de paredes desconchadas. Ya casi no queda gente en los alrededores. La mayoría se han marchado, se han muerto o fueron asesinados. Algunos quedan escondidos en cuchitriles diseminados, al abrigo de alguna colina o valle, lugares difíciles de localizar.

Cuando regresabas en dirección a tu montaña con la mochila vacía de comida se te acercó un hombre entrado en años, unos setenta y algo, la mirada del miedo en el reflejo de sus ojos. Solo que algo podía mucho más que su recelo para dejarse arrastrar hasta donde tú estabas. Levantó los brazos y tú hiciste lo mismo en señal de no agresividad. Se puso a llorar. Te dijo que una de sus nietas, la única que aún vivía con él, había desaparecido. Estaba seguro de que se la habían llevado. El corazón se le partía de angustia. Dijo que había ido a por agua en uno de los pozos de las ruinas de abajo y ya no regresó. “La tienen ellos seguro”, dijo con voz rasposa y las comisuras blanquecinas de saliva seca cristalizada. “¿Sabes dónde están?”, le preguntaste. “Quienes fueron, no podían vivir demasiado lejos, porque de no ser así habrían pasado de largo, esta zona es difícil de localizar por su accidentada orografía”, te contestó.

Acompañaste al viejo a su morada, subiendo una cuesta considerable de asfalto desgastado y gravilla suelta hasta metros por un camino de tierra, cien metros más arriba a la izquierda, apenas señalizado, oculta la construcción en una arboleda. Allí no tenían agua, por eso había que bajar a uno de los pozos y el pobre hombre ya estaba lo suficientemente cansado a su edad como para ir y venir muy a menudo, su nieta lo hacía por él la mayoría de las veces. Previamente, te había enseñado el itinerario hasta el lugar donde recogían el agua, que muy poca gente conocía. Le dijiste que harías lo que estuviera en tu mano, que intentarías encontrarla, viva o muerta. El anciano bajó la vista con

desasosiego al oír la palabra muerta.

Es curioso, con cincuenta y tres años en las espaldas, y buen estado de salud, a pesar de los excesos, que siempre los hubo, tú, Álex Sistiaga, habías decidido, en medio de aquella época de oscurantismo, sentirte un héroe, o más que héroe hacer lo que tantas veces deseaste realizar con anterioridad y por indolencia no llevaste a cabo. Siempre pensando en la empresa, en la falta de un buen sueldo en caso de que te sustituyeran por una persona más joven, en vaciarte a base de esfuerzo y trabajo, adelantándote a los acontecimientos y previendo los inconvenientes del mercado para no salir malparado.

“¿De qué había servido todo eso?”

Tanto te preocupaste de los asuntos de fuera, que nada tenían que ver contigo, que se te olvidó vivir. Y vivir es sentirte vivo, que no es lo mismo que estar vivo. Y cuando la supervivencia y la muerte acechan, uno está más activo que nunca, y tú asumiste al fin lo que no habías tenido arrestos de aceptar hasta entonces: el hecho de que ibas a morir, lo más probable, pronto que tarde. Pero para morir, antes hay que vivir, eso lo tienes muy presente. Cada día convertido en una novedad. Por eso ahora procuras darlo todo, exprimírte por dentro. Brindar tu ayuda a quien lo necesite, ganarte a la poca gente que encuentres en tu ir y venir solitario; porque pretendes que te quieran, porque sabes valorar el precio de darte a los demás. Y temes perder la oportunidad. Crees que una persona se siente bien cuando transmite calma y afecto.

Te percataste tarde, Sistiaga, pero te percataste, después de todo, de que hay que maravillarse de cosas tan simples, pero tan poco corrientes de efectuar, como es, por ejemplo, el estado de la contemplación, la contemplación sosegada de todo: de una persona, de un paisaje, de un pensamiento, de una situación...

Cada forma o elemento que percibes es una señal, un significado a tus sentidos. Y este viejo que has encontrado es una flecha indicadora para moverte rápido y hacer algo por su nieta. Al menos, intenta saber qué ha sido de ella para aplacar su incertidumbre desbocada.

Y volviste a la zona de abajo y recorriste las ruinas donde estaba el pozo y también los alrededores. Cuando estás en campo abierto crees que es

imposible encontrar una pista de por dónde continuar o de por dónde se fue o se fueron los individuos. Pero los campos, aunque no están señalizados, tienen vías de paso exclusivas que no te dejan ir por donde tú quieres, sino por donde el terreno te lo permite. Son los senderos las carreteras por las que circulan quienes deciden adentrarse en sus entrañas. Y en la ruta que va hacia el sur divisaste un trozo de tela color marrón prendido en una de las zarzas que lo circundan.

“Debe de formar parte de sus vestimentas”.

A la nieta la arrastraron por esa senda. Así que la continúas hasta ver dónde acaba. Luego, decidirás si te diriges hacia un sitio u otro. También debes hacer caso del instinto, otear lo que alcanza la vista y dejarte llevar por el sentido común. A la mujer se la llevaron a rastras, la tierra lo describe así por los garabatos que dibujan sus pies, pero luego, ante la negativa de esta a avanzar, se la echaron al hombro. Los Nibelungos, los malditos Nibelungos. Juras y perjuras que si los encuentras los matarás, los aniquilarás sin remordimiento alguno.

El sendero del sur termina bifurcándose en dos, uno a la izquierda que se dirige a la costa y el de la derecha, que continúa hacia los antiguos campos de invernaderos, bordeando el mar. El instinto te dice que tomes el que se dirige hacia los invernaderos. El silencio en esa zona es especial, profundo. Habías vivido rodeado de ruidos perennes, de cláxones apuntalando tus tímpanos desde primera hora de la mañana, de murmullos de la muchedumbre convertidos en la suma de un grito irritante, de los sonidos estrepitosos que genera el trasiego de la gente, y nunca te habías percatado del silencio, en detenerte un instante para apreciar el verdadero silencio. El silencio es algo mágico, es un sonido que te habla, es el viento perfilando tu cara y tus cabellos, el movimiento cimbreado de las ramas de la vegetación, ese baile mudo que parece entonar una canción solo para ti. Y te fijas en el paisaje, vas como imbuido en endorfinas, los segundos son macro segundos eternos, hay espíritus a tu alrededor, o es el alma universal de todos los muertos convertida en energía vital. Hasta que la magia de ese mutismo desaparece y vuelves a percartarte nuevamente de tu cruda situación.

Tras dos horas caminando bajo un sol untuoso y asfixiante, que hace sudar incluso bajo las uñas de los dedos, te paras y abres la mochila, cuyas cinchas

recalan humedad sobre tus espaldas, porque ellas también se han impregnado de la transpiración que desborda tu organismo. Sacas de su interior una botella de agua de dos litros y comienzas a beber: agua hervida que siempre tomas la precaución de preparar antes de rellenar la botella. Si en algo te sirvió tu profesión de veterinario es en prevenir accidentes infecciosos y parasitarios. Que para tiempos como aquellos no viene mal un cierto conocimiento sanitario, porque escasean las medicinas y los antisépticos, y una mala herida puede conducirte a la muerte. Por eso siempre intentas llevar encima al menos una simple pastilla de jabón, de esas que has encontrado en algún sitio abandonado de los que sueles visitar, aprovechando la búsqueda de enseres que puedan ser útiles y de alimentos que no se hayan llevado aún. Recuerdas de pronto, ahora que mencionas el jabón y las heridas, encontrarte un perro lobo hace un mes escaso, tumbado en el suelo, con los efectos de la enfermedad del tétanos apoderándose de su cuerpo. Son de tal magnitud los efectos de la toxina, que las fibras musculares se contraen de forma firme y progresiva hasta llegar a romperse muchas de ellas, y se termina asfixiado sin poderlo remediar, con las facciones de la cara exageradamente tensas, a tal punto, que pareces sonreír de manera cómica, como si algo te hubiera hecho gracia. Así estaba el pobre animal aquel día, sonriente y con la vista fija en un lugar incierto, es la sonrisa sardónica de la muerte, síntoma exclusivo y diferenciador de la enfermedad del tétanos, junto con las orejas triangulares tiesas, estiradas hacia arriba como la goma de un tirachinas. Cuando se llega a ese estado es imposible neutralizar el veneno, no hay remedio para la cura, ni siquiera pinchando dosis masivas de antibióticos.

Acabas caminando pegado a la costa, sobre un acantilado que te permite ver los rizos del mar ahí abajo; son como multitud de borregos con la lana manchada. Luego, el sendero serpentea hacia tierra dentro y pierdes el vértigo de la altura conforme descienes a nivel del mar. A lo lejos ves una casa con varias higueras grandes dándole cobijo y sombra. No hay marcos de madera en las puertas y ventanas, solo los huecos empedrados y carcomidos. No hay calor ni humanidad. El viento sopla en favor de tus oídos. Escuchas sollozos de mujer y algún alarido horrible. Te sales del camino y te sumerges en una hondonada detrás de unos palmitos y varias pitas. Dejas la mochila escondida por ahí detrás y quitas de las ataduras una delgada viga de hierro, terminada en punta afilada, que sacaste de una antigua obra de albañilería. En el otro extremo le has hecho una especie de mango con trapos y cinta americana,

enrollada a su alrededor, que te sirve de soporte. Te aproximas con cautela. Por dentro pareces despedir fuego hasta exudarlo por la piel, es como si hubieran prendido una mecha en tu vientre que se irradia al exterior. Es probable que sea un sistema defensivo frente a una acción violenta previa. Tu cabeza detiene el tiempo y piensa con la tranquilidad de un reloj que se ha parado. La lucidez embarga las neuronas. Te sitúas por la parte de atrás de la casa, que no tiene portezuelas ni huecos traseros, nadie te puede ver, y recorres la pared lateral, de piedra maciza, hasta la esquina delantera de sus muros; justo al volver, está la puerta de entrada.

Oyes los sollozos y el sufrimiento que emergen de ahí dentro. Los Nibelungos están haciendo de las suyas. Al parecer, solo hay dos. Apenas hablan entre ellos, si es que saben, nunca los has escuchado articular palabra alguna, tan solo una especie de gruñidos con los que da la impresión de entenderse. En general, son sigilosos, solitarios y van como mucho en parejas, como ocurre ahora. Aparecen cuando menos te lo esperas y están diseminados por todas partes, en todos los territorios, desde que aparecieron aquella noche maldita de hace meses. Por eso hay que verlos antes de que ellos te vean: para esconderte y huir, o para matar. No hay elección.

Con paciencia esperas junto a la esquina a que salgan, porque saldrán, más tarde o más temprano, si algo sabes hacer ahora, Sistiaga, es esperar. Las prisas no conducen a nada positivo, y en este mundo sin relojes, menos aún. Dejaste anclados en tu inconsciente aquella celeridad enfermiza por llegar a tiempo a las reuniones, o para coger el metro o el tren o el avión, siempre mirando tu muñeca izquierda, como si te estuvieran dando sacudidas de alto voltaje. Un preso con la argolla del tiempo rodeando tu muñeca izquierda. Has aprendido muchas cosas diferentes en la época salvaje en la que estás. Y una de ellas es romper la argolla y liberarte, liberarte de las prisas y del tiempo. Ahora duermes cuando tienes sueño, comes cuando tienes hambre, bebes cuando tienes sed. No hay reglas, ni sistemas, es tu organismo el que determina lo que debes hacer en función de sus necesidades, él solo se va regulando en su ciclo biológico natural.

De pronto, oyes un bufido y tensas las manos que agarran el hierro. Sientes una respiración honda que se va acercando a la salida. Elevas el arma y contienes el aire de tus pulmones. Tus músculos se agarrotan, pero no precisamente por el tétanos. Es la fuerza contenida, la energía que se va a

desatar. Más adentro se escucha el forcejeo del otro compañero utilizando a su antojo a la mujer, los empujones y cabezazos de ella contra el suelo, las lamentaciones de resignación, los gruñidos y las embestidas de la lascivia y la brutalidad.

Ves una figura enorme rebasar la puerta de entrada de la casa, sigue recto en dirección a una de las higueras que hay enfrente. No se ha dado cuenta de que existes. Cegado todavía por el fuerte contraste de la luz, avanza unos metros y se pone a mear, mientras evita el sol cubriéndose los ojos en visera. Ni siquiera se coge ese pene engrosado para apuntar sobre la arena. Orina todavía restos de semen que quedan en su interior, haciendo un divertido charco en el suelo, que enseguida reabsorbe la tierra polvorienta. Va desnudo completamente. A ellos les importan poco los ropajes mientras haga calor, son bestias en celo, instintos que saciar. Está tan ensimismado y entretenido con su polla y su meada que no te oye acercarte por detrás blandiendo el hierro poderoso. Hombre que actúas rápido, va tu vida en ello. “¡Fiuuu!” , suena la vara rasgando el aire con la precisión de un escalpelo, golpeando de lleno su nuca. Tienes la sensación de abrir una sandía en dos mitades, cruje el hueso y brota líquido igual que de una manguera, es la sangre que se desparrama por la espalda mientras cae a plomo sobre su propia meada. No le ha dado tiempo a reaccionar. Las extremidades todavía tiemblan con los estertores. Las moscas, alborotadas, empiezan a llegar.

Das media vuelta, dejando el sol a tus espaldas, y también al cadáver, esta vez relajado y sin estertores, después de propinarle varios golpes más. “Descanse en paz”. Las moscas verdes metalizadas comienzan la invasión. Es extraño, piensa Álex, insectos a los que nunca se suele ver, escondidos como en el último rincón del planeta, y en el momento que aparece materia orgánica, ahí están ellas de repente, sin saber de dónde han salido, ni la lejanía en la que están, es como si se hubieran materializado en mitad de la nada. En cierto modo son como los Nibelungos, aparecieron de pronto, aquella noche de marras, de horror, sin saber nadie por qué ni de dónde, una sombra devastadora desplazándose por todos los rincones de la ciudad, por eso se les llamó de ese modo, como en la mitología alemana: seres oscuros materializados del interior de la tierra. Se les puso ese nombre por bautizarlos de alguna manera, pero la verdad sobre su procedencia o la transformación que sufrieron, para convertirse en lo que ahora son, se desconoce por completo. Es un enigma.

Te paras a pensar un instante y te das cuenta de que tienen más puntos en común con las repugnantes moscas verdes: se alimentan de la carne y de la materia orgánica de cualquier animal. Y también comen humanos. Y a la chica que hay dentro, la devorará el individuo que queda en cuanto esté saciado su instinto, si no pones remedio. Tú, Sistiaga, los relacionas en cierto modo con lo que fuimos y con lo que somos, nosotros los hombres. Los Nibelungos son la parte del ser humano que nadie quiere ver, pero que realmente es: la bestialidad, el primitivismo, el horror, el verdadero horror. Todo eso que llevamos dentro y nos da miedo reconocer, escondido en lo más profundo de nosotros mismos, hasta que un día sale y se muestra tal y como es en la realidad.

“¡Qué hipócritas! Eso es lo que nos produce tanta consternación: vernos convertidos en lo que no queremos ser, pero que sabemos que somos”.

Alzas la vara de hierro, manchada de sangre, para dirigirte al interior de la casa. Te quedas bajo el umbral de la puerta, miras y esperas a que se acostumbren tus pupilas. Las embestidas contra la mujer se siguen sucediendo. Ella tiene la mirada perdida, de vez en cuando aparecen gestos de dolor, pero ya solo espera, espera a que termine y, en cierto modo, se libere de un dolor que ya no le genera tanto dolor, al haberse vuelto insensible, tanto su corazón como la vagina. No puede hacer otra cosa. De pronto la mujer mueve los ojos porque te ha visto, se produce un brillo en su mirada que denota una rendija de luz, de esperanza. Tú levantas el dedo índice y lo llevas hacia la boca, haciendo un gesto de silencio mientras te acercas hasta ellos. El Nibelungo está encarnizado dándose placer y no ve nada a su alrededor, ofuscado con lo que hace, igual que nosotros, cuando en una época anterior, nos dejábamos encandilar con los teléfonos móviles, incapaces de discernir lo que ocurría en nuestro entorno, absortos prácticamente las veinticuatro horas del día con aquella delgada cajita de los deseos que resolvía cualquier papeleta con solo pulsar sus teclas.

“Todos los deseos materiales se cumplirán si posees un teléfono móvil, solo hay que pedirlos a través de internet y te los envían, viene un repartidor diligente y amable al día siguiente, con el paquete reforzado en cartón, en perfectas condiciones de entrega. No seas tonto y pide tu deseo, todo el mundo hace lo mismo, ¿no lo vas a hacer tú?”, enjuicias con sarcasmo.

Bonitos años los de la tecnología de las comunicaciones, pensábamos que nos harían felices y que nos protegerían de todo; sin embargo, no nos defendieron de los Nibelungos. En el fondo, no nos salvaguardaron de nada, si acaso de nuestra soledad. Y ni eso.

Vuelves a mirar tu arma, que es lo único que te protege de verdad, y te acercas a la mole, que sube y baja encima de la mujer, próximo a la eyaculación, próximo al éxtasis; las babas colgando en hilos viscosos; los gruñidos, caóticos y descontrolados, justo antes de culminar. Coges la viga con las dos manos, bien apretadas sobre la empuñadura, la izas sobre su espalda y la dejas caer con todas tus fuerzas, atravesando su caja torácica, que suena a neumático de coche reventado, hasta alojarse en mitad de los pulmones, muy cerca del corazón. Un rugido ahogado se hace eco de la casa mientras hundes la viga más adentro, removiendo en círculos, como si estuvieras cocinando en un puchero, y luego la desclavas con rapidez. La mujer sigue paralizada en el suelo, aplastada por el gran cuerpo que tiene encima, desplomado sobre ella en primera instancia, para, poco después, recuperar algo las fuerzas e incorporarse de rodillas. Hay aturdimiento y orgasmo al mismo tiempo en él, brota semen de su sexo recién extraído, culebrean todavía sus caderas, adelante y atrás. Y tú, Sistiaga, le golpeas la cabeza mientras la carne se abre en bordes irregulares, zigzagueantes. La mujer se arrastra sobre sus codos, boca arriba, su misión es salir de debajo del animal y escapar del peso opresor. El Nibelungo termina tambaleándose, cayendo sobre su flanco derecho, en tanto que sigues apaleándolo hasta que deje de moverse, antes no terminarás tu faena. Los jadeos estrepitosos dejan de escucharse, han perdido volumen poco a poco hasta colocar el botón en la posición de Off.

Dejas la viga en el suelo, te duelen las manos, las articulaciones, los huesos, y necesitas descansar, que la adrenalina y el estrés se diluyan por completo. Reposar unos minutos, solo unos minutos para restablecerte del infierno de la rabia.

Es curioso, en aquel mundo el tiempo se dilata de manera ostensible, antes los días eran como horas en el calendario de la vida y ahora los minutos son como horas en el calendario de la muerte, quizá esta última razón sea la

causa de que la noción del tiempo se haya dilatado más aún dentro del propio tiempo, al saber que la historia de uno mismo se puede acabar en cualquier momento y sin florituras de ningún tipo. Ya no somos los protagonistas de la obra, no hay coronas de flores, ni despedidas con llantos en los tanatorios, ni cajas de maderas nobles que oculten las inmoralidades que cometimos en alguna ocasión, sin que los demás lo supieran nunca. Te vas al otro barrio y te dan mucho por culo, no importas en absoluto, eres un añadido más que estuvo aquí y se fue. La vanidad del individuo poco importa ya, eso quedó para otro tiempo, cortito, cortito, cuando todo en la sociedad giraba en torno a producir, acaparar y tener más para ser el mejor, siempre crecer para tener más: más riqueza, más dinero, más joyas, más inmuebles. Pensábamos que eso era lo correcto y lo que debíamos hacer. ¡Pues ahora piensas que no era lo correcto! Era lo que creíamos que era lo correcto, que es diferente. Por suerte, las tierras ya no son de nadie, no hay vallas ni cercas que puedan acotar tus pasos: puedes proseguir por donde desees; los que fueron sus propietarios, o están muertos, o huyeron, dándole igual lo que pase con ellas. Todo se modifica en función de los factores externos y nos adaptamos a los nuevos factores como si siempre hubiera sido así desde el principio. El cerebro es una máquina maleable que se amolda a cualquier suceso venidero con la misma facilidad que un condón de látex.

La chica te está mirando mientras se cubre el cuerpo desnudo y sangrante con los brazos. No es por pudor, es protección involuntaria. Está arrinconada, incorporada sobre uno de los hombros, en la pared de la esquina del fondo, lo más lejos posible del Nibelungo muerto. Adviertes sus ropas sobre un sillón desvencijado con los muelles sobresalientes, las desenganchas y se las acercas, midiendo tus movimientos, como quien se acerca a un perro asustado, sigiloso, para que no huya ni se defienda ni se sienta acorralado. Debes actuar como el héroe que quieres ser, Sistiaga, si deseas que la chica se encuentre cómoda, que vea que eres su salvador. No debe de tener más de veintitrés años, un poco menos que tu hijo, y acaba de pasar por uno de los traumas y humillaciones más grandes que le puedan pasar a una mujer. Piensas en Hugo y te maldices a ti mismo por no haberle demostrado la ternura debida cuando pudiste hacerlo. Aunque ya no hay marcha atrás. Uno se equivoca muchas veces y esas equivocaciones son para aprender y sobreponerse, no para hundirte en la miseria y caer en una depresión. Lo normal es que salgas derrotado varias veces antes de alcanzar una victoria. Dirigirse por el mundo

es complicado porque nadie sabe las reglas verdaderas, la persona puede creer que lo hace bien y lo más probable es que sea todo lo contrario. Lo cierto es que solo los fuertes sobreviven ahora, los depresivos no tienen hueco para vivir. Y la muchacha, aunque haya sido violada y maltratada, se sobrepondrá a base de coraje y esfuerzo, lo adviertes en su forma de mirarte, donde todavía anida un rastro de orgullo, en tanto que recoge las prendas de ropa y termina de colocárselas sobre la piel mancillada.

—Tu abuelo me dijo que intentara encontrarte —le dices, ofreciéndole tu mano para que se levante y poneros en marcha, y ella se sobresalta de emoción, el bueno de su abuelo debía de estar muy preocupado, pero conociéndolo como lo conoce sabe que nunca perdería las esperanzas y haría todo lo posible por encontrarla. En este caso le pidió ayuda a un extraño. Ya es tener mucho valor, los pocos habitantes que quedan en la zona suelen ser suspicaces y se fían poco de los desconocidos, aunque su abuelo si no hubiera pedido ayuda hubiera sido capaz de ir él solo en su busca, a pesar de sus huesos artríticos y retorcidos.

El día va cayendo en picado, el sol desciende como arrastrado de un hilo hacia abajo, caminan silenciosos sin apenas pronunciar palabra. La gente se ha vuelto esquiva y poco conversadora, una simple mirada dice mucho más que decenas de frases bien hilvanadas sobre un cuaderno de bitácora, es como si el pensamiento flotara entre los individuos y fueran capaces de entenderse sin mediar conversación alguna. La comunicación verbal tiende a desaparecer, la intuición se multiplica, los sentidos se intensifican. También es cierto que las ocasiones de hablar con alguien son pocas, dada la escasa demografía.

La chica da un trapiés al engancharse bajo las raíces de un arbusto seco. Os queda poco para llegar, estáis hambrientos y tu mochila anda huérfana de provisiones. Sonrías ahora pensando en aquellos días que aconsejaban realizar cinco comidas diarias: “Lo más sano para no engordar y mantenerse en línea”, decían los expertos, los mismos expertos que no tenían ni puñetera idea de nada. Ahora se come y no se sabe cuándo va a ser la siguiente vez que lo hagas. El hambre te mantiene despierto y alerta, y cuando por fin te llevas un bocado a la boca, el estómago lo tritura y digiere en cuestión de segundos, exprimiendo toda la energía que aporta ese alimento. Ya no existen las digestiones pesadas, como cuando solo se pensaba en comer. Comer, tragar, beber, atracarse. Llenar el estómago con la única intención de saciar la

insatisfacción, la frustración que llevamos auestas, algo que el acto de comer no puede saciar nunca, es incompatible, por eso siempre estábamos comiendo a todas horas, reprochándonos al mismo tiempo que lo estábamos haciendo mal por partida doble. Gordo y culpable. Culpable y gordo.

Llegáis al repecho de carretera donde viven el abuelo y la chica, ella parece sobreponerse de pronto, da una voz desesperada dando aviso de su llegada y sale corriendo en su busca para abrazarlo. Es el único nexo familiar que le queda, sus dos hermanas huyeron con sus familias, y sus padres fallecieron antes de la invasión de los Nibelungos; de buena se libraron. Se produce un abrazo fervoroso, ahora la muchacha rompe a llorar todo lo que no lloró estando contigo, Álex. El anciano le acaricia la espalda y le dice: “Ya pasó todo, mi princesa”. El aire se impregna de emoción, de cariño. Continúan abrazados un buen rato, las cabezas sumergidas en el cuello del otro, suspirando.

Te resulta agradable verlos felices, la felicidad momentánea es verdadera, mucho más no puede durar porque si no se falsea y se prostituye, son instantes prendidos en el aire, motas de polvo que atrapas y se vuelven a escapar. El abuelo eleva el rostro y te busca con la mirada, suelta a su nieta de entre los brazos y se acerca para agradecerte lo que has hecho. Las lágrimas se desploman sobre su cara, pocas veces ha llorado este hombre y hoy es una de ellas. Dice que te quedas a comer algo y tú no puedes decir que no, el hambre es de lo más difícil de combatir, es un instinto tiránico. Tus tripas revientan de alegría, más aún cuando te dice que tiene algo de carne para preparar y patatas hervidas. Matará uno de los conejos que cría y lo pondrán en el fuego.

Te quedarás a dormir hasta el día siguiente en aquella casa. Sabes que lo más probable es que no se vuelvan a cruzar en tu camino ninguno de los dos, como casillas de un juego de mesa donde no se repiten las historias.

Las estrellas prenden en el cielo, son farolillos recién encendidos.

Esa noche dormirás tranquilo, igual que tu conciencia.

2

¿Cómo empezó todo, Sistiaga, lo recuerdas?

Habías ido al funeral de tu amigo Mario, te llegó un correo electrónico de Javi Ramírez avisándote de su muerte. Llevabas muchos años sin saber de Mario, también de Javi, pero los amigos de la infancia y la adolescencia se llevan empotrados en el corazón como si el ayer siempre hubiera sido hoy. Es curioso, los recuerdos quedan anestesiados en tu interior con el paso de los años y cuando llega una noticia así, tan repentina, afloran en tu cabeza de golpe como si estuvieran regándote el cerebro con ellos. Y por un momento te trasladas a esa época en que fuiste un crío y te paras a pensar y a preguntarte en lo quedará dentro de ti de aquella persona de hace cuarenta o cuarenta y cinco años. Por supuesto, biológicamente no queda nada, pues las células que constituyen tus órganos han sido renovadas varias veces cada equis tiempo, no queda nada de ese hígado que tenías de niño, o de ese corazón, o de los músculos fuertes de tu cuerpo con los que eras capaz de hacer el pino a dos manos y mantenerte el tiempo que te diera la gana, o del mismo sistema nervioso que conforma tu cerebro como órgano más importante. Es como si fueras otra persona diferente, que nada tiene que ver con la que eres ahora, incluso tu forma de pensar es totalmente distinta a como pensabas décadas atrás. Quizá sea el paso del tiempo quien ha ido demoliendo tu inocencia para convertirte en perro resabiado y viejo, en corazón acorazado. Y ahora que conoces la muerte de Mario, añoras esa inocencia que esculpía tu forma de ser. Y vuelven esos sueños imposibles que tenías de pequeño, pero que sorprendentemente se hicieron realidad. Porque los sueños se vuelven realidad si crees con firmeza en ellos. Si bien sucede que, una vez los has alcanzado, se convierten en rutina y dejan de ser quimeras, para pasar a ser un trasto más que no sabes dónde colocar. Con el tiempo, incluso, se convierten en un estorbo del que nada quieres saber. Empiezas a renegar de todo, nada satisface tu estado personal y te conviertes en un malhumorado; síntomas incuestionables de que te estás haciendo demasiado mayor. Y por desgracia es

así. Eso de envejecer no se suele llevar bien y quien diga lo contrario miente, a todo el mundo le fastidia envejecer, envejecer es una putada, ya lo decía tu madre sentada en el sillón de casa mientras veía a una estrella de cine, en el ocaso de su carrera, que en su día fue un galán de los más atractivos de Hollywood, protagonista de enésimos filmes de renombre: “Qué malo es hacerse viejo, con lo guapo que era ese hombre”, decía murmurando, como si tuviera una amiga íntima al lado a quien se lo estuviera comentando, en tanto que seguía haciendo con las agujas de molde ese jersey de lana que tanto te torturaba ponerte después.

Pero si regresas al mundo de los sueños, tenías uno que te duró mucho, mucho tiempo, quizá te acompañaba desde los ocho o nueve años ya. Ese sueño era el de volar. Muchas noches acudían fieles esas sensaciones placenteras, por eso te acostabas pensando con ilusión si esa noche soñarías con volar, porque cuando lo hacías te sentías libre, lleno de felicidad cada vez que planeabas por el aire y mirabas lo lejos que quedaba el suelo, las carreteras, los solares en construcción, las personas diminutas. Y tú, por encima de los edificios y las azoteas, subías y bajabas dejándote llevar por las rachas de viento, todo un cuadro lleno de colores llamativos, el sol iluminando la ciudad con la claridad nítida de quien nunca ha usado gafas graduadas. Para eso eres el protagonista que puede hacer lo que para los otros está vetado. Tú eres el superhéroe, y es sorprendente que ahora de mayor necesitas serlo también en el mundo de los Nibelungos, un salvador de gente, un protagonista de tu historia, que todo se mueva a tu alrededor como si fuera una aventura, porque si algo tiene de bueno ese nuevo universo que te rodea es que no hay reglas, las construyes tú para sobrevivir dentro de tu ética de superhéroe.

Antes dijiste que las fantasías por imposibles que parezcan se cumplen y la tuya se cumplió. Terminaste volando casi de igual modo que de pequeño, con las mismas sensaciones que cuando por las noches te desplazabas sobre los cielos abiertos. ¿Qué cómo se cumplió algo a todas luces inexplicable? Aprendiendo a nadar en el mar. Te diste cuenta de que, los movimientos que utilizabas nadando, eran idénticos a los que ejecutabas cuando flotabas en el aire; y la misma impresión de ingravidez sentías al deslizarte por la superficie del mar.

Y tú, Sistiaga, te convertiste en un buen nadador de aguas abiertas. Especialmente, cuando llegaban los veranos, nadabas kilómetros y kilómetros

todos los días. Te hacía feliz contemplar los peces al fondo, aleteando entre las algas y las rocas, mientras los sobrevolabas a tu paso; o bien, introduciéndote en un banco de miles de pescados pequeños, tan numerosos y brillantes, que por mucho que huyeran, abriéndose a un lado y a otro, seguías entre ellos; al punto, casi, de tocarlos con las manos y sentirte un pez más, como cuando acompañabas a las bandadas de aves siendo un pájaro más.

Hasta que un día se truncó aquello que más ilusión te hacía.

¿Por qué queremos diferenciarnos tanto del resto de los animales? ¿Por qué cada hombre o mujer quiere ser diferente, más depredador y egoísta si cabe, más consumidor? Todo basado en la singularidad del hombre, en lo especial de cada uno. El egoísmo es tan destructor e invasivo que termina arrasándolo todo por completo. Si nos dejáramos conducir de igual manera que se conduce la propia naturaleza, la tierra seguiría su curso natural y no se produciría tanta desolación, pero la máquina de producir del hombre, la tecnología, la explotación de materias primas, la extracción de minerales, generan tantos desechos y contaminación que ya no hay lugar donde colocar tanta basura. Algo semejante fue lo que cortó de raíz tu fantasía, Sistiaga, pues año tras año el mar iba degenerando, cada vez más enturbiado y cargado de residuos. Ya no solo temías a las medusas, sino a los plásticos que se te pegaban al cuerpo cuando ibas dando brazadas y se te enredaban en las extremidades, a las compresas flotantes de color rosado, los vasos de plástico de los chinos, las bolsas del supermercado, los excrementos de los bañistas. Aunque la contaminación excesiva no fue el detonante de que dejaras de nadar, el motivo fue algo mucho peor, tan desagradable y espantoso, que tus brazos y piernas tomaron dirección a tierra y avanzaron, quizá, más rápidos que nunca, hasta que llegaste a la orilla y te sentiste a salvo. ¿Qué ocurrió para que abandonaras la natación tan bruscamente? Que ya no solo el océano estaba colmado de basura sino también de cadáveres. Ver un bebé posado en el fondo, con las cuencas comidas por los peces, hinchado y de color verdoso es una de las visiones más terroríficas que se pueden contemplar. Y eso es lo que te sucedió, Sistiaga: que el mar se estaba llenando de muertos, de despojos que intentaron previamente llegar al paraíso de nuestras tierras y que jamás alcanzaron. Se comenzaba a correr el peligro de que las olas trajeran con frecuencia cuerpos en descomposición hasta las orillas de nuestro mar.

Que a uno le roben su sueño de golpe es de lo más duro que pueda

sucedarle a un ser humano. Y tú no te recuperaste nunca de ese duro golpe. Ya no fuiste el mismo. Era el único deseo que arrastrabas desde la niñez, y una parte de esa niñez te fue sustraída, quedándote un vacío irrecuperable con aquel incidente. Tuviste otras ilusiones siendo mayor, pero ya no eran lo mismo, más artificiales y materiales, si cabe, y la ingenuidad no entraba en ellos.

Si bien, en el funeral de Mario, hubo un punto de inflexión hacia tus fantasías, trasladándote de nuevo a esos territorios que invadían los sentimientos de infancia, aquellos que pensabas que no volverías a pisar jamás. Y crees con algo de optimismo, tal vez demasiado, que serás capaz de elevarte por los aires otra vez y emerger por encima de las grandes paredes de las edificaciones de una gran ciudad.

“¡Qué ingenuo el muchacho! ¡Cuánta imaginación! ¿No es cierto?”

Pero si alguien ejerce de abogado del diablo, y se pone en tu lugar, entonces debe dejar que mantengas esa convicción latente. ¡Qué más da que sigas siendo un soñador! Hay que mantener las ilusiones siempre en candelero si no te vas agriando, envejeciendo y muriendo poco a poco.

Aunque si haces humor negro sobre la muerte, morir poco a poco no es el caso de lo que ha sucedido con tu amigo Mario. El pobre ha caído víctima de un cáncer de páncreas. Actuó de forma tan fulminante la enfermedad que se lo comió por dentro en menos de un mes. Ni siquiera te enteraste de su padecimiento, tan solo cuando llegó el correo electrónico con la triste noticia de su defunción. Sacaste un billete y te viniste a la ciudad. Allí en la planta baja del tanatorio viste el cartelito con el nombre completo de Mario, y lo primero que se te vino a la cabeza fue que al día siguiente ese cartelito con su nombre ya no estaría, habría otro nombre en su lugar y otro difunto sustituyendo el espacio que ocupaba tu amigo.

Es media mañana y hay una cantidad considerable de gente, la mayoría de ellos te resultan desconocidos, seguramente personas de su entorno laboral, trabajadores de una gran empresa de concesionarios de coches que vienen a despedirse de Mario. Antes de fijar la mirada en la viuda, a la que conoces muy de pasada, te diriges a la caja donde está tu amigo depositado, ver qué queda de él para compararlo con la imagen que tú mantienes de años atrás. Y te percatas de que tu recuerdo y la realidad de lo que tienes enfrente son como

el negro y el blanco, cosas diferentes por completo, ya no hay mata de pelo negro encrespado y fuerte, sino una cabeza lisa con la piel manchada de lunares parduzcos, irregulares y feos, y aquellas facciones simpáticas con la media sonrisa de antaño, que tanta alegría te transportaban cuando lo veías llegar al lugar donde os solíais reunir, se han borrado en esa cara inexpresiva de muñeco *Mádelman*, destartalado y roto. “Tú ya no eres el Mario que conocí”, piensas, “sino algo que dicen que te llamabas así, pero juraría que nada tienes que ver con él”. Te viene a la mente la película de “La invasión de los ultracuerpos”, con aquellos ciudadanos inexpresivos, poseídos por unas vainas procedentes del espacio, y transformados en seres carentes de sentimientos, eso es lo que ahora ves en el cuerpo que tienes delante y que fue tu amigo más querido.

Notas que alguien se acerca a tu lado, te toca por detrás y te dice: “Hola amigo, como estás. Cuánto tiempo sin vernos”. Y tú le miras, y cuando te das cuenta de que es Javi Ramírez, te derrumbas casi por completo y te entran ganas de llorar. Tu amigo es el único salvavidas que tienes cerca después de una tormenta de realidad. La inmortalidad que fortificaba tu juventud descubres que es imposible. La muerte se veía tan lejana que ni pensabas en ella ni creías que te incumbiría en algún momento. Ahora los tiros pasan cerca. Ves a lo lejos la pancarta de meta. Y comienzas a pensar que, cuando menos lo esperes, la habrás traspasado. Los muertos son mucho más numerosos que los vivos y nadie tiene conciencia de que lo son, el planeta es una corteza bien gorda de cadáveres y nosotros caminamos por encima de ellos.

Te abrazas a tu amigo, los dos frente al fallecido, y Javi te dice: “Pobre Mario, jamás llegué a pensar que podría verlo así, como a un extraño, como algo distante que una vez estuvo en mi recuerdo”. Y te da la razón con respecto a lo que pensabas. Os acercáis adonde está la viuda y le dais un abrazo de condolencia, que no significa nada para vosotros, la típica frase insustancial para rellenar los silencios, y os alejáis de la estancia, sentándoos en un banco junto a la puerta de la sala.

Los dos habéis venido de localidades distantes a ver a Mario, el único que permaneció en la ciudad en la que os criasteis. Javi es trabajador de correos destinado en el norte, tú veterinario de una multinacional de medicamentos para animales de granja que recorres toda la geografía nacional dando conferencias a los ganaderos con el fin de vender los maravillosos

productos que dicen fabricar. Habéis tenido suerte con la fecha del entierro porque ha coincidido en sábado del mes de julio, fin de semana, y no os ha complicado en absoluto la agenda laboral de la próxima semana. “Ha sido bueno hasta para morirse”, ironizas.

Este mediodía es la misa y después la cremación. Os alojáis en el mismo hotel, así que comeréis juntos, daréis un paseo por la ciudad, charlaréis de los viejos tiempos y luego subiréis al ático del hotel donde tomaréis algo de cenar y beberéis un par de copas a la luz de la luna. Al día siguiente, os marcharéis cada uno a vuestra respectiva ciudad y todo volverá a la rutina de siempre.

Javi intenta llamar a su mujer a través del móvil, pero le resulta imposible, desde esta mañana temprano está sin cobertura, no hay manera de establecer conexión con ella. “Está apagado o fuera de cobertura”, dice a cada momento el puñetero contestador automático, y a veces, al marcar, no llega ni a saltar el contestador, se queda como bloqueada la llamada y se corta enseguida. Es curioso, a ti te sucede lo mismo con el terminal. Los dos comentáis el incidente y Javi opina que debe de ser por lo ocurrido con la tormenta solar de estos últimos días, que según los medios informativos iba a afectar a las comunicaciones vía satélite. Desde ayer noche, la actividad coronal del sol iría en aumento, cosa que, traducida al castellano, bromea Javi, significa que las turbulencias de los rayos serían capaces de freír a los satélites que estaban orbitando por ahí arriba.

Tampoco hay internet ni wifi.

Sistiaga se percata de que, en el tanatorio, la gente anda un poco descolocada al no tener la excusa condicionada de atender el *smartphone* a cada momento mirando el *WhatsApp* o navegando por internet. “Hay que dar la cara y conversar”, piensas, “y ahora las personas no están por la labor. Estamos equivocados y aún no lo sabemos. El tiempo enjuiciará por sí solo y pasará factura patológica del error”.

—¿Te acuerdas del día que es hoy? —te pregunta Javi de repente. Y tú crees que es un día de julio normal y corriente. Miras el calendario de tu reloj y ves que es 26, un número que no te dice nada en absoluto, lo único es que hace mucho calor, lo normal en estas fechas de verano—. ¿No te acuerdas cuando hacíamos espiritismo con el vaso?

Entonces, recuerdas vagamente, cuando en tu casa, con catorce o quince años, practicabais la ouija los sábados por la tarde para ponerlos en contacto con los espíritus. Y unos tenues esbozos llegan a tu mente: la imagen de Mario, Javi y tú en el salón de casa con un vaso sobre la superficie de la mesa y los dedos apoyados en el extremo superior invocando a los supuestos espíritus para que se pusieran en contacto con vosotros. Aquello fue una cosa de críos, una diversión que siempre pensaste que el vaso lo movía el tramposo de Mario, que era un bromista y os quería asustar con sus tonterías.

—¿Y qué tiene que ver eso con la fecha de hoy?

Te sientes confuso. No tienes ni idea de a qué se refiere Javi. Y él te mira con esos ojos grandes de sorpresa y la cara llena de suspicacia, de que no lo has pillado todavía. Y te dice, que es posible que sea una simple casualidad, pero un día de aquellos que os reuníais, le preguntasteis al supuesto espíritu que se reveló durante la ouija, una tal Frederika, mujer alemana que vivió en el siglo XVIII, cuándo llegaría la fecha del fin del mundo.

Y ella dio una fecha.

—¿Caes del burro ya? —hace hincapié Javi Ramírez.

Aquella escena la ves tan apartada del tiempo y del espacio que no la recuerdas en absoluto.

—No sé qué me quieres decir con todo esto que me estás contando.

—Pues que la tal Frederika nos indicó la fecha de hoy, justo el día de mayor actividad de la tormenta solar, el mismo día que van a enterrar a Mario. Y para colmo estamos nosotros dos también presentes, después de estar tantos años sin vernos. ¿No te choca?

—¿Y cómo te puedes acordar de esas chuminadas, Javi?

—Porque apunté la fecha en un papel. Y aunque te parezca absurdo, la he conservado todos estos años. No quise olvidarla y sentía la curiosidad de qué ocurriría cuando llegara este día, y al fin ha llegado. Y, será causalidad o no, pero ¿tú recuerdas acaso un día completo con ausencia de cobertura y wifi en el móvil sin que lo hayan solucionado? En los tiempos que corren nunca ha sucedido.

La verdad es que no, jamás había ocurrido algo así, al menos que tú tuvieras conciencia de ello. Si había ocurrido en alguna parte del mundo, una caída de la red generalizada tantas horas, lo desconocías.

—Bueno, también se puede vivir unos días sin internet, digo yo —le contestas a Javi, aunque dudas totalmente de tu afirmación. Es chocante que toda esa confluencia de casualidades opere el 26 de julio, el día que un supuesto espíritu vaticinó el fin del mundo. Tal vez se solucione todo también el mismo día y no ocurra nada fuera de lo común: que entierren a Mario, que lo incineren, que pasen los efectos de la tormenta solar, se recupere la señal de los móviles y vuelva la señal de wifi. Y el mundo siga rodando como siempre lo ha hecho.

Miras la hora, la gente empieza a movilizarse hacia la capilla, va a comenzar la misa dentro de unos minutos. Javi y tú os dirigís también hacia allá. Aunque eres ateo redomado y estás firmemente convencido de que no hay nada después de la muerte, vas a ofrecer tus respetos a tu amigo, porque el hombre es hombre hasta que deja de ser recordado. Y tú quieres que Mario siga existiendo dentro de ti. Es una manera de rendirle tributo a alguien que quieres.

Sonrías un instante. Es una sonrisa de incredulidad, y a la vez de inocencia, frente a la idea de la existencia de Dios. Dejaste de creer en él hace ya tantísimo tiempo..., igual que renunciaste a otras muchas cosas. Has pasado por demasiadas etapas de fe en tu vida, no solo de Dios, sino de otras entidades y materias diferentes. De pequeño querías ser misionero, ir a África y entregarte a los demás, tal vez te inspiró el recibir la educación en un colegio de curas. También creías en unas luces del cielo que se desplazaban misteriosamente, los platillos volantes, y guardabas los recortes de periódico cada vez que leías una noticia de estas características y los clasificabas dentro de una carpeta azul marino con cierre de gomas. Y también en los espíritus de la ouija, que movían el vaso desde el más allá. En las psicofonías para grabar las voces de los muertos. En los visitantes de dormitorio, extraterrestres que invadían tu cuarto por las noches para hacer experimentos contigo.

“¡Qué tonto fuiste!”

Pero es cierto que necesitabas confiar en algo o en alguien, como casi todos los hombres, porque, si no lo hacías así, perderías el rumbo y el sentido

de lo que haces aquí. Rezaste a la virgen todas las noches, creyendo que se te aparecería un día de estos para mostrarte la divinidad del hombre. Intentaste hacer viajes astrales para demostrarte a ti mismo la existencia del alma, leíste cómo se hacían en los libros de un tal Lobsang Rampa, un supuesto lama tibetano, que años después salió a la luz pública que era un nombre inventado, y lo de lama tibetano, una quimera de mal escritor, pero soportaste esas falsedades porque tú deseabas saber si había algo más que un cuerpo físico, y si conseguías salir de ese cuerpo haciendo el viaje astral es porque había algo más, algo inmaterial y divino: tu alma. Y si existía el alma era porque existía Dios, y así cerrabas el ciclo a la comprensión de por qué estamos aquí. Pero al final lo único que has conseguido es darte cabezazos contra la pared y descubrir que es todo mentira, que somos un mero capricho del azar. Sin embargo, y sorprendentemente, es tan difícil nacer fruto de la casualidad, transformado en ser vivo, con sus órganos y vísceras en funcionamiento complejo, que es como si te hubiera tocado la bonoloto en una combinación en la que entran millones y millones de números aleatorios.

Lo mágico y sorprendente es existir y vivir. Y en ese aspecto todos los que hemos pasado por la tierra hemos sido unos afortunados, a los que le ha tocado la lotería de los números infinitos.

Es verdad que has estado dotado de una gran imaginación, por eso tu cabeza nunca ha parado de pensar y de hacer cosas novedosas. Es necesario inventar, investigar, diseñar porque eres consciente de que una de las pocas cosas que salvan al ser humano es convertirse en creador. Solo la creación y la búsqueda, ya sea en el arte ya sea en la ciencia o en cualquier otra rama del conocimiento, salva al hombre de la abulia y la insatisfacción. Somos seres insatisfechos, por eso debemos innovar, la originalidad es progreso y satisfacción. Si no, terminamos por adorar a Dios solo con la fe, para no tener así que calentarnos la cabeza. Él es la facilidad de explicarte lo que sucede en el mundo sin buscar más explicaciones; igual que admitir la existencia de visitas extraterrestres, o aceptar que hay espíritus que nos vigilan, o viajar al más allá. Todo eso es la esperanza sin racionalidad. Y tú ya no estás para dejarte arrastrar por engañabobos, ya lo hiciste demasiado en su día. Solo que gracias a caminar por tantos senderos equivocados parece que has encontrado el correcto, que te llevará a otros laberintos, confusos o equivocados, pero siempre más cercanos a la verdad que estás buscando. El saber es el mayor don que puede alcanzar un hombre, porque te da una panorámica mucho más

amplia de la vida y te vuelve humilde. Y es que, conforme más sabes, más consciente eres de tu ignorancia, y eso, paradójicamente, te convierte en un sabio humilde.

Permaneces de pie en el banco de la iglesia. Todos rezando, muchos llorando. Javi está escuchando atento el sermón del cura. Parece un buen tío. Lo es. Siempre lo fue. Todavía crees verlo junto al volante del viejo camión desmantelado en el que os reuníais los viernes por la tarde después del colegio. En aquellos tiempos, no te explicas por qué, siempre había un coche o un camión por ahí abandonado, donde se refugiaban los chavales de pantalones cortos. El vehículo aparecía de pronto, o eso os parecía a vosotros, como si se hubiese materializado de la nada, en medio de un descampado o subido en mitad de la acera de una travesía cercana donde solíais callejear, como fue vuestro caso. Según ibais saliendo de clase, os metíais en el camión esperando la llegada de los demás. Hasta cinco os llegabais a introducir apretujados. Desde allí mirabais a las chicas que iban de camino a casa. Los días de viento esperabais una racha traidora que les levantara las faldas, ellas se pegaban a la pared para taparse, sabían que las estabais mirando. Y hacíais el burro y os reíais fuerte para que ellas os oyeran. En el fondo les gustaba que estuvierais pendiente de ellas por mucho que se escandalizaran. Se sentían las protagonistas de una obra de teatro.

Tu primer amor platónico nació gracias a los ratos largos que pasabas en el interior de ese camión, se trataba de una chica rubia que vivía cerca de allí. Para ti la chica más guapa del universo. Te sonrojabas según se acercaba y pasaba por tu lado, y eso que ella era ajena por completo a tu enamoramiento, a tus miradas tras las lunas de cristal de la camioneta y a la cara de bobo que se te ponía. Era como si no existieras, pero tú te montabas tus películas y pensabas que un día surgiría el amor y daríais una vuelta por ahí cogidos de la mano. El bueno de Javi te daba codazos cuando la veía a lo lejos: “Por ahí viene”, decía, y se partía de la risa. Y tú te morías de la vergüenza. “Tierra trágame”. Nunca pudiste explicar por qué esas ganas de llegar a verla, al mismo tiempo que querías borrarte del mapa. Toda una contradicción que solo un enamorado platónico podría entender. Años después te la encontraste, un día que paseabas por la ciudad, estabas de paso, quince o veinte años atrás. Ella seguía ajena a ti y tú te preguntaste cómo pudiste estar enamorado de aquella mujer.

La caja es de madera oscura, el cura está con el hisopo echando agua bendita sobre el ataúd cerrado, la lanza con determinación, como si no quisiera que luego la madera prendiese en la incineradora, dando así prioridad a la sepultura cristiana bajo la tierra sagrada del cementerio. Ahora los muertos estorban, se deshacen de ellos lo más pronto posible siguiendo un método higiénico, diligente, no sea que comience a oler. Es como si la muerte fuera ajena al resto de los que están presentes en el velatorio y no fueran a fallecer jamás.

En el mundo de los Nibelungos los cadáveres que verás te los topará por todas partes, desmembrados o en pedazos, porque se llevan grandes trozos para comérselos. Los muertos decoran el paisaje y nadie se asusta cuando los ve. Están tan presentes en el paisaje como lo está la vida, quizá por eso la vida tenga mucho más valor ahora que antes de la invasión.

La primera vez que viste un cadáver no tendrías más de cinco años. Antes se les velaba en casa. Colocaban junto a la entrada una mesita de patas cruzadas con un tapete negro y un libro de firmas encima, la gente ponía su rúbrica y el libro normalmente se completaba hasta el final como muestra de condolencia hacia la familia. Tú que eras un pequeñajo te sentiste con el impulso de penetrar en la casa e investigar lo que pasaba, simple curiosidad de niño. No tienes demasiados recuerdos de antes de los cinco años, y ese es uno de ellos. Dentro reinaba un silencio reverencial, algunos murmullos de viejas vestidas de negro y gente alrededor de la cama donde estaba aquel cuerpo pálido, con el traje de los domingos recién planchado, la corbata negra y los párpados cerrados, igual que si estuviera durmiendo una siesta. Pensabas que ibas a tener miedo cuando lo vieras, pero solo sentiste curiosidad y en cierto modo respeto. Sin darte cuenta te acercaste a él, casi podías tocar la cama y oírlo respirar de un momento a otro. Una de las ancianas que había sentada junto a la cama te dijo malhumorada que te fueras de allí, que ese no era lugar para los niños, y tú te marchaste rápido, con la sensación de que si no te castigarían y se lo dirían a tus padres. Te dio más miedo la bronca de la vieja antipática que el difunto en sí. Duró poco la aventura, pero te gustó, es como si te hicieras más hombre por haberle echado valor.

La viuda llora desconsolada. Al lado, su hija, la abraza y gime. El hijo, en el otro lado, permanece serio y distante, con la mirada fija en el ataúd. “Ya te queda poco, Mario. Pronto todos se irán y tú permanecerás ardiendo en las

llamas de un horno aséptico, con el tiempo calculado y ligero aroma a gas butano, hasta que solo queden cenizas allí donde estaba tu cuerpo”. Son las cenizas del cadáver, tan pesadas que no puedes explicar por qué resultan tan pesadas las cenizas de un muerto.

“A ti, al menos, nunca te podrán devorar los Nibelungos”.

3

Conforme avanza la tarde, detectas un comportamiento irritado en la muchedumbre, sospechas que puede ser debido a la ausencia de cobertura telefónica y de wifi, o a las radiaciones solares que deben de estar friendo nuestras cabezas, piensas medio en broma medio en serio por el comentario anterior de Javi. Ambos venís de dar un paseo por el bulevar del puerto deportivo. Te has indignado al ver atracado en el muelle de enfrente, a unos ochocientos metros de distancia, junto a la naviera donde al parecer lo están reparando, el yate gigante de un particular, aunque más que un yate se trata de un trasatlántico de tamaño medio. Dicen que costó cuatrocientos millones de euros. Que una persona tenga dinero suficiente para comprarse un barco con esas dimensiones significa que tiene una fortuna inimaginable para gastar. Poseer una fortuna así te parece no solo escandaloso e insultante sino pecaminoso e inmoral. Nadie merece tener una cantidad de dinero como esa, no puede estar producido por manos honradas. Se necesitarían demasiadas vidas continuadas para conseguirlo. Y, aun así, lo dudas. Deberían existir leyes que prohibieran esos excesos exorbitados que van contra natura. Aunque todos sabemos que cuando existe dinero de por medio no existen derechos humanos. El dinero es un ente que está por encima del hombre. No sabe de respeto ni de conciencia, no piensa, ni siquiera es inteligente, pero está siempre por encima del hombre. Si uno se para a pensar qué significa el dinero se dará cuenta de que es algo abstracto, y sin embargo muchas de nuestras expectativas están puestas en él. La felicidad, por ejemplo.

“Me río yo de la felicidad”, piensas.

En Londres contemplaste a unos cuantos jeques árabes con su séquito de esposas, cubiertas desde la cabeza hasta los pies, solo para robarles la identidad como seres humanos. Y también la dignidad. Y nadie decía nada. Son sus costumbres. A otras les cortan el clítoris, pero como quienes lo hacen vienen de países pobres y no tienen dinero se considera una aberración. Pero

mantener las identidades anuladas bajo una colcha de tela denigrante no es aberración. Ya. Si los saudies del petróleo amputaran los clítoris seguro que no sería aberración. Serían costumbres también. Y todos mirarían a otro lado. “Nunca muerdas la mano de quien te da de comer. Aunque sean sobras miserables”. Los trabajadores de los hoteles se dirigían diligentes a abrir las puertas de sus coches, tan raros y opulentos, que no sabías que podían existir tales modelos en todo el planeta. Esa gente inspiraba poder, riqueza, pero una riqueza que está por encima del mundo, del cielo, del universo, de Dios, si existiera. No se puede explicar si no lo examinas. Es tan absurda una escena así, como el mismo dinero, que solo es un trozo de papel o una numeración en el banco.

Podrías poner más ejemplos, Sistiaga, pero prefieres no hacerlo, no merece la pena.

A la altura de la calle Mayor, de camino al hotel, observáis una sublevación de gente frente a uno de los cajeros automáticos. No pueden sacar billetes en efectivo, está averiado. Algunos por lo visto intentaron golpearlo y descargar toda su impotencia contra esa impresionante caja de seguridad que es el cajero. Pese a ser sábado, el director de la oficina se ha trasladado hasta ese punto para intentar calmar los ánimos:

—El lunes habrá vuelto todo a la normalidad. No hay señal en la red y no se puede operar, todos nuestros técnicos están intentando arreglar el inconveniente —dice en tono conciliador.

—Ya, pero yo quiero mi dinero, tengo que comprar unas cosas y me piden efectivo, porque tampoco en los comercios pueden utilizar sus terminales para operar —replica indignada una mujer de mediana edad.

—Es un problema generalizado, que se resolverá en este fin de semana, no se preocupen —vuelve a intervenir el director—. El lunes ya habrá pasado todo.

Tanto Javi como tú, Sistiaga, respiráis el nerviosismo generalizado mientras cruzáis a la altura del grupo. Hay algo electrizante en el ambiente de la calle que hace que te pongas alerta, como si un extraño te fuera a atacar por sorpresa con un cable pelado que está enchufado a la corriente. Javi te dice que es mejor llegar cuanto antes al hotel y refugiaros allí en tanto que se

calman los ánimos. Cenaréis tranquilos y luego tomareis esas copas relajantes en el ático. El centro de la ciudad, que normalmente es utilizado para el paseo y disfrute de los viandantes, deteniéndose con mayor o menor frecuencia a charlar con amigos y conocidos, ahora es un correntío de miradas que desconfían. Las madres cogen a sus hijos de las manos y se los llevan a toda prisa presintiendo algo desagradable. El resto de dispensadores automáticos también está rodeado de ciudadanos que intentan sacar dinero.

—¡Me cago en su puta madre, que me ha dejao colgao sin un duro! —dice un civilizado ciudadano.

Sistiaga tiene la fortuna de llevar efectivo suficiente en la cartera, alguna vez había sufrido infortunios de ese tipo al no localizar cajeros en poblaciones de pocos habitantes y el ser un previsor escarmentado le salvó con posterioridad de inconvenientes de esa naturaleza.

Ves a un muchacho intentando llamar inútilmente por su teléfono móvil, marca, lo mira, vuelve a marcar, vuelve a mirarlo, escéptico, atónito, no se lo puede creer. Su delgada cajita de los deseos está estropeada. “No es posible”. Sistiaga lo ve enfurecido, enrojecida la cara. Airado el chaval coge el móvil y lo lanza contra el suelo. El aparato se descuajeringa en mil y una piezas. Una chica intenta ayudarlo y recoge algunos de los pedazos esturreados por el suelo. El que lo ha destrozado, sin pensárselo dos veces, lanza una patada al brazo de la chica que recoge los fragmentos, como si ella fuera la culpable de su no comunicación a través del *Smartphone*. Uno de los amigos que estaba con ella, se tira en su defensa, va a por el muchacho manirroto y comienza a golpearlo con brutalidad, hay tanta saña que lo va a reventar por dentro. Por suerte una pareja de policías ve el incidente y se arroja contra la pareja para separarlos y poner orden. El revuelo en la calle se multiplica. La chispa eléctrica se intensifica.

—Esto no me gusta —le dices a Javi—. Vámonos de aquí, me está dando mal rollo.

Varios centenares de metros más adelante, una tienda de electrodomésticos muestra los televisores en venta detrás de sus escaparates. Las señales se entrecortan, fluctúan las pantallas, pasando de la neblina punteada de grises al negro, todas al mismo tiempo, rítmicas, como si necesitaran gafas para la presbicia.

—Eso es de las turbulencias solares —insiste Javi—, deben de estar en su máximo esplendor, afectando a la señal.

Miras al cielo y el cielo está como siempre en aquellas tierras de secano: azul y sin nubes. No hay rayos naranjas ni microondas que fundan los cerebros o los televisores. Todo está normal. Y, sin embargo, no se respira normalidad. Es extraño.

No has pasado por ninguna guerra, Sistiaga, pero opinas que los ambientes prebélicos tienen que ser muy similares a este ambiente por el que estáis pasando. Son hechos absurdos que dejan la irracionalidad a un lado para transformarse, sin saber muy bien el por qué, en terror inesperado, y más adelante, en terror normalizado, que es cuando te acostumbras a convivir con el horror. Los judíos en la Alemania nazi eran personas como cualquier otra hasta que empezaron a marcarlos con una estrella de David de tela amarilla cosida sobre sus ropas. Y dejaron de ser ciudadanos corrientes para transformarse en el enemigo de todos los males de la sociedad alemana. Y cundió el odio sobre ellos gradualmente hasta alcanzar su máximo en la escala de Richter, si el horror fuera comparable con un terremoto devastador, durante el holocausto.

Toda esa agresividad previa a un incidente es la que se huele.

Por fin llegáis al hotel, las puertas correderas se abren y luego se cierran, atrás quedan los ruidos de la calle, entráis en el oasis, en el remanso de paz. Os sentís a salvo. Observáis algo de cola en recepción, poco normal a esas horas, entretanto subís directamente a las habitaciones. No le dais mayor importancia.

Quedáis a las nueve y media para cenar en el ático del hotel. Necesitas cambiarte de ropa y tomar una ducha renovadora. No ha sido precisamente hoy uno de tus mejores días.

El ascensor del hotel tiene la ventaja de que para que no se cuelen extraños debes presentar la llave magnética de la habitación sobre un lector situado bajo los indicadores de planta, entonces el ascensor se activa, sube o baja según toques al piso que te diriges. Está hecho así para evitar robos en el hotel. Y a ti, Sistiaga, te gusta esa modernidad. Muchas veces habías pensado que cómo eran capaces los recepcionistas de controlar a los clientes que

entraban y salían en cada jornada. Era imposible. De esta manera el problema de los extraños queda solucionado. El ascensor es una caja de seguridad y los clientes se sienten más seguros.

La azotea donde habéis quedado para cenar tiene una iluminación bastante íntima, a base de neones de color verde turquesa y blancos difuminados. Hay buen ambiente ahí en lo alto, un octavo piso. La temperatura es cálida y se agradece la brisa nocturna. Hay dos zonas diferenciadas: donde se cena, compuesto por mesas, manteles y sillas bajo una pérgola translúcida, y la zona de copas, que son asientos al aire libre para dos o tres personas, uno enfrente del otro, y algunos sillones y sofás a los lados para grupos más numerosos. Hay una pequeña piscina por si alguien quiere refrescarse, sobre todo con el calor de mediodía, coincidiendo con el aperitivo. Los últimos rayos de sol todavía caen por el horizonte, a punto de esconderse por completo.

Javi está mirando a una de las mujeres maduras que hay sentada en la barra tomando una copa de vino. Cada vez que coinciden las miradas se pone a sonreír. Le gusta soltar la caña de pescar siempre que puede. “Nunca se sabe”, solía afirmar. Y por lo visto no ha cambiado nada en ese aspecto y eso que dice estar felizmente casado. Siempre fue un tipo prematuro a la hora de tener escarceos sexuales; especialmente temprana fue su primera experiencia. Lo cuenta con mucha gracia, aunque para él no resultó nada gracioso esa primera vez por los remordimientos que tuvo después. Tenía diez años por aquel entonces, en una época donde todavía se respiraba el franquismo, y todo lo relacionado con el sexo estaba envuelto en celofán rojo de pecado mortal.

Era verano como ahora. En su casa de la playa había una chica trabajando de asistenta doméstica, tenía catorce años y se llamaba Candela. No le atraía demasiado: pelirroja, con muchas pecas en la cara y poco agraciada físicamente. Javi durante aquellos veranos eternos de infancia solía estar siempre en la calle, se iba por las mañanas, sin más indumentaria que unas sandalias y el bañador, y ya no volvía hasta la hora de comer. Antes por lo visto no había problemas con las quemaduras solares porque él se ponía cantidad de moreno sin usar una sola gota de protector solar ni camisetas que protegieran su torso de las radiaciones, todo lo más le echaban algo de Nivea, que era una crema hidratante de uso universal, y con eso se resolvía todo: quemaduras, bronceado, eczemas, rejuvenecimiento de la piel. Tampoco había mucho más para elegir en un período donde las diferentes marcas de un

producto se podían contar con los dedos de la mano. Luego, comía y volvía a marcharse, sin dormir la siesta ni descansar siquiera diez minutos, resguardándose por las sombras del sol infernal de esas horas para ir en busca de sus amigos. Eso sí, debía respetar religiosamente las dos horas y media consabidas sin poder bañarse para que no le diera un corte de digestión.

Pero la tarde que ocurrió el incidente con Candela no salió a la calle, tampoco se acuerda del motivo, porque él siempre estaba callejeando en esa época estival. El caso es que estaban viendo la televisión los dos solos en el salón de casa. Sus padres se habían marchado, tampoco se acuerda de dónde ni por qué los dejaron solos. La aparato de televisión era una antigualla que se veía fatal, además solía haber problemas con la antena y no sintonizaba bien la emisora. Y encima el programa debía ser muy aburrido porque Javi se desvinculó enseguida de la tele y empezó a mirar de reojo a Candela. La miraba, y volvía a mirarla de nuevo. Dos o tres veces ella lo pilló mirando, pero se hacía la disimulada y continuaba atenta hacia la pantalla como si estuviera muy interesada en lo que daban. A Javi, de no gustarle nada aquella chica pelirroja, llena de pecas, que llevaba unos pocos meses trabajando en casa, pasó, esa misma tarde, a mirarla de una manera diferente, prestándole mayor atención, de una forma que no había hecho hasta entonces. Candela era una adolescente en ciernes, llevaba un bikini de dos piezas oculto bajo una camiseta larga por la que sobresalían las piernas delgaduchas. Pero Javi se estaría imaginando cualquier otro motivo muy diferente sobre la chica, lo que debió causarle gran excitación, porque cuando menos lo esperaba reparó que esa cosa alargada que tenía entre las piernas se había endurecido, incluso resultaba molesta al rozarse con el bañador. Dobló las piernas para disimular que no se notara, echó el torso hacia adelante y las ingles hacia dentro. Y siguió mirando de reojo. Candela lo volvió a pillar y a él le dio la risa nerviosa. Ahí fue cuando decidió arriesgarse, que pasara lo que tuviera que pasar.

—¿Si hago una cosa, me juras que tú harás lo mismo? —le preguntó Javi de pronto, armado de un valor desconocido hasta ese momento de su vida. Ella se rio inocente, pero sin inocencia.

—¿Pero qué es? —replicó Candela como si no imaginara nada, pero imaginando.

—¡Me lo tienes que jurar primero!

—¡Pero dime qué es! —insistía ella.

—¡Si no me lo juras antes, no vale!

A Javi la vergüenza primeriza por la calentura se le había borrado por completo, ahora parecía estar poseído por los demonios de la lujuria y no había marcha atrás. Tenía que convencerla como fuera, que le jurara que lo iba a hacer.

—Me lo vas a jurar, ¿sí o no? —repuso con la determinación de quien se cree un adulto con solo diez años.

—Bueno, te lo juro —dijo finalmente ella, arrastrando las palabras, dócil, como quien no tiene más remedio.

Y entonces Javi se levantó de golpe de su asiento y se bajó el bañador.

—¡Eres un cochino, marrano! —exclamó escandalizada, tapándose los ojos con las dos manos entreabiertas.

—¡Yo seré un cochino y un marrano, pero tú me lo has jurado y tienes que hacer lo mismo, sino cometerás pecado mortal y te irás al infierno! ¡Así que venga!

Candela se reía nerviosa, sin dejar de mirar asombrada el pene endurecido y sin pelo de Javi.

—Bueno —añadió resignada—, lo haré porque lo he jurado.

Lo haré porque lo he jurado: las palabras tan esperadas hasta ese momento por Javi. Y Candela se bajó la parte de abajo del bikini, apareciendo un montículo blanquecino con caracolillos anaranjados en forma triangular. A él le resultó desagradable en principio porque pensaba que aquello no debería de tener pelo, al igual que lo suyo.

—¡Anda, si tiene pelo!

—¡Pues claro, conforme te haces mayor te va saliendo! ¿Es que no has visto nunca uno como el mío?

Y Javi tuvo que reconocer que no.

Poco a poco, se fue sobreponiendo a la sorpresa inicial y comenzó a pasar su mano por él, llevado por el interés de la novedad y el despertar a la sexualidad, raspándole un poco los rizos, detalle este último que no le gustó demasiado, hubiera preferido una superficie lisa y sin asperezas como le ocurría a los bebés.

La cosa no fue más allá de unos breves manoseos y la curiosidad satisfecha de dos críos creciendo. Pero pasadas unas horas del suceso, a Javi le quedó un terrible remordimiento, una profunda desazón: la de haber caído en pecado mortal.

Aquella misma noche estuvo invitado a un cumpleaños, sin embargo, frente a la alegría que desbordaban los asistentes en la fiesta, riendo y jugando si parar, él se sintió aislado y miserable, y se pasó toda la celebración sentado en el poyete de la terraza, junto la orilla del mar, cabizbajo, taciturno, sin ganas de nada, solo de morirse porque había hecho algo de lo cual Dios le castigaría eternamente.

Cada vez que Javi os contaba a ti y al resto de tus amigos aquella anécdota, todos os reíais sin parar, porque lo decía de una manera bastante graciosa y particular. Pero Javi, de repente, hacía como que se ponía muy serio, y decía:

—Vosotros reíros, pero a mí me duraron los remordimientos dos años. Ni siquiera cuando fui a confesarme al cura se me pasaron. Recuerdo que dejé para lo último de la lista ese pecado, y cuando me quedé sin excusas y sin más pecados veniales que contarle, no tuve más remedio que reconocerle que había hecho cosas malas con una chica. Y el cura me preguntaba qué clase cosas de malas. Y yo le respondía: Cosas malas, padre. Y no me sacó más que esas palabras. Y el cura no sé qué imaginaría que hice, pero me dijo que esas cosas las hiciera cuando fuera mayor y me hubiera casado. Y que rezara tres avemarías de rodillas en el primer banco de la iglesia, frente a la Virgen Inmaculada. Y yo las recé, con más fervor del que se pueda imaginar cualquiera, pero el remordimiento siguió allí alojado en mi cabeza, sin irse, el muy cabrón. Quizá siempre me pesó no haberle dado los detalles íntimos al cura y por tanto el pecado no estaba expiado por muchas avemarías que rezara —afirmaba Javi muerto de la risa.

—¿Y qué pasó al final con tu arrepentimiento? —le preguntabais el grupo de amigos, muy intrigados, aunque conocíais de sobra a Javi y sabíais que era un cabeza loca y esa historia ya os la había contado en varias ocasiones. Y continuaría contándola más o menos con la misma exactitud cada equis tiempo, cada vez que tocabais el tema de las chicas, como si fuera la primera vez que lo hacía.

—Pues que, un par de veranos más adelante, con doce años, nos fuimos dos parejas al descampado, a la salida del cine tras la última sesión, iba de acompañante de Alberto, un colega de la playa. Yo hacía de carabina con la otra amiga, porque él tenía el rollo asegurado. Conforme nos adentrábamos en el solar, más oscuro estaba. Y con la excusa de que apenas se distinguía bien el camino, ella y yo nos agarramos las manos con la excusa de ir más seguros. Vi que mi amigo cogió a su chica de los hombros, se dio la vuelta rápido y empezó a besarla. Y yo hice lo mismo, no iba a ser menos que él. La sorpresa vino cuando mi chica de pronto metió su lengua en mi boca y empezó a dar vueltas alrededor de la mía, como un rodillo mecánico, algo que me asombró de primeras, siempre a la misma velocidad y yo, aunque me resultaba muy extraño ese trozo de carne dando vueltas ahí dentro, la imité de igual modo, demostrando que tenía gran experiencia, muy abrazados los dos por la cintura.

Resultaba muy divertido escuchar a Javi cómo lo contaba y los gestos que hacía imitando los besos y los abrazos.

—Aquel día —continuaba diciendo—, me di cuenta de que los remordimientos de conciencia que tanto me atormentaron durante tanto tiempo habían desaparecido completamente. Sentí que aquello de meter la lengua y besarse en la boca me gustaba, y que lo volvería a hacer en cuanto tuviera ocasión. Y, como ya sabéis, surgieron más ocasiones.

Y volvíamos a partirnos de la risa, y él seguía relatando nuevas anécdotas de sus experiencias posteriores, historias ya manidas pero que tenían su gracia y nunca nos aburríamos de escucharlas. “Qué tío, este Javi, siempre ha sido una persona sobresaliente”. Tenía un punto cómico y sabía aprovecharlo enseguida, captando la atención de los que estaban a su alrededor.

La mujer madura con la que está flirteando Javi continúa en la barra del restaurante. Está con otra amiga charlando, se ríen y de cuando en cuando deja caer una mirada de soslayo hacia mi amigo. Está muy animada, tendrá sobre

cuarenta y cinco años, elegante y atractiva. Se la ve relajada y predispuesta. De pronto, levanta la cabeza hacia la puerta de entrada de la azotea, la zona por donde están los ascensores, parece reconocer a una persona. La señora que ha entrado busca a alguien con ansiedad, vuelve la vista hacia todos lados, tiene la cara descompuesta y el *Rimmel* corrido de estar llorando. La cara de la mujer atractiva, que Javi no dejaba de mirar, se transmuta en un gesto preocupado, levanta el brazo y le hace señas a la recién llegada para que acuda hacia donde ella está, esta sale catapultada en cuanto la ve y se pone a llorar escandalosamente mientras se dirige a toda prisa a la barra. La gente que está en el restaurante fija su atención en ella, los llantos de dolor reverberan en la tranquilidad de la terraza. Se hace el silencio y solo se escuchan murmullos tenues de curiosidad. ¿Qué estará pasando? La señora del *Rimmel* corrido se cuelga sobre sus hombros, se deja caer y se abraza, le dice algo al oído, algo en voz alta, balbuceos entrecortados, que ni Javi ni tú podríais entender, pero debe ser una mala noticia porque ella se levanta del taburete, se pone rígida y le coge la cara sujetándola fuerte con las dos manos por las mejillas y le grita aterrorizada que no puede ser. La amiga que la estaba acompañando en la barra se aparta a un lado y pone cara de póker, de no saber qué hacer o cómo actuar. Se la ve temblorosa. Todo el restaurante está pendiente de la escena.

—¡Dime que es mentira! —prorrumpe con el tono elevado, y la del *Rimmel* intenta sujetarla por los hombros y calmarla un poco. Le dice que baje con ella a la calle, han llamado a la policía y están esperando a que llegue. Varios compañeros con los que iba se han quedado allí, aguardando. El camarero, atónito, contempla la escena desde el otro lado de la barra. Ha dejado de atender a los clientes, solo atiende a las lamentaciones de las dos mujeres. Malas noticias. La mujer atractiva sufre como una especie de descarga eléctrica, tensa las extremidades y comienza a arrastrar a la del *Rimmel* hacia la salida, le tira del brazo con fuerza, rabiosa, trastabillan y a punto están de caer. Es una escena penosa y esperpéntica a la vez, que contrasta con la serenidad de la noche, una vez que la oscuridad se ha hecho protagonista de reparto con su cableado de estrellas colgando intermitentes en el cielo.

—¡No puede estar muerta! —aúlla por última vez en tanto que se marchan del restaurante. Se oye un estruendo al chocar las dos en la puerta de entrada y salida a la azotea, golpeándola violentamente contra la pared del piso por ir

apelotonadas en dirección a los ascensores. Los clientes siguen pendientes del lugar por donde han desaparecido ambas. Los camareros solo atienden a un espacio invisible, boquiabiertos, como si el fantasma de las dos féminas permaneciera todavía presente en la terraza.

Tú, Sistiaga, entretanto resoplas para recomponerte un poco. Javi se ha quedado con cara de extraterrestre. La amiga que estaba en la barra, conversando y risueña hacía solo unos instantes, mira a izquierda y derecha y se marcha avergonzada del restaurante después de haber esperado un tiempo prudencial. El murmullo se hace cada vez más alto, va perdiendo la sorpresa y el susto inicial y se transforma en conversaciones que van fluyendo con normalidad. Todos se están preguntando qué habrá sucedido. Los de la mesa de al lado dicen que un atropello, dos que están en los asientos de delante, junto al balcón de la azotea, que lo mismo ha sufrido un infarto. Mas allá que si la causa ha sido un atraco. Lo cierto es que nadie sabe lo que ha pasado. Y un mal sabor de boca se ha extendido por todo el ambiente de allí arriba.

Javi y tú levantáis casi al mismo tiempo la carta de menús por mirar a algún sitio, por parecer que hacéis algo útil y no sois dos bobalicones, uno enfrente del otro, que se han quedado sin palabras. No tenéis hambre. Tampoco sabéis cómo comportaros.

—¡Hostias, tú! Vaya mal rollo, ¿no? —exclama Javi.

—Y tanto que sí.

Te levantas de la silla y te diriges al pretil de la azotea. Sientes curiosidad por asomarte buscando una aclaración: si hay alguien en la acera tendido o un barullo de policías o ambulancias. Una pista para saciar las dudas.

Sin embargo, la calle está tranquila de más, apenas pasan coches por la avenida y el alumbrado de la ciudad está a medio gas, como si no funcionara correctamente o se hubiera fundido una mitad del tendido eléctrico. Husmeas el aire y te viene un olor extraño, a carne en descomposición, aunque no es eso exactamente. “Qué raro”, te dices a ti mismo. Nunca habías olido algo así, es un olor que genera miedo, no sabes por qué, es un miedo atávico. Javi está sentado, mirándote desde la mesa, esperando a que le aportes una pista. Te das la vuelta y regresas con un gesto de no suceder nada ahí abajo, encogiendo los

hombros y ladeando el cuello a ambos lados.

—¿No hueles algo raro? —le preguntas.

—Ahora que lo dices, sí. Es un olor penetrante, a podrido. ¡Qué asco!

Las ganas de tomar un bocado desaparecen por completo. Ese olor nauseabundo está flotando por todas partes. Se incrusta en las fosas nasales y ya no te lo puedes quitar.

Aparece de pronto en el firmamento una llamarada fulgurante cruzando el espacio de sur a norte, es un bólido o un meteoro gigantesco, a juzgar por su tamaño, y lo recorre a una velocidad vertiginosa, dejando una estela de fuego hacia atrás mientras que su luz va aumentando en tamaño conforme avanza, y por unos momentos la noche se vuelve el día. Después, la iluminación va perdiendo intensidad y regresa la oscuridad de antes. Ha durado pocos segundos, no más de diez, pero permanece en las retinas retenidas, o en las células de la memoria, aún después de haber pasado. Habías visto, Sistiaga, estrellas fugaces en innumerables ocasiones, pero, un fenómeno de este tipo, jamás. Ha sido precioso. Y entonces te percatas de nuevo del olor, de ese aroma maloliente que estaba flotando en la azotea. Y te das cuenta de que es a carne podrida chamuscada, carne de varios días que la colocas en la barbacoa.

Mientras ha durado el fenómeno celeste se habían oído voces de admiración que han roto al menos durante unos segundos el mal ambiente instaurado en la terraza tras el incidente de las dos mujeres. Pero una vez pasado, el hedor vuelve a hacer mella en los asistentes, que buscan con la mirada el origen de su procedencia. Los camareros se miran entre ellos, uno que lleva la bandeja a una de las mesas la remira por si hay algo que está en mal estado. Deja la bandeja sobre la mesa, pero uno de los clientes que hay sentado dice que por favor la retire, que ahora no tienen apetito, que prefieren esperar un poco más. El camarero retira la bandeja, incluso agradecido, pensando que hay algo incomedible en uno de los platos y se la lleva a la cocina, fulgurante, como escondiendo un cadáver.

—¿Crees en las señales, Alex?

—Yo ya no creo en nada. Ya me gustaría creer en algo.

—Siempre que se ha producido un fenómeno de estas dimensiones ha ocurrido un hecho sobresaliente sobre la tierra, que ha influido a lo largo de su historia —aclara Javi—. El nacimiento de Jesús, por ejemplo.

—Y la extinción de los dinosaurios —contestas escéptico—. El universo es tan grande que Dios no tiene cabida en él ni tampoco sentido. Así que no me vengas con rollos creyentes, Jesús no existió como tal, si acaso fue alguien digno de una secta ideológica que se extendió por el Imperio Romano y a partir de ahí se fue a tomar por saco la dominación del imperio, lo normal. Lo demás son monsergas e inventos de una iglesia que ha intentado maniatarnos a base de mentiras piadosas y no tan piadosas para sobrevivir a nuestra costa. Las religiones son el cáncer del hombre. No dejan evolucionar. Fíjate tú si son atrasados que, en Estados Unidos, todavía hay un porcentaje enorme de habitantes que son creacionistas; los creacionistas reniegan de la idea evidente de que el hombre procede del mono, ellos siguen pensando que el hombre se formó, tal y como es actualmente, por obra y gracia de Dios. Serán gilipollas estos americanos, para unas cosas tan inteligentes y para otras, unos cromañones. No sé cómo pudieron llegar a la luna.

—Quizá Dios les puso un petardo en el culo para que llegaran antes que los rusos —replica Javi.

Los dos os ponéis a reír, por unos momentos os olvidáis de todo. Vuelve el amigo ingenioso de toda la vida con sus socarronerías y chistes oportunos.

—Te diré una cosa —se pone Javi serio de pronto—, no te creerás lo que te voy a decir, te lo tomarás de coña, pero una vez vi tres luces en el cielo a plena mañana, ocurrió durante la hora del recreo en el colegio. Pasaron las luces entre un espacio amplio que había entre nube y nube, muy rápidas, seguidas, una detrás de la otra, grandes, de un blanco potente, como soles moviéndose rapidísimos, y te puedo asegurar que no eran aviones, estoy acostumbrados a verlos durante el día, y durante la noche, también; no, aquello era otra cosa. ¿Qué eran? No lo sé, pero no era nada parecido a algo que haya visto en mi vida. Aquellas luces se movieron en el cielo a una velocidad vertiginosa y no dejaban estelas, como esto que acabamos de ver. Aquello fue especial, muy especial y jamás he podido olvidarlo.

—Ahora me vas a decir que viste platillos volantes —afirmas bromeando, el mismo individuo que una vez creyó en ellos, pero que se niega

ahora a reconocerlo, tal vez por lo ingenuo que fuiste.

—Te repito que no sé lo que era; sé lo que no eran: no eran aviones, ni helicópteros, ni meteoros, ni rayos en bola, ni fenómenos lumínicos, ni nada que se le pareciera. Es lo único que puedo afirmar. Pero, lo que te he contado, pasó de verdad. Aunque no se lo había contado a nadie. Ni siquiera a Mario o a ti.

Os quedáis serios ahora, pensativos. Replanteándoos todo a la vez. A ti te hace dudar de tus convicciones. El mayor escéptico del mundo eres tú, o eso crees. “Avistamientos de ovnis en el cielo...”, piensas, “jodida gilipolllez”.

En todos estos años nadie ha podido demostrar nada, solo elucubraciones y hechos indemostrables, de los que se han servido algunos periodistas de lo paranormal para vivir del cuento y de la ridiculez en sus programas nocturnos de radio y televisión.

“¿Y si el espíritu de la ouija tuviera razón? ¿Y si fuera hoy el fin de algo?”

Había ocurrido tanto en tan poco tiempo ese día que quizá esas cosas o esos fenómenos extraños que todos esperan que pasen pero que nunca suceden estuvieran aconteciendo por primera vez en la vida real. ¿Dudarías entonces, Sistiaga? ¿Podría haber llegado hoy el día del que te has reído durante mucho tiempo por tu escepticismo, y ya no te hace tanta gracia porque lo ves tangible?

Javi te toca en el hombro y señala al camarero de la barra, que ha dejado de poner copas de momento y está haciendo zapping en la televisión, pasa los canales uno a uno, todos con nieves perpetuas, parpadeantes, hasta que da con uno que se sintoniza más o menos bien. Aparece un locutor desde la terraza de los estudios de televisión, está hablando del fenómeno espacial sucedido esta noche y de su posible relación con una maldición. El camarero sube por su cuenta el volumen de la pantalla televisiva para que todos los clientes puedan escuchar. Al parecer se ha desatado una ola de violencia en la ciudad. Unos individuos, de los que nadie sabe lo más mínimo por ahora, se mueven como una onda, fluyen entre las sombras de la noche y van atacando todo lo que se encuentra a su paso. El locutor acerca el micrófono en dirección a la calle y se escuchan gritos lejanos, de dolor, de terror, incluso aullidos de perros a los

que están apaleando. El cámara apunta por encima del muro de la terraza y enfoca a lo lejos a una persona sobre la que se han abalanzado dos figuras, mimetizadas por la oscuridad, y le están mordiendo como si fueran lobos rabiosos. El locutor, mientras relata la escena, dentro de un horror controlado y una supuesta indiferencia frente a los hechos luctuosos, dice que están intentando contactar con algún experto en la materia, pero que les resulta imposible al no haber cobertura de teléfono desde el cénit de la tormenta solar. Y se pone a relacionar la propia tormenta solar y la falta de señal con el fenómeno espacial de esta noche y la aparición de esas figuras agresivas. Uno de los trabajadores de la productora atrae la atención del presentador y del que está filmando. El cámara cambia el plano. Han traído a un experto en sucesos paranormales que trabaja en su misma cadena de televisión para hablar sobre lo que está ocurriendo esta noche. El hombre, de mediana edad, entradas agresivas en la cabeza y gafas gruesas, de montura negra desproporcionada, se pone al lado del locutor y empieza a dar su versión sobre lo que está aconteciendo. Tiene varias teorías al respecto, una de ellas es que el fin del mundo que vaticinaban los mayas no fuera exactamente en el 2012 sino que se hubiera retrasado unos años por equivocación de los analistas que interpretaron el calendario y este año fuera su verdadero comienzo y no 2012. Otra hipótesis es que se hubiera abierto una puerta dimensional procedente de un universo paralelo al nuestro y estuvieran entrando por ahí los atacantes. La tercera, la más plausible o acertada para el experimentado experto en temas inexplicables, que se vanagloria de llevar ya más de trece años en esa cadena de televisión, es que estuviéramos sufriendo una invasión extraterrestre desde que nuestro planeta se dedicó a enviar señales al espacio en busca de nuevas civilizaciones, y por esta causa han localizado la procedencia de nuestras señales y vienen a colonizarnos. El presentador pone una cara forzada de asombro al oír, sobre todo, esto último, pero en realidad está pensando que el individuo que le habla es un pirado de manual de libro. “El negocio es el negocio y es lo que te da de comer, y si te mandan a un tipo de estos para entrevistarle tiene que parecer que le prestas la mayor atención, aunque el ridículo sea mayúsculo”.

Javi y tú os miráis incrédulos, con caras de que esto no puede estar sucediendo.

“Es una pesadilla, un mal sueño. Mañana despertaré y todo habrá pasado, prepararé mis cosas y me iré a dar la próxima conferencia donde me toque”,

piensas.

Pero no, no es una pesadilla ni es un mal sueño. Está pasando.

A lo lejos, colgado en el espacio de la noche, como con pinzas de tender la ropa, se escucha un aullido salvaje. Sería el primero de una larga serie de gritos desgarradores.

La mujer rubia que hay tres mesas más adelante se pone a llorar histérica. Su pareja intenta consolarla, le da un abrazo con calma, pero ella se pone más histérica aún y comienza a golpearlo en el pecho. “¡Tú tienes la culpa!”, le grita. “¡No teníamos que haber venido al hotel, si nos hubiéramos quedado donde te dije, todo sería normal, esto no estaría sucediendo!”

Las miradas de muchos clientes parecen preguntarse lo mismo. Si no hubieran estado allí, tal vez esto no ocurriría. Es como cuando se tiene un accidente o un golpe con el coche y te preguntas mil veces por qué demonios echaste por ahí en ese preciso momento y no fuiste por el otro recorrido que sueles hacer con más frecuencia o por qué no esperaste diez minutos más para no cruzarte con ese coche. Pero también puedes preguntarte cuántos accidentes te has ahorrado en la vida pasando por ese lugar en vez de haberlo hecho por el otro. Solo sabes los que se han producido, es cierto, pero nunca sabrás los que te has ahorrado o cuántas veces has salvado la vida sin ser consciente de ello.

Los sollozos de la mujer rubia bajan de intensidad, un camarero le trae una infusión relajante sin que lo haya solicitado la pareja. Ella le da las gracias sin mirarle a los ojos, eclipsada en un punto de la mesa, temblorosa.

El presentador de televisión comenta que están aguardando la llegada inminente de un importante científico. Viene a dar su versión sobre los hechos. Al experto en esoterismo le traen una silla para que se siente en el improvisado plató mientras aparece el científico, el individuo se atusa hacia atrás el poco cabello del que goza en su cabeza, se recoloca las gafas de montura desproporcionada, apoya los brazos en el sillón que le acaban de traer y se sienta ceremoniosamente, satisfecho con el discurso que ha lanzado en el programa. El locutor se despide unos instantes para entrar en publicidad.

—¿Tú crees que debemos de esperar aquí hasta mañana? —pregunta Javi

—. Esto parece que se está poniendo feo, pero feo de verdad.

—Hoy es sábado por la noche, ¿adónde vamos a ir a estas horas, sin horario de trenes ni autobuses? Hasta mañana no saldrá ninguno, y ya veremos si salen —dices empezando a dudar—, porque sin señal en internet no creo ni que nos podamos ir nosotros mañana, aun teniendo el billete, ¿no ves que todo se paraliza ahora si no hay red?

—Ya, pero lo mismo está arreglado todo dentro de unas horas.

—¿Y lo de esos tipos salvajes que están atacando a gente, qué me dices?

—Eso serán cuatro locos que los cogerá la policía y asunto arreglado — contesta Javi, zanjando el asunto rápido.

Vuelve el programa de televisión. Hay otra silla en el plató con otro hombre sentado: es el científico, que ha llegado durante el intermedio. Tendrá unos sesenta años, pelo cano, piel rosada y gesto que irradia serenidad. El locutor lo presenta como neuropsiquiatra del Hospital Universitario San Jorge, es uno de los pocos especialistas que hay hoy en día en nuevas adicciones. Tras hacerle la pregunta pertinente el locutor, sobre qué es lo que está pasando, el neuropsiquiatra pasa a contestar la cuestión con unos prolegómenos que considera importantes, explicando en primer lugar que el treinta y tres por ciento actual de las visitas a su consulta tienen que ver con patologías derivadas de la adicción de los jóvenes hacia las nuevas tecnologías. El noventa por ciento de los menores de veinticuatro años tiene teléfono móvil y conexión a internet, y de ellos más del cincuenta por ciento acceden a páginas de fuerte contenido sexual; y un veinte, envía y difunde videos o fotografías eróticas de otros individuos sin su consentimiento. Luego hay una modalidad que es el *vamping*, que son los chicos y chicas que pasan las noches en sus habitaciones con la luz apagada y el móvil en activo, algo que provoca que duerman mal, coman poco y tengan un bajo rendimiento académico. Sin embargo, en opinión particular del neuropsiquiatra, lo que está pasando esta noche es algo totalmente novedoso que entraña un gran peligro. Para él, la violencia que se está generando en la calle viene sembrada por un síndrome de abstinencia brutal debido a la ausencia de señal en los teléfonos móviles y ordenadores. Y como todos los síndromes nuevos, hasta que no aparecen los primeros síntomas, no puede estudiarse el problema en su complejidad. “Esto no había ocurrido nunca y ahora empezaremos a asimilar

sus consecuencias, así como la de plantearnos un posible tratamiento, seguramente a base de neurolépticos y ansiolíticos, y mucho control parental, pues los padres deben involucrarse de lleno en el problema de los jóvenes”, dice el neuropsiquiatra usando todo tipo de tecnicismos.

—Da por hecho que son solo jóvenes los que están por las calles usando la violencia —le comentas a Javi.

—¿Y qué?

—Que no le ha dado tiempo a verificarlo para decirlo con tanta seguridad. ¿Y si no fuera así?

—¡Venga ya! Si acaba de hablar un experto. Esto, al final, es lo que te he dicho yo: cuatro pavos que se les ha ido la olla y ya está.

Se escucha abajo un alarido espeluznante, a la altura de la entrada del hotel, como si elevaran rápido el volumen de un altavoz de discoteca. La mayoría de los que están en el restaurante se abalanzan de prisa sobre la cornisa para ver qué está pasando. En la acera de enfrente un hombre está sufriendo una agresión espantosa. Desde las sombras se intuyen varias figuras que lo tienen cogido por los brazos, inmovilizándolo, una está arrodillada sobre la víctima, le está mordiendo el cuello. Muerde el cuello, arranca carne. Vuelve a morder y vuelve a arrancar carne. Un charco de sangre se va extendiendo sobre la acera, alcanzando la calzada y el desagüe del alcantarillado. El agredido se resiste y balbucea ayuda entre estertores nerviosos, pero la realidad es que nadie se acerca a ayudarlo. Hay gente que pasa corriendo, huyendo de los atacantes con un miedo visceral, desorbitado. Pero lo más sorprendente es que desde la lejanía hay personas que, en vez de acudir a la llamada de auxilio de aquel hombre, se limita a grabar en su móvil las imágenes del ataque, pensando en enviarlas, una vez haya cobertura, a sus amigos de *WhatsApp* y compartir muchos me gusta en las redes sociales. Se habían desentendido por completo del tipo que sufría atrocemente en el suelo. Pero lo que más te sorprendió es que la gente de la terraza del restaurante estaba haciendo lo mismo: rodar la salvaje escena sin importarle un carajo el hombre de allá abajo. “Esa era la solidaridad de hoy en día, una solidaridad fingida, filtrada a través de la tecnología”. Rememoraste entonces la escena de un padre en los informativos de televisión que se quejaba de cuando llevó a su hija medio muerta en los brazos, tras sufrir una explosión de gas el edificio

donde se alojaban, y los tipos de alrededor, en vez de prestarle su ayuda rápidamente, se dedicaron a seguir grabando con el “puto móvil”. “El puto móvil”, así lo dijo textualmente en las declaraciones a la cadena de noticias.

“Nos estamos volviendo robots a causa de la informatización, los sentimientos se están enfriando porque pasan el tamizado de las pantallas de los dispositivos electrónicos. Todo está distanciado y, a la vez, próximo a la crudeza y la brutalidad. Un antagonismo que conduce a la falta de compasión”.

Quizá el ser humano en un futuro no muy lejano sea sustituido por la inteligencia y robotización artificial con capacidad de autoreplicarse o autofabricarse, y ya no hagan falta hombres y mujeres en la tierra, pues la tendencia de estos sea la de desaparecer, puesto que ya apenas tendrán hijos en un mundo con los recursos agotados. Y los autoreplicantes que gobiernen el mundo, con el paso de miles de años, buscarán una explicación sobre quién los fabricó, olvidados ya los humanos por completo. Y piensen que fue un Ser Supremo, un Dios que engendró todo el universo y a ellos, los robots, como los principales entes superiores.

La era tecnológica pasará factura, lo que no se sabe aún es cuál va a ser el coste.

El hombre mordido muere desangrado en la acera, la garganta abierta, las arterias desgajadas. La gente deja de rodar con sus inútiles *smarthphones*. Los causantes de la muerte desaparecen entre las sombras como criaturas fantasmales que no se han dejado ver en ningún momento. ¿Quiénes son en realidad esas criaturas? Ahora que ya no graba ninguno con sus cámaras, que esas gotas de endorfinas que regaban la sangre, dotándolos de euforia transitoria, han desaparecido, vuelve el miedo a los que están allí. Y son conscientes del peligro que corren todos y cada uno de ellos.

Vuelven a escucharse más gritos ahí abajo. Esta vez nadie se asoma. La curiosidad ha cesado. Los clientes empiezan a irse en estampida. ¿Adónde? ¿A sus habitaciones? ¿A la calle? El caso es marcharse de allí, hacer como que se hace algo, no estar quieto un instante. La televisión sigue retransmitiendo con el locutor entrevistando a los dos invitados. Ya nadie hace caso a la emisión.

Javi se muestra preocupado. No sabe nada de los suyos y ahora se le viene a la mente de golpe sus seres queridos. Cuando hace una hora escasa

tonteaba con una mujer en la barra. Mira su móvil, esperanzado, pero el indicador de cobertura no existe. No hay manera de contactar con ellos. ¿Qué será de su familia? Sistiaga en ese aspecto está más tranquilo, pueden pasar semanas sin hablar con su hijo y menos aún con Sara, la última vez que lo hicieron fue seis meses atrás, cuando charlaron por teléfono sobre el traslado de Hugo. Sara se ha convertido en una desconocida para él, y lo mismo podría decir Sara de Álex. Y lo mismo Hugo de los dos. No hay nexos que unan a los tres. Se murieron los endebles lazos familiares. Se terminó una historia que una vez estuvo llena de cariño y buenas expectativas.

—¿Y ahora qué? —pregunta Javi—. ¿Esperamos? ¿Nos vamos?

Echas un vistazo a tu alrededor, la mayoría huye a ninguna parte, unos pocos permanecen en la azotea, intranquilos. El olor putrefacto sigue estando en el ambiente, penetra en las pituitarias, las adormila. Un anciano, en el rincón de la terraza, está tomando su copa, indiferente a cuanto ocurre. A ti, Sistiaga, te choca ese comportamiento. Te acercas hasta él. El viejo te mira de refilón, sin hacerte mucho caso, coge su copa y vuelve a darle un trago. Los ojos están vidriosos, culebrea la sangre en las escleróticas, como si estuvieran borrachas.

—Solo me queda disfrutar de esto —dice mostrándote la copa—. Los jinetes han llegado, vienen para quedarse y nunca se irán —bambolea la bebida despacio, entrechocando los cubitos de hielo contra el cristal—. Este olor es el de la muerte, —prosigue diciendo—, acostúmbrate a él. Nada nos salvará. Nada. Y ahora, márchate, por favor, quiero estar solo, celebrarlo en soledad antes de que los jinetes nos alcancen.

La boca del octogenario, calla. Solo se abre para echar un trago. Y de nuevo se cierra en el silencio.

—¡Álex acércate aquí, pronto!

Es Javi que te llama, asomando medio cuerpo por la cornisa. Está señalando algo con el dedo. Te aproximas y miras hacia abajo. Hay una mujer embarazada, despatarrada en mitad de la carretera. Tus párpados se abren exageradamente, como si te hubiesen colocado separadores metálicos en ambos ojos.

—¡Tenemos que ayudarla como sea! —exclamas a continuación.

Siempre has sentido compasión hacia los más débiles, o lástima, o desazón. No puedes remediarlo, es una angustia que te corroe internamente y te incita a actuar rápido sin pensarlo dos veces. Nunca consentiste que abusaran o se aprovecharan de nadie. No lo soportabas. En el colegio terminabas haciéndote amigo de los niños más frágiles para que los fuertes y cobardes no se metieran con ellos durante los recreos o en las salidas de clase. Sufrías viéndolos sufrir. Por eso quisiste ser misionero en un momento determinado de tu joven vida, para proteger a los más indefensos, física y psíquicamente.

“Si supiéramos la suerte que tenemos de nacer donde hemos nacido”, pensabas en muchas ocasiones.

Hay gente con un gran potencial, tanto en inteligencia como en físico, cuyas vidas se extinguirán más pronto que tarde por haber nacido en lugares cuya falta de medios de todo tipo hará que ese don con el que nacieron jamás pueda germinar. Cuántos premios Nobel no habremos conocido o cuántos inventos importantes se habrán quedado sin descubrir (perdidos en un futuro que nunca será), por no haber tenido esos individuos la posibilidad de desarrollarse en un entorno acomodado como el nuestro, donde se les brinda de buenas ocasiones. Allí en sus países de origen no existen las oportunidades, existe la ley del azar, de la supervivencia y de la corrupción. Por eso no progresan ni progresarán jamás, a pesar de poseer una gran riqueza en materias primas muchas de esas naciones. Eso es lo más triste de todo.

Tú, Sistiaga, viendo aquella mujer embarazada en mitad de la calzada, desasistida, desvalida, sientes el impulso de ayudarla. Pase lo que pase allá abajo, irás en su busca. Faltaría más.

—¡Por las escaleras, rápido! —dices viendo que el ascensor está apelmazado de gente, pendiente de abrirse las puertas y bajar cuanto antes en tropel.

Javi intenta llevar tu acelerado ritmo bajando las escaleras, pero le sacas cada vez más ventaja. Desconoce que eras todo un campeón descendiendo pisos en tu edificio, y todo porque el portero no te dejaba subir en ascensor hasta que no tuvieras los doce años. Lo hacías tan rápido que terminaste saltando de rellano en rellano sin utilizar uno solo de los escalones, y entre

cada descansillo había un total de doce peldaños, una altura considerable con la que nunca tuviste percances, ni siquiera la más mínima torcedura. Utilizabas la inercia de caída, la velocidad de las piernas y el agarre con las manos en la barandilla para alcanzar una gran velocidad en el descenso. Hacías un ruido tremendo al caer y el portero te echaba la bronca cada vez que te pillaba haciendo el bestia, pero a ti bastante te molestaba ya que no te dejara subir en el ascensor, tratándote de niño mimado, como para impedirte también ejecutar tu técnica ejemplar de descenso, en la que te considerabas un campeón. Y esa guerra duró hasta que cumpliste los doce.

Los movimientos una vez aprendidos, de tanto ejecutarlos, no se olvidan nunca, igual que montar en bicicleta o esquiar, y eso es lo que te ha ocurrido bajando, has ido tan rápido que le has sacado dos pisos de ventaja a Javi. Sales del vestíbulo del hotel y te plantas en la calle. Los quejidos y lamentaciones siembran los cuatro puntos cardinales de la ciudad. Por suerte apenas hay vehículos en las calles cuando te diriges hacia la mujer embarazada, que ha llegado arrastrándose hasta el bordillo de la acera de enfrente. Es una chica joven, calculas que no tendrá más de treinta años, su expresión es de dolor, dolor físico, la curva de su vientre anuncia que está a punto de parir. Te percatas enseguida de que la chica ha roto aguas, el vestido floreado que lleva está mojado de cintura para abajo. Necesita ayuda urgente en el hospital. Te acercas a ella, y sin decir nada, las coges de los brazos para levantarla. Javi acaba de llegar y la ayuda por detrás, agarrándola con mucho cuidado por debajo de los hombros e impulsándola hacia arriba. La chica logra ponerse de pie. Se queja y siente miedo, miedo por lo que le ocurre y miedo por los tipos extraños que hay por la calle. Vio a algunos de ellos desde las sombras llevándose a hombres y mujeres mientras ella intentaba llegar por su propio pie al hospital. La pilló sola en casa, sin nadie que le echara una mano. Al estar las comunicaciones cortadas no pudo pedir un taxi y, sin pensárselo dos veces, se fue para el hospital. O eso, o parir en casa. A ella por suerte no se le acercaron. Apenas los ha visto de refilón porque se mueven en la oscuridad con gran rapidez, pero sus siluetas son grandes, simiescas. Lo que más le ha llamado la atención son los ojos rojos que poseen, ojos de furia, de odio hacia hombres y mujeres, sin distinción. Ha llegado a ver niños desaparecer de repente, los arrancaban por los aires de las manos de sus padres y se los llevaban a cuevas inmersos en la noche, incluso le pareció ver a uno de ellos estrellando a un niño contra la pared, cree que era un niño por

la facilidad con que lo levantaba, balanceándolo por los pies como a un muñeco roto.

La chica embarazada se llama Estrella. “Estrella, este es Álex”. “Estrella, Javi Ramírez”. Os habéis presentado en un arrebato de prisas.

Tú, Sistiaga, te acuerdas bien de la ciudad, para eso naciste en ella, y sabes por dónde dirigirte al hospital. Ella va con los brazos sobre el vientre, sujetándose. Debéis pensar con agilidad y llegar cuanto antes a urgencias. La sujetas de un brazo, tu amigo Javi del otro. A cien metros hay un coche esturreado en la carretera, con las dos puertas abiertas, la del copiloto y la del conductor. “¿Los han atacado y se los han llevado? ¿Sacaron al copiloto y el conductor se fue detrás pretendiendo ayudarlo? Esto es de locos”. Estrella gime, se retuerce sobre el vientre, tiene las contracciones muy seguidas, si se descuida, pare ahí en medio del asfalto. Señalas el vehículo. Entre Javi y tú la incorporáis en volandas de las axilas y salís disparados hacia allá, ella arrastra los pies ligeramente por el suelo, apenas hace esfuerzo para caminar, ayudada por vosotros. El dolor de las contracciones cede un poco, la respiración de ella se calma. Llegáis al objetivo y la montáis detrás. Las llaves están en el salpicadero. Tú, Sistiaga, te sientas en la parte del conductor, le das al botón de arranque y el vehículo se pone en marcha obediente, no conoce de dueños verdaderos ni de quién paga la mensualidad.

—¡Vámonos, vámonos!” —dice Javi frenético—. ¡Tírale joder!

Metes la marcha, aceleras con demasiada precipitación y el coche sale dando trompicones, a punto de calarse; vuelves a apretar embrague, sueltas despacio mientras aceleras, esta vez con más suavidad, y responde cogiendo velocidad gradualmente. Ya solo queda llegar cuanto antes a urgencias y dejar a la chica allí, que resopla en el asiento de atrás como si estuviera hinchando globos de colores.

Javi, por su parte, va mirando a un lado y a otro de la calle. La ciudad está medio a oscuras. Enormes siluetas se dejan intuir en las aceras, bajo las cornisas de los edificios y los luminosos apagados de los comercios. Atacan a los pocos viandantes que se atreven a salir de sus casas o a los que les pilla fuera por diversos motivos. Las ambulancias y vehículos de la policía forman una maya entrecruzada de luces intermitentes rugiendo en todas direcciones.

—¡Tío, qué cojones está pasando! ¡Vaya mierda, joder!

Esquiváis una camioneta volcada sobre el techo. Al lado hay un cadáver al que nadie hace caso. Le falta un trozo de cara, como si se hubiera arrancado la mejilla contra el asfalto o se la hubiesen comido una piara de cerdos.

Es en ese momento cuando se te ocurre bautizar con un nombre mitológico a quienes están recorriendo la ciudad entre penumbras: son los Nibelungos, seres oscuros que salen de las entrañas de la tierra. “Y hoy era el día de la conjunción de una serie de fenómenos asombrosos”, ironizas, “el de máximo esplendor de la tormenta solar, el paso del meteoro, la ausencia de internet, el fin del mundo y los seres oscuros salidos de no se sabe dónde. La confabulación de unas probabilidades imposibles hechas realidad”.

Veintiséis de julio, la noche en la que empezó todo, la noche de los Nibelungos.

Presagio de la barbarie.

Y del caos.

Nada es igual que hace apenas veinticuatro horas, o menos aún. Si rebobinas un poco los hechos hacia atrás, resulta que tú, Sistiaga, finalizabas tu semana de trabajo, como cualquier semana atrás hasta que te sorprendió el correo con la noticia de Mario. El sábado, o sea esta mañana, acudías a tu ciudad natal, al entierro de tu amigo, rodeado de recuerdos y nostalgia, y, a la mañana siguiente, regresarías en tren a tu hogar, y todo volvería a comenzar rutinariamente.

Pero los hechos se han dado la vuelta y adquieren tintes de pesadilla: tu viejo amigo Javi, de copiloto frenético, en el asiento de al lado; ambos en un modelo de Mitsubishi que no os pertenece y que nadie se va a preocupar en buscar; una embarazada a punto de dar a luz tumbada en la parte de atrás; y tú conduciendo a todo trapo en dirección a urgencias para que asistan lo antes posible a la chica; todo en medio de una vorágine de desprotección, anarquía, locura y, lo que es peor aún, de bestialidad. Se habían desmoronado los cimientos del estado del bienestar, de tu estado de bienestar. Y no te lo puedes creer. Piensas que es algo imposible, que nunca dejarás de vivir con las

comodidades de que dispones ahora. Si abres un grifo, sale agua. Si aprietas el interruptor, se enciende la luz. Si abres el frigorífico, hay la comida que quieras disponible y envasada. Tu mundo era mágico hasta hace unas horas. Y esa magia se desvanece en un segundo. Y comienza la era del horror. Has dado un salto al vacío; y los que te acompañan, también; y el resto de la humanidad. Ya no hay marcha atrás. Entrás en una fase de locura cuerda, o de cuerda locura, llámalo como quieras. Tendrás que aprender a convivir con ella. Grábalo bien en tu mente. Se acabó lo que pensabas que era bueno, cómodo y mejor, si bien, más adelante, en el futuro inmediato, comprobarás que no eran tan buenos, ni cómodos, ni mejores los cimientos que componían tu forma de pensar y de actuar, eran simplemente diferentes, incluso, dirías, que más monótonos y aburridos. Porque se te había olvidado vivir. En el futuro inmediato te sentirás más vivo, ya eres consciente de ello y lo has recalcado bien claro en el transcurso de esta historia, porque sabes que en cualquier momento puedes morir.

“Recuérdalo, no lo olvides”.

Todos estos años has sido esclavo de ti mismo, tú te has creado unas trayectorias en el día a día que eran siempre las mismas, escogías con contumacia esas rutas repetitivas pudiendo ir por otras, y desconocías cómo salir de ahí, habías creado una jaula sin barrotes, incluso si haces memoria, los días que te masturbabas o follabas con alguien coincidían muchas veces con los jueves y sábados; los cafés a las mismas horas, las comidas de mediodía o las salidas con los amigos; los programas de la tele que veías o los de radio que escuchabas; levantarte de la cama sin despertador, aunque lo tuvieras conectado por si acaso. ¿Casualidad? “Uno se crea obligaciones inútiles de las que no puede escapar. La voluntad está anulada, el libre albedrío es una quimera”. Te has transformado en un esclavo de la rutina, del tiempo malgastado. Es mejor envidiar a los aventureros, que arriesgan y gozan con lo que hacen, y su tiempo se dilata, funcionan en una dimensión superior, que los enaltece y glorifica. Pero esos son los menos, individuos tocados por una divinidad inexistente convertidos en existencias divinas a ojos de los humanos. Esa es la mayor gloria de un hombre: ser considerado divino siendo carne atada a la tierra.

—¡Me siento un ser supremo! —le dices eufórico a Javi, mientras das un volantazo a la derecha, entrando en el carril de urgencias.

—¿Tú te has vuelto loco o qué? —replica con un interrogante en la mirada, como ojeando a un completo idiota quien está a su lado—. No sabía que te dieran esos puntos tan delirantes.

Él no puede entenderte, tú tampoco puedes entenderlo a él. Aunque vais juntos en el coche, camináis por sendas divergentes. Tú te estás arrojando a la aventura por primera vez, él está atrapado por la realidad, no quiere salir de ella, no puede salir, permanece agarrado a la pared de la realidad, aunque esa pared se esté derrumbando y termine por aplastarlo. Es como tener una isla a la vista a cientos de metros agarrado a un salvavidas, si no lo sueltas y sales nadando hacia la isla nunca podrás llegar, tienes que tomar la decisión de soltarte, superar los miedos, vencer el freno que te mantiene atado al flotador y arriesgar, si no la inercia de la corriente te arrastrará, tu isla pasará de largo y lo único que quede en tus trescientos sesenta grados de visión será un mar de arrepentimiento.

La entrada a urgencias está colapsada de vehículos mal aparcados. Tenéis que bajar, abrir la parte de atrás y ayudar a la joven embarazada, que es normal que esté torpe de movimientos, en tanto que aprieta el gesto por el dolor de las contracciones. Os resulta difícil esquivar los obstáculos, algunos coches no han dejado espacio suficiente entre los parachoques y hay que dar rodeos absurdos. Ya queda menos. Las puertas de urgencias están cerradas. Hay varios sanitarios y vigilantes tras las cristaleras con barrotes atrancando el acceso para que los acompañantes de enfermos y accidentados no entren. Aunque tampoco es que quede mucha gente sana en la puerta, lo mismo los Nibelungos han dado varias batidas, porque se ve sangre sobre la rampa de entrada y un par de muertos a escasos metros, que sirven de espantapájaros para los que deseen permanecer esperando.

“Mejor huir y dejar al enfermo”, es lo que han pensado los que han pasado por el hospital.

Una ambulancia está entrecruzada ahí en medio, dos enfermeros sacan a un herido en camilla y se lo llevan hacia la entrada a toda velocidad. Vosotros vais siguiendo su estela por detrás, con Estrella de los brazos. Os miran un instante, y analizan que es una urgencia de verdad, y no tres extraños que intentan cobijarse por la cara buscando la seguridad engañosa de un centro sanitario. Un tercer enfermero que estaba al volante os mira con preocupación,

se dirige a la parte trasera y despliega una silla de ruedas para la chica. Se acerca a toda prisa hasta vosotros, la sentáis y os dirigís a la puerta todos: los dos enfermeros con la camilla y el enfermo, y vosotros dos con Estrella y el enfermero conductor. Uno de los guardias de seguridad comienza a desatracar la puerta de seguridad, otros dos apartan con las porras a tres ciudadanos que se mantenían fuera con el optimismo de entrar y sentirse a salvo en el interior. El guarda más alto comienza a darle golpes en la cabeza a uno de los tres tipos que intentaba colarse aprovechando el descontrol. Los enfermeros de la camilla logran traspasar la entrada, detrás va Estrella en su carrito asistida por el otro enfermero; con el revuelo que hay entre los extraños que quieren entrar y el forcejeo de los vigilantes dando porrazos, una hoja de las puertas se cierra y la silla de ruedas se atora. A los lados del porche de entrada de urgencias reina la oscuridad, ya que las luces del hospital, como las del resto de la ciudad, apenas funcionan, y de ella comienzan a escucharse unos gruñidos que van subiendo de tono, indicando una cercanía amenazadora. El enfermero que conduce a Estrella abre la hoja que atrancaba la silla y logra meter a la chica. Los de seguridad penetran tras ellos y dan cerrojazo a la puerta, y los tres ciudadanos optimistas, más Javi, más Sistiaga se quedan mirando hacia dentro, perplejos, con el peligro dominando sus espaldas, sin ser conscientes todavía de ello. Y es cuando sale un grito de las sombras, que resulta doloroso en los tímpanos por la potencia, acompañado de unos brazos, como excavadoras de potentes, que atrapan a uno de los ciudadanos, lo elevan sin dificultad en el aire cogido del cuello, como a un cachorro recién nacido, y le exprime con fuerza el cuello, y el ciudadano optimista se va poniendo azul en tanto que deja de chillar y sus ojos se congestionan de sangre a punto de reventar, igual que las bolitas de aire que hay en los plásticos de embalar el contenido de los paquetes. Los cuatro que permanecen libres se abren en abanico para huir, tú sales recto en dirección al coche, pero Javi comete el error de torcer a la derecha, por un despiste tonto, y se mete en la boca del lobo, por desgracia. Súbitamente aparece un Nibelungo de dos metros de altura que lo engancha por el pelo, lo iza tres palmos del suelo, abre las fauces y de una potente dentellada le arranca un filete de carne, nervios, yugulares y carótidas del cuello, y lo que queda debajo de todas esas estructuras es un grifo que se han dejado abierto manando sangre. El seguro no cubre la rotura de grifos, nunca cubren nada los seguros, nos pasamos la vida pagando seguros solo para creer que estamos a salvo y lo que estamos pagando son probabilidades de que no suceda eventualidad alguna.

Tú, Sistiaga, detienes la carrera, te das la vuelta y gritas ayuda, en tanto que detrás de la puerta de urgencias contemplan la escena con horror, pero sin mover un dedo para impedir la escabechina de ahí afuera. Javi y tú tenéis un segundo para miraros, detener el tiempo y contemplar vuestras vidas pasadas, igual que los suicidas recorren en milésimas de segundo lo que hicieron justo antes de morir, o eso dicen. Y no sabes por qué se te vienen a la cabeza aquellas noches en las que tu amigo venía a estudiar a casa, llegaba sobre las diez, muy dicharachero, y tu madre lo saludaba encantada y preparaba un café que hacía temblar los intestinos de lo cargado que iba, con el fin de manteneros despiertos, y os poníais en la mesa del salón con los apuntes abiertos y, menos estudiar, hacíais cualquier otra cosa; hablabais de las chicas que os gustaban, sobre todo; de películas; de chistes groseros y anécdotas sobre vuestros amigos de pandilla; de historias de terror que, según él, eran siempre verídicas y le habían ocurrido a tal o cual vecino. Y así con cualquier otro asunto con tal de no mirar un folio. Y ahora Sistiaga, contemplas a tu amigo morir, te lo dice con esa mirada de pez de pescadería, sobre un mostrador de hielo picado, que se le está poniendo. Se apaga su vida, Sistiaga, se apaga vuestra amistad. El Nibelungo se lo lleva hacia la negrura, con esa mirada cruel que atraviesa la noche y se imprime en tu cerebro, y ese perfil salvaje, en el que se vislumbra una barbilla, pintarrajeada de carmín eritrocitario, un carmín que no proviene de ningún cosmético barato de Mercadona. No es broma, no. Lo piensas para redimir tu conciencia del sufrimiento, y consolarla, porque un interruptor en tu vida ha sido pulsado y bloqueado, y no lo volverás a usar.

Javi será un recuerdo, como Mario.

Y se acabó.

4

La primera vez que construiste una cabaña con la ayuda de tu pandilla de amigos, te hizo una ilusión enorme. Un lugar escondido detrás de un muro, en medio de la gran ciudad, por el que pasaban cientos de ciudadanos a lo largo del día sin el menor interés en asomar la cabeza por encima y ver qué había ahí detrás. O eso pensabas tú. Al otro lado de ese muro, no muy alto, existía un enorme solar, lleno de malas hierbas, matorrales feraces y arbustos impenetrables, rodeado por completo por el gris de las paredes ciegas de los edificios y algún que otro patio de luces solitario donde tendían la ropa. Vuestro lugar secreto, vuestro país imaginario, vuestra selva particular. Fue en ese solar agreste, en el que los gatos callejeros se guarecían y apareaban durante las épocas de celo, donde levantasteis la cabaña, gracias a un armazón de madera, reforzado con púas y cuerdas atadas de aquí para allá. Cubriendo las paredes: ramas de pinos, hojas de palmera y cajas de cartón. Llegasteis a disponer de dos habitaciones; la más interior la usabais de almacén donde se guardaban unas pocas herramientas, dos linternas y una caja de cerillas para encender un fuego las tardes de invierno cuando caía muy pronto el sol. Allí dentro, acurrucados alrededor del calor de la hoguera, os sentíais seguros como si fuera vuestra propia casa. Nadie os molestaba y solo vosotros parecíais reinar en el mundo. Cuando acababais las reuniones, saltabais la valla, con cuidado de que nadie os viera, y cada uno de vosotros se despedía y os marchabais a vuestros respectivos hogares hasta el día siguiente al salir de la escuela.

Un sábado por la mañana el campamento apareció destruido, las maderas desarboladas y partidas, y vuestros utensilios, que eran un tesoro para vosotros, robados. Nunca supisteis quién o quiénes fueron, pero siempre mantuvisteis las sospechas sobre dos hermanos a los que negasteis la entrada en el grupo. Y ahí quedó la historia de la primera cabaña construida. Ya no hubo más campamentos, y con el tiempo, la pandilla de amigos se disgregó. Pero siempre te quedará la imagen de unos amigos, reunidos junto al fuego,

lanzando astillas, todos a la vez, para que prendieran lo más rápidas posible, mientras hablabais de vuestros asuntos secretos, porque siempre teníais secretos que tratar. Fue genial y bonito.

Ahora tienes una cabaña en lo alto de la montaña, no tiene nada que ver con aquella, por supuesto, esta es una casa recia con paredes de piedra y argamasa de cemento. Donde vives tú y tus recuerdos. A la derecha hay una cocinilla para hacer fuego de leña y a la izquierda una habitación con dos camastros empotrados en la pared a modo de literas. No sabes quién la construyó, imaginas que unos montañeros para protegerse de las frías noches en la cumbre, en plena libertad. La que tú sientes ahora mismo, Sistiaga. Lo bueno de vivir en las montañas es que el cielo está encendido de estrellas y el canto de los grillos te acompaña toda la noche, recordándote la estación en la que estás y el buen tiempo que hace. También se escuchan los ladridos lejanos de los perros, aunque en ese aspecto da igual la estación del año que sea, los perros siempre están ladrando, como quejándose a todas horas. Más arriba de la casa, a unos cien metros, hay un nacimiento de agua que cae sobre una pequeña balsa en la que se remansa. No puedes imaginar de dónde sale esa agua sin parar las veinticuatro horas del día, pero lo cierto es que no te falta. Ahí tienes tu pequeño huerto de patatas y algunas hortalizas. Varias gallinas y dos cabras, que te proporcionan carne, huevos y leche. Las cogiste de una casa de campo, tiempo después de huir de tu ciudad, en busca de refugio, la noche de los Nibelungos, la noche que mataron a Javi, tu amigo, y el día que enterraron a Mario, tu otro amigo. Ha pasado casi un año desde entonces. Tú, que fuiste un buen senderista durante una parte de tu juventud, conocías la zona por haberla recorrido años atrás, por eso decidiste alojarte allí, antes de que otros se adelantaran y se refugiaran en la casa. Para tener una propiedad ahora no hacen falta notarios, ni hipotecas de los bancos ni firmas ni gilipolleces, la ocupas y te la quedas mientras la defiendas o tengas la suerte de que no aparezca nadie más fuerte que quien la habita. Lo bueno de esta época es que la burocracia murió, quedó exterminada. Esa maquinaria pesada y lenta, que apenas avanza, y no consigue resultados efectivos, sino papeles que firmar y cursar que no conducen a nada concreto, mientras te chupan la sangre cobrándote dinero por cada mierda de papel que rubricas. Ahora te das cuenta de que la tierra no se puede comprar, la puedes defender si vives en ella, pero no puedes pretender comprarla. Es tan absurdo ese pensamiento como intentar comprar un trozo de la luna, una parte de un planeta o los rayos del sol. ¿Quién

tiene derecho a comprar un trozo de universo? ¿En base a qué? Si al final la muerte ronda, simplifica lo poco que significas a ojos de la naturaleza, y te vas a tomar por saco y dejas de poseer. Es lo bueno de la muerte, que iguala a todos, sin distinción. Nadie escapa a ella. Eso es lo maravilloso. Y lo mejor que se ha podido inventar. Si el ser humano fuera inmortal no cabrían los egos en el universo. Sería vomitivo soportar tantas idioteces como se dirían, tanta hipocresía, tanta falsedad. Menos mal que no puede ocurrir.

Menos mal.

Sales de la cabaña y te diriges a un mirador que hay sobre el acantilado. Es una pequeña plataforma de piedra en la que te puedes sentar y contemplar la costa y el horizonte marítimo. Lo usas mucho para perderte en tus divagaciones, es tu zona de relajación, tu *Spa* del pensamiento. Desde allí el mayor problema es minimizado, lo ves de forma diferente, lo puedes atacar desde varios puntos de vista para resolverlo. Los problemas siempre se pueden resolver y si no se resuelven es porque no tienen solución para ti, si no tienen solución para ti no te los plantees como un problema y déjalos pasar, porque si no el corazón se te llenará de ansiedad y amargura contenidas.

Hoy necesitas ir hasta la plataforma del acantilado para pensar.

Anteayer, tuviste un día revelador, exultante y aterrador, todo a la vez. Te sentiste un superhéroe de nuevo, pero tu instinto te puso sobre aviso con relación a los Nibelungos. A pesar de ser muy primitivos se están organizando. Lo comprobaste en una de las batidas que sueles dar buscando utensilios, al encontrarte de bruces con una de las casas de madera donde con anterioridad vivían los extranjeros ingleses, cuando estos se retiraban a la península en busca de sol, luz y buena temperatura. Ese turismo geriátrico y colonizador se acabó desde la noche de la invasión, los ingleses deben de estar mejor en su isla, rodeados de agua, porque lo mismo no han llegado hasta allí. No lo sabes con certeza, Sistiaga, intentas intuir lo que pasa a tu alrededor, nada más. Los Nibelungos han comenzado a vivir en grupos, anteriormente era raro ver más de dos, y ahora están creando granjas, cuando dices granjas, no te refieres a las de animales domésticos como cerdos, pollos, ovejas o cualquier otra especie de ese tipo. No. Te refieres a que tienen apresados a seres humanos, y de ellos se alimentan.

En el caso que planteas has visto a los humanos encerrados en un

cobertizo detrás de la casa, asomados por los barrotes de una pequeña ventana pidiendo auxilio no sabes a quién, seguramente a la casualidad de que pase cerca alguien como tú, un ángel salvador, un héroe, un loco que decida socorrerlos. El cobertizo viene a ser una despensa de la que hacen uso cuando necesitan alimento. Has estado merodeando por allí varias horas, agazapado entre la espesura de los matorrales de seco, estudiando sus movimientos. Por lo que has podido comprobar son seis los que viven bajo ese techo. Disponiendo de comida y sexo con alguna de las mujeres, no suelen distanciarse demasiado de sus territorios. Llevas estudiándolos mucho tiempo, porque si dispones de algo en abundancia es de tiempo, tiempo para explorar nuevos enclaves en busca de cosas que te sirvan, tiempo para estudiar al enemigo, ver cómo viven y conocer sus costumbres. Y una de ellas, muy importante, a la hora de acabar con ellos, es que el sueño que mantienen por las noches es muy profundo, como si entraran en un estado de hibernación y les resultara difícil despertar. Crees que es debido a la gran fortaleza que poseen y al gasto energético que conlleva mantener su enorme metabolismo. La única ocasión en que actuaron de noche fue cuando se produjeron las matanzas en masa, la que tú bautizaste como la noche de los Nibelungos, luego se disgregaron en solitario o, todo lo más, en parejas. Otra característica es la de que no existen hembras o al menos tú no las has visto por ningún lado. No entiendes el por qué, pero es lo que hay. Tampoco entiendes qué hacen unos seres como esos en la tierra y sin embargo están presentes. Hay sucesos que es mejor no comprender si no hay manera de hacerlo o de aclararlo. Y ese tipo de preguntas ya ni te las planteas. Si luego encuentras respuesta, estupendo.

Presientes que esa jornada vas a acostarte tarde, pues vas a dejar que la noche invada al día y que los Nibelungos duerman como las marmotas duermen en invierno. Mientras, has acudido a una nave de aperos y productos agrícolas a pocos kilómetros de allí, donde recuerdas que hay bidones con líquido inflamable en un altillo, fuera de la vista de los menos curiosos. Cargarás uno en el macuto que cogiste en los grandes almacenes de deportes junto con aquel machete de supervivencia que tan buen papel te hace, y lo usarás para prenderle fuego a la casa. Será estupendo encender una hoguera nocturna y tostar a seis de esos depravados. Lo bueno que tiene matarlos es que no te genera remordimientos, al contrario, piensas que estás haciendo una obra de caridad, una sanación, porque asocias a esos seres con los bajos instintos que poseen los hombres. Es posible que los Nibelungos sean un

reflejo de vosotros y del horror que sois capaces de producir, quizá sean la cara oculta, no de la luna, sino de las personas. La cara que nadie quiere ver, pero que sabéis que existe, lo que pasa es que volvéis la mirada a otro lugar. Ojos que no ven, corazón que no siente, aunque el corazón conozca bien la faceta oscura de cada uno de nosotros, aquella que no queremos dar a conocer. Pocos se libran, a lo mejor las personas santas del catolicismo, y ni siquiera eso. Acuden a tu mente casos de pederastia cometidos por individuos en apariencia normales, pertenecientes a todos los estratos sociales: médicos, sacerdotes, ingenieros, fontaneros, albañiles.

En una conversación con Modesto, uno de tus amigos más apreciados, él quería encontrar una causa patológica o algún tipo de aberración en la mente de aquellos hombres que determinara esa atracción sexual hacia los niños, porque pensaba que en el fondo los pederastas debían de sufrir por aquello que hacían, les quedaba un sentimiento de culpa que los hacía infelices. Y fue cuando tú, Sistiaga, le contestaste, que es posible que no haya que buscar una explicación psicológica o patológica hacia esa desviación, que no la hay, simplemente se salen del estándar de comportamientos humanos, y tampoco les genera remordimientos, al contrario, lo hacen con los niños porque disfrutan, se excitan y les da placer. Y no hay remordimientos ni culpabilidad. Eso es lo más aterrador de la cara oculta del ser humano, que intenta justificar unos hechos aberrantes que, sin embargo, para quienes los cometen es placentero, y nunca lo dejarán de hacer si no son descubiertos o delatados. Cuentas especialmente estos casos de pederastia, Sistiaga, porque a los Nibelungos les atraen sexualmente los niños, y en cuanto pueden los fornican, después los matan y, por último, los devoran.

Pero estos seis Nibelungos que tienes a tiro no van a cometer más atrocidades. Van a ser seis más en tu marcador de muertos a favor. Y, gracias a ello, salvaras a unos pocos humanos, cosa que te reconforta, te ayudará a ser más dichoso por momentos, hasta que vuelvas a necesitar alimentar tu ego de felicidad con una nueva aventura. Porque necesitas de las aventuras para encontrar el sentido de por qué estás donde estás, haciendo lo que estás haciendo. Y entonces te llenas de euforia.

Has distribuido el líquido inflamable en botellas de litro y medio que había tiradas en la nave de aperos y así repartir mejor el peso en la mochila. Si algo sobra todavía en este podrido mundo es el jodido plástico, lo hay por

todas partes, donde vayas: en las playas, en medio del monte, en el interior de una cueva, en cualquier casa donde puedas entrar. Es como si hubiera invadido el mundo por sí solo, como si tuvieran patas, brazos y tentáculos, y hubieran llegado al rincón más extraño que puedas plantearte. Terminas asociándolo con las bacterias y los virus: están por todas partes, en cada grano de arena, en el agua que bebes, en la sangre que derramas. Pasarán los siglos y el hombre quizá no exista, intoxicado por el plástico, pero el plástico permanecerá envenenando la naturaleza como vestigio de una inmundicia casi perpetua. “Menuda herencia si nos tienen que recordar por algo”, piensas.

Recorres el camino desandado hasta regresar a la casa de madera ocupada por los Nibelungos. El que haya seis de ellos bajo un mismo techo te choca bastante. ¿Será una primera traza de inteligencia? Igual que la de idear una despensa para alimentarse en la parte de atrás de la cabaña. Los que tú habías estudiado solían errar por ahí buscando víctimas que devorar. Era difícil descubrirlos, por eso no podías acabar con ellos, pues se meten en los escondrijos naturales más recónditos que puedas imaginar, y eso que eres un buen conocedor del terreno. Y cuando menos lo esperas atacan a alguien, los has llegado a ver en los árboles, arremetiendo con un salto desde las alturas. No tienen piedad, son fríos, distantes, calculadores, pero saben sobrevivir en territorios inhóspitos; están creados, quien los haya creado o como demonios hayan llegado a la tierra, para vivir de ese modo.

Te has situado detrás de una formación rocosa que hay a doscientos metros de la casa. Lo único a lo que te dedicas es a observar y esperar. El sol apenas deja rayos por el oeste, dentro de una hora estará oscuro. Pero aguardarás más aún. Te tumbas sobre el suelo y miras el cielo. Desde la noche de los Nibelungos no has vuelto a ver un meteoro como ese, gigante, ocupando el espacio, siempre miras el cielo con la esperanza de volver a ver algo así, tan majestuoso y enigmático. Javi dijo que era una señal, y tuvo razón. Te reíste de él, pero debes reconocer que así fue. Echaste de menos en numerosas ocasiones a los amigos, a tu hijo, a quien fue tu mujer. Estar solo es duro, de ahí que los recuerdos invadan tu mente a cada momento, de esa manera te sientes acompañado, o consolado, no tienes certeza de cuál de los dos estados anímicos prevalece sobre cuál. Crees que cada momento de la vida tiene su fase, y tú estás en la fase solitaria, tal vez porque los acontecimientos te hayan conducido sin más remedio a ello, o porque hubiera sido así de todas formas, aunque no se hubiera producido la invasión de los Nibelungos. Una estrella

fugaz deja una pincelada de color tras su cola. Se extingue poco a poco y el cielo se oscurece. Ahora se puede ver el firmamento en todo su esplendor. No existe la contaminación lumínica que impedía verlo. Estás convencido que muchos niños no sabían cómo era en verdad la bóveda celeste por no haber salido nunca de aquellas ciudades y pueblos tan iluminados, luces amarillas que invadían la atmósfera y la reflejaban contra las nubes como si fuera polvo contaminado de CO₂, eso es lo que se dejaba ver conforme te acercabas a los núcleos de población. Y te paras a pensar, Sistiaga, y te entristece que muchos niños se hayan quedado sin saberlo. Una cosa tan simple, tan bonita y natural. Y, sin embargo, solo lo habrán podido contemplar a través de imágenes digitales en cualquiera de los dispositivos que utilizaban. Es penoso que aquellos que se criaron en la era de la conectividad se perdieran ese tipo de acontecimientos naturales al abrazar la soledad: la soledad heredada, la soledad del hijo único, la soledad impuesta por unos padres siempre trabajando. Una soledad diferente a la tuya, Sistiaga, tú puedes elegir, a ellos les fue asignada. Y los niños necesitan descubrir, curiosar, jugar en grupo, y cuando dices en grupo, no te refieres *Online*. Necesitan diferenciar el mundo real del mundo digital. Pero fueron perdiendo la frontera que delimitaba ambos territorios. Algunos hablaban con sus móviles pensando que había una persona dentro sujeta a las órdenes que ellos demandaban, creyendo que internet era la panacea y la solución a todos sus problemas con solo buscarlos en Google. Pero eso lo pensaban los pequeños y mucha gente adulta, demasiada quizá. San Google se fue convirtiendo en la nueva religión, el nuevo becerro de oro al que adorar. La solución de todos los males del hombre, la cercanía de la felicidad fingida, siempre fotografiados en las redes sociales con la cara y el gesto sonrientes. Esa religión era mucho más cómoda, sencilla de practicar y sin salir de casa. Y mucho más lúbrica y pecaminosa, también. El amor *Online*, el juego *Online*, el sexo *Online*, la medicina *Online*...

¿Hace falta algo más?

Seguramente el afecto verdadero, que es justo lo que no encuentras *Online*.

Has dejado pasar un par de horas prudenciales desde que se puso el sol por completo. Cargas la mochila a tus espaldas y te diriges a la casa de madera. El deseo de venganza va percutiendo en tu corazón. Si pudieras

eliminar a todos los Nibelungos serías una persona realizada. No entiendes ese odio ancestral hacia ellos. Una cosa sí es segura: te hacen sentir enfermo, aunque no lo tengas claro ahora mismo. Todo se andará.

Has llegado al porche de la vivienda, que la rodea por completo. Sacas las botellas y comienzas a rociar las paredes de fuera, dejando que se impregne bien el suelo, especialmente en las salidas donde hay puertas y ventanas. El olor del líquido inflamable irrita tus narices y tus ojos. Has intuido una cabeza asomada en la ventana de la despensa humana atenta a tus movimientos, justo al pasar por la parte de atrás de la casa. No podrías jurarlo. Lo intuyes. Terminas de dar toda la vuelta a la casa, de la mochila sacas una rama seca con un trapo atado en su extremo que usas de antorcha, lo remojas bien y lo enciendes con la piedra del mechero. Vas recorriendo con la antorcha todas las zonas que has rociado, si bien el fuego pronto te adelanta, como en una carrera de coches llameantes. Terminas haciendo hincapié de nuevo en las dos entradas y en las ventanas, echando algo más de combustible, que has conservado en una última botella para esas zonas concretas, por si algún Nibelungo se despierta antes de tiempo e intenta escapar. Prefieres que se achicharren dentro, abrasados por el fuego y te llegue el olor chamuscado de sus cuerpos.

La pira de fuego abraza toda la construcción en cuestión de un par de minutos. No deja hueco por donde salir. Se eleva por las paredes, por encima del tejado, envolviéndola como a un hisopo de algodón bañado en alcohol. Se oyen rugidos dentro de la construcción, como una piara de cerdos acorralados, golpeándose entre ellos y contra los muros. Uno de ellos sale por una de las ventanas rebozado en llamas, se restriega en el suelo mientras los aullidos se abren hueco en tus oídos. Y piensas, cómicamente, en aquellos reyes magos que te dejaron un juego de química con el que hacer experimentos. Te levantaste bien temprano esas navidades y fuiste derecho al salón, que era el lugar donde siempre dejaban los juguetes, bien ordenados y empaquetados sobre el sofá. Fue tu juguete favorito de todos los años de reyes magos que pasaron por tu casa. Y el más peligroso, también, cuando se derramó el mechero de alcohol sobre la mesa y salió todo aquel fuego impregnando la pelusilla verde del mantel, igual que a ese espécimen que tienes enfrente, terminando de morir achicharrado. Menos mal que se te ocurrió coger el mantel y lo envolviste desde los bordes de abajo, plegándolo sobre el mismo fuego y ahogándolo por falta de oxígeno. Lo hiciste de manera automática,

pensando en la bronca que te iba a caer con tu madre, no por el hecho de prenderle fuego a la habitación, que era lo más grave y lo peor, sino por haber quemado y agujereado ese mantel tan feo de pelusilla verde que tantos años llevaba en casa cubriendo la mesa redonda del dormitorio del fondo. Pusiste luego un cartapacio de cuero con la figura grabada del Quijote y Sancho Panza disimulando el agujero. Tu madre seguro que lo descubrió, tiempo después, pero al menos te libraste de que te cayera una buena bronca. Sí, señor.

Te ríes de pronto, Sistiaga, porque en momentos tan dramáticos como esos te vienen imágenes entrañables y graciosas. Gracioso ahora, no aquel día que pudo costar caro el experimento que realizaste entre matraces y tubos de ensayo en ebullición. Esas ocurrencias que tienes serán para combatir el odio que te invade. Seguramente sea eso.

Terminas cansado de mirar la hoguera cuando está en lo más álgido de su cota. Te alejas huyendo del calor, la piel sofocada, y te diriges a la parte de atrás a liberar a la gente de la despensa. Es tu momento de héroe Marvel. “¡Por favor, sácanos de aquí!”, grita un hombre asomado a los barrotes. Aceleras el paso, llegas a la puerta y quitas la palanca que la cierra. Desaparece el odio que invadía tu corazón.

Uno de los cuatro desconocidos se te abraza al cuello agradecido. Se borran los instantes crueles y desapacibles cuando ocurre algo así. Y tu corazón vuelve a abrirse de afecto. Crees que lo más grande en la tierra es el amor, eso es algo con lo que no se puede comerciar, y se lo das a quien tú quieras dárselo, son valores que con el tiempo pesan sobre la balanza, de una manera no física, y vencen al oro, que es la manera física. Y al final pasan factura sobre la valía de una persona. Uno siendo rico puede disponer de siervos disfrazados de corderos que laman sus pies, pero más adelante, cuando pierdas la fuerza y el coraje, y tu debilidad te haga perder el control de lo que te rodea y de quien te rodea, se abrirán las barrigas de una tajada a cuchillo y saldrán los lobos del interior de las ovejas, solo para devorarte. Sin embargo, el amor es agradecido y termina siendo respetado, incluso, por los enemigos y los que te desprecian.

De los presos que había en la despensa, tres se han marchado libres a sus hogares, sin esperar al amanecer, dándote las gracias apresuradamente. Un cuarto se ha quedado contigo y te ha hecho una pregunta que te ha sorprendido

mucho:

—¿Me reconoces, Álex, te acuerdas de mí?

Es un tipo alto y desgarrado. La barba de una cabra montesa y los pelos de la cabeza largos, rizados y escasos. Le faltan varios dientes, los tiene partidos, como si hubieran destrozado un jarrón de cerámica golpeándolo a martillazos. Lo más terrible es que no puedes reconocerlo. No recuerdas quién fue. Densos nubarrones enturbian tu mente y no te dejan ver con claridad.

—¡Sí, hombre! Soy Juanito, Juan Alcaraz, fuimos juntos durante el último curso del colegio.

Te lo dice con toda la confianza de una persona demasiado apegada a ti en su día, y tú sin embargo no lo recuerdas. Intentas visualizar su cara, trasladarla al contexto de aquellos años en que te estabas convirtiendo en un proyecto de hombre; pero no, no te llega ningún mensaje del inconsciente. Es un extraño para ti, y te duele que así sea. Juanito te coge por el antebrazo y te zarandea suave, para que hagas memoria.

—¡Álex, soy yo! Estuvimos un año saliendo en la misma pandilla. ¿Recuerdas al Cuchi, o a Pedro, el que murió por sobredosis, o a María Antonia?

No puedes recordar, Sistiaga, por mucho que quieras, estás vetado contra el muro de la imposibilidad. Pero en tu fuero interno tienes conciencia de que no fue un año agradable aquel último curso, bloqueado en cierto modo por ti. Mientras, miras la cara de ese individuo, quieres reconocerlo, pero resulta ajena a tus ojos. ¿Qué sucedió en ese año vacío de recuerdos?

Y fue cuando Juanito Alcaraz comenzó a aclarar tu cielo de nubarrones, sentados frente a la hoguera gigante, a base de paredes y techados ardientes, manteniendo cierta distancia para que no se os ruborizara la piel del calor, oliendo a carne carbonizada cada vez que os llegaba una ráfaga de aire con el viento a favor. Olvidados por completo del suplicio en que podían haber incurrido, horas atrás, las vidas de los que habían sido liberados gracias a ti, en contraposición con los Nibelungos, que ardían ahí dentro; reos y carceleros habían dado la vuelta a sus papeles en cuestión de pocas horas. La época en la que estás sobreviviendo endurece el alma, la fortalece con palos de mal

pagador. Si bien, a ti, todo eso te da igual, mientras vayas ataviado en tu imaginario con la capa de superhéroe, dispuesto a seguir volando donde haga falta. Eres un soñador y lo seguirás siendo hasta que mueras. Aunque sí es cierto que tuviste unos años nocivos. Borrados, no sabes cómo ni por qué, con goma de nata Milán. Juanito te los cuenta y a ti se te revuelven las tripas.

“Murieron algunos amigos”, según te dice. Fue una temporada dura, de acercamiento hacia las drogas. Teníais un apartamento donde os reuníais cada día, porque apenas ibais por clase. Era un piso vacío, sin alquilar, de uno de los amigos pasajeros de entonces. Lo usabais de fumadero. Porque el primer paso en los preliminares de la droga, en vuestro caso, fueron los canutos, y en la gran mayoría de los que se inician, también. Eso os hacía diferentes, una tribu particular, pensabais que más fuertes frente al resto de los compañeros que no estaban al tanto de esos temas. Hablabais una jerga moderna, adelantados en materia de sexo, cuando la mayoría de compañeros de colegio e instituto todavía andaban metiéndose mano por encima de las ropas y descubriendo el amor inocente. Los canutos empezaron a ser demasiado monótonos y disteis una vuelta de tuerca más sobre el nivel de riesgo, jugar con lo que no se debe jugar, abriendo paso a las anfetaminas, al LSD, a la mezcalina. El punto final, lo dio la heroína, el caballo, el jaco para los más familiarizados con ese submundo esquizofrénico y desarbolado, que te hace despreciar todo aquello que no está relacionado con él. Y entonces te dice Juanito que te libraste de caer enganchado porque tuviste un mal viaje la primera vez que te metiste un chute en la vena.

—Te pusiste a vomitar y agarraste un muermo que parecía que ibas a palmarla. No te llevamos al hospital de milagro —termina diciendo.

El entrar en la Universidad, marcharte fuera de la ciudad y alejarte de aquellas amistades tóxicas te salvó la vida sin que fueras consciente de ello. Amistades pasajeras y venenosas que desaparecieron del mapa, algunas murieron, otras acabaron en centros de desintoxicación, entrando y saliendo cada poco tiempo, y otras, ni se sabe, concluye Juanito. Y tú, de hecho, no quieres saber demasiado de esa historia. Ni siquiera tienes interés en conocer su final. Ni siquiera lo recuerdas en tu cerebro. Ni siquiera...

Ni siquiera...

Estás aturdido. Puede que sea por el calor sofocante de la hoguera o por

lo que te ha contado Juanito Alcaraz. Todavía no comprende por qué no recuerdas nada. Y te dice que sería bueno que fueras a ver al ermitaño, que él te aclarará muchas de las lagunas mentales que tienes. Al oírlo, te pones a la defensiva, le preguntas quién es ese ermitaño que te menciona.

—¿No has oído hablar de él, del ermitaño? —te pregunta con un siseo desagradable, debido al aire que se le escapa entre los dientes rotos.

Niegas con la cabeza.

—Vive en dirección este, a unos veinte kilómetros de aquí, en la Sierra Minera, frente a la entrada de una de las minas de plomo.

Despunta el alba. Te despides de Juanito Alcaraz. Te abraza, y te manda su aliento fétido entre los dientes partidos.

“Nunca más”, te dices a ti mismo, conteniendo la respiración y las ganas de vomitar. “Nunca más”, vuelves a repetirte, sin tener muy claro el qué.

5

Permaneces en la plataforma del acantilado, contemplativo, pensando. Todavía resuenan las palabras de Juanito Alcaraz sobre lo que dijo del ermitaño. ¿Qué habrá querido decir con que debería de visitarlo? ¿Por qué muchas de esas lagunas mentales que te sobrevienen en ocasiones se aclararían? ¿A qué se refería con eso?

Aparece un carguero en la línea del horizonte, rumbo norte, tras sobrepasar el cabo. Sorprende su enorme tamaño. Lleva apilados multitud de contenedores, como una torre encajada de fichas de dominó. Va cortando el mar con esa proa invertida hacia fuera de doce pisos de altura, levantando enormes olas que se despliegan simétricas por babor y estribor.

De vez en cuando, pasa algún barco cerca de las costas, desconoces adónde se dirige y cuál es su cometido con la carga. Si va a algún lugar es porque todavía hay espacios que no han sido invadidos por los Nibelungos. Donde todo continúa igual o casi igual que antes de aquella noche. Y te desconcierta no saber lo que prefieres, si ese mundo de normalidad al que pertenecías anteriormente o este de subsistencia y crueldad. A lo mejor el ermitaño tiene respuestas para esas preguntas. A lo mejor la presencia de Juanito Alcaraz sea una señal, una indicación de por dónde debes ir o hacia dónde debes dirigirte. A lo mejor encuentras las respuestas adecuadas. A lo mejor es el momento de iniciar tu marcha.

A lo mejor...

Llevas demasiado tiempo atado a esa casa, en lo alto de la montaña, sentado frente a la plataforma, meditando, comiendo parecido y haciendo lo mismo. Aunque sean episodios de pura supervivencia, necesitas variar. Encontrar una nueva aventura, esta vez diferente por completo. Que no solo sea buscar enseres, matar salvajes y contemplar el mar. Todo eso está muy bien. Pero tienes que hacer caso al instinto, y el instinto te dice esta vez que

tienes que marcharte si te quieres salvar.

¿Salvar de qué?

Deja de hacer el tonto, Sistiaga, para eso está el ermitaño, consulta con él. Así que ve preparando las cosas necesarias, vas a hacerle una visita en cuanto consideres que estás dispuesto.

Vuelve a amanecer. La vida es un río largo que fluye demasiado deprisa...

Has emprendido la marcha, calculas que, en unas seis, siete horas llegarás a tu destino. Pero antes, de camino hacia la Sierra Minera, te detendrás en el lugar donde naciste, un barrio a las afueras de la ciudad, en el que estuviste viviendo hasta los cinco o seis años. Tienes ganas de conjurarte con los muertos, los muertos pertenecientes a tu pasado familiar: tu padre, tu madre y tu hermano mayor, y visitar la antigua casa que te vio nacer, porque en aquellos años, algunos de vosotros, todavía, nacíais en vuestros propios hogares, y tú fuiste uno de aquellos últimos nacientes sobre la cama de matrimonio que tanto te impresionaba por sus dimensiones: el cabecero de madera hueco y ondulado, cubriendo la pared, y el cristo crucificado encima, santificando el dormitorio de tus padres; con la matrona presente aquel día, asistiendo a tu madre durante el parto, lento y dificultoso, y la vecina de abajo, que también se personó, siempre dispuesta a echar una mano a las parturientas del barrio, como era su costumbre.

Ahora que tu cerebro parece estar dudando sobre los recuerdos, necesitas impregnarte de las raíces que te ataron a la tierra, y no hay raíz más fuerte que la de la familia, porque el carácter de un ser humano se forjará en el futuro dependiendo sobre todo de las raíces afectivas que lo fortalecieron en los primeros años de su infancia. Eso es lo que piensas, Sistiaga. Y tu infancia fue feliz, al menos es lo que te dicta el corazón, aunque las imágenes que te llegan de aquellos días sean fotografías difuminadas, aromas que se perciben ligeramente, pero que tienen una fuerza arrolladora, aunque duren escasamente unos segundos en tu cerebro, como chispazos de bombilla antes de fundirse.

Uno de esos destellos arrolladores sucede con cinco años, o tú supones que son cinco años los que tienes ahí, siempre te gustaron los juguetes

creativos o de construcción, pero en este caso te ves dando vueltas en la plazoleta que hay enfrente de tu casa, con un todoterreno del ejército atado a un cordel, del que vas tirando por la acera que bordea el jardín. Estás dichoso arrastrando el vehículo, que es bastante grande, o tú eras demasiado pequeño y lo ves muy grande, cualquiera de los dos casos se puede corresponder. Caminas por la acera con la mirada puesta al frente, orgulloso, mientras sientes la grandeza del todoterreno a tus espaldas, moviéndose por esa carretera imaginaria, que es la acera por donde lo conduces. Llevas dos muñecos a bordo: el conductor, con gorra y uniforme verde, y el copiloto con condecoraciones blancas sobre el pecho; muñecos rígidos, de plástico duro y semblantes inexpresivos rotulados con tinta de color negro. Esa es la única imagen que tienes, el único sentimiento que te llega, pero repletos de intensidad. Es probable que ese regalo fuera uno de tus primeros reyes, pero no puedes asegurarlo, y por lo visto, te hizo mucha ilusión. Ya no tienes la certeza de lo que pasaría con él, lo has olvidado por completo; solo esa imagen, que dura escasos segundos, es la que cobra toda la fuerza y dibuja el cuadro de tu memoria.

Otro lienzo que se perfila en tu cabeza es el de una explanada gigantesca, aquí tendrías cuatro años, no más. Sientes la explanada muy lejos de tu casa, como si te hubieran llevado de excursión a otra ciudad o a otro país, seguramente porque a esa edad, cruzar carreteras con vehículos motorizados de por medio, suponía toda una aventura y un reto para un pequeñajo como tú. En ella ves a cientos de niños, o miles, porque a ti te parecen miles, los que hay jugando y corriendo en aquella vasta superficie. Hay varios campos de fútbol, pegados unos con otros, con las porterías a base de palos clavados sobre la tierra húmeda, todos ocupados a la vez, pataleando y pasándose la pelota, sin entrecruzarse ni molestarse los de un campo y los de al lado, a excepción de los balones que se cuelan de vez en las pistas aledañas y los jugadores salen en su busca para recogerlos rápidamente y continuar con el partido. También los hay jugando a las guerrillas, al corre que te pillo; al churro, media manga, mangotero; a la rayuela; y chiquillas con cintas elásticas, saltando y entrecruzando sus piernas como si tejieran telarañas.

Al niño que tú eras le da la impresión de que aquel descampado emana felicidad. Se oyen los chillidos de los críos divirtiéndose, un clamor de entretenimiento estereofónico, y tú presenciando toda aquella escena, que te abrumba y contenta, desde un pequeño montículo que hay en el extremo norte de

la explanada, hacia la esquina más cercana a la carretera. Es como si fueras el espectador de una película costumbrista de los años cincuenta en blanco y negro. No sabes quién te acompaña, vas con alguien, pero no lo recuerdas, si es hombre o mujer, adulto, viejo o adolescente. Te sientes seguro. Eso sí lo tienes claro. El terreno, lleno de hierbajos y rocío. La claridad del día, iluminando el correntío de criaturas en todas direcciones, y las malas hierbas, resplandecientes de verde jugoso. Los edificios delimitando una parte de la planicie, haciendo de barrera justo por donde da comienzo la entrada de la ciudad. Balones por los aires. Llamadas entre los jugadores por sus nombres, que, pese al enorme barullo del vocerío, son capaces de distinguirlas. Alaridos de júbilo. Debe de ser un sábado por la mañana, el día que más les gusta a los niños. El día de la libertad. De ahí esa alegría y ese bienestar que lo impregnan todo.

Te preguntas, Sistiaga, por qué ese momento concreto, gravitando sobre el tiempo, permanece tan lúcido en tu cabeza, si has vivido muchos más momentos y, es probable, que mejores. No hay explicación, simplemente ocurre, se plasma y perdura durante el resto de tu vida, apilado en una de las estanterías que componen tus neuronas. Solo tienes certeza de una cosa: que ese día fuiste feliz.

Has decidido quedarte por hoy en la casa donde naciste, de momento la visita al ermitaño se va a demorar. Quieres contemplar el estado actual de la casa, allí donde fuiste fecundado y dado a luz, en cómo la ves en tu cabeza, y cómo está en la realidad, aprovechando que está desocupada de gente y de Nibelungos. Tú tenías en mente una cocina, nada más entrar a la izquierda, de azulejos oscuros, casi negros, y muebles amarillos. Nada de eso queda o nada de eso existió. Los escasos azulejos, que aún permanecen intactos, son azul claro, y los muebles, de color madera, feos, descolgados y sin puertas, la mayoría. El suelo está abarrotado de escombros.

El aseo pequeño, donde tantas horas pasabas por tu estreñimiento infantil, aparece con la loza arrancada y partida en diminutos pedazos. Te alegras de que esté así: odiabas ese lugar. Claro que lo odiabas, cómo no lo ibas a odiar: tu madre amenazando en numerosas ocasiones con ponerte una lavativa si no conseguías hacer de vientre. Y tú te estreñías más al oír la palabra lavativa,

con la cara encarnada y el gesto comprimido de hacer fuerzas, apretando, como si se te hubiera aparecido el demonio con cuernos y tridente, jaleándote, y llorabas desamparado, te daba pánico el chorro de agua tibia entrando por tu culo, merced a un tubo de goma, naranja butano, y una especie de recipiente de cristal, armado con hierros y litros de agua, colgado en lo alto de algún lugar del retrete.

Cruzas el pasillo a todo lo largo de la vivienda, es recto hasta llegar a un mirador que hay al fondo. Ya no te queda memoria de aquellas habitaciones por las que pasas, a derecha e izquierda. Esa parte de la casa es una completa desconocida para ti. Te asomas al mirador. Está atardeciendo. Allá en la nebulosa neuronal de tu cabeza, te suena que esa habitación, en donde está el mirador, fue el dormitorio de tu hermano. Aunque lo pones en duda. Tu hermano, tu único hermano, mucho mayor que tú, algunos decían si era tu padre por la diferencia de edad, veinte años en concreto os llevabais. No tuvisteis demasiada relación, porque al poco de que nacieras se casó. Pero siempre mantuvisteis el contacto, cada vez que ibas por allí lo visitabas. Hasta que un infarto agudo de miocardio lo arrancó del mundo. “Fumabas demasiado, hermano. Tenías todas las papeletas compradas cuando tocó, por mucho que la ambulancia corrió en darse prisa esa mañana. Hubiera dado igual si se hubiese retrasado. No era tu día de suerte. Y cuando no es, no es. Diga quien diga lo contrario”.

Comienza a darte sueño. Has encontrado una mecedora medio en condiciones y te has dejado caer en ella frente al mirador. Sueles descansar profundamente, te revientas de tanto moverte de aquí para allá desde que aparecieron los Nibelungos; las pastillas contra el insomnio es algo que ya no te explicas, con lo que las necesitabas para rebajarte la ansiedad y lograr descansar unas horas sin estar pendiente del trabajo. El ir por delante de los acontecimientos es un error, no sirve para nada. Los economistas nunca acertaron, ni en las crisis más severas. Y es cierto: nadie lee el futuro. Puedes orientarte por las pequeñas señales, simplemente, y hacer una lectura orientativa, y, aun así, lo normal es que te equivoques. Vivir el presente, respirarlo, es lo que cuenta. Porque no tenemos ni puta idea de nada. Y te toca la china negra de la mala suerte cuando te tiene que tocar. Y, por mucho que te rebeles, ese día termina llegando, y jode, y vuelta a empezar con otros que empiezan a vivir. Hasta que les toque la china negra.

Acabas dormido sobre la mecedora. No sueles acordarte de lo que sueñas. Sin embargo, el sueño que tienes es demasiado lúcido. Sueñas que varios tipos te observan, te están analizando. Tú los miras, sin lograr comprender. Estás tumbado sobre una camilla, sábanas blancas se superponen entre ti y la superficie, son resbaladizas, temes que te puedas caer al suelo y hacerte mucho daño, romperte como una figurilla de cristal. Los hombres llevan las caras embozadas, sus ojos son los del águila cuando se dispone a cazar. Hablan entre ellos, cuchichean y vuelven a mirarte con esos ojos rapaces que suponen una amenaza. Uno de ellos toma notas. Ves un agujero en la pared, intuyes que te van a introducir por ahí. Un sudor frío se apodera de todo tu cuerpo. Estás a merced de aquellos sujetos, vestidos con batas blancas impolutas. Mueven la camilla y te meten en el agujero. Te niegas rotundamente pero no sale la voz de tu garganta, apenas puedes moverte, y eso que no hay correas que te inmovilicen. El agujero es oscuro y estrecho. Te llega olor a tierra y humedad. Mueves la cabeza y crees restregarte la frente sobre la superficie rugosa de una cueva. Intentas gritar. No sirve para nada. Las paredes dan la impresión de que están rotando, giran a tu alrededor emitiendo un fuerte sonido metálico. Ese movimiento te genera náuseas, como si estuvieras mareado y fueras a vomitar, inundándose tu cara de vómito bilioso. Oyes el ruido monótono de un generador eléctrico, o eso crees. Quieres salir del agujero, quitarte la opresión. Y huir de allí. No entiendes el miedo que sientes, pero no te hace ninguna gracia. Te arrastras hacia atrás haciendo fuerza sobre las paredes hasta que consigues, con mucha dificultad, alcanzar de nuevo la luz. Los hombres de las batas te observan bajo esa luz fría y blanquecina a la que has salido, como si fueras una cucaracha moviéndote a toda velocidad. Y de pronto se ponen a gritar a la vez. Y ese sonido agudo te enloquece. Intentas taparte los oídos con las patas de insecto, pero es imposible, son rígidas y no se amoldan a la blandura de los lóbulos. Cierras los ojos y no quieres ver nada que tenga relación con esos hombres de blanco que gritan, tampoco quieres oír ni saber nada. Siguen llegándote los malditos alaridos.

“¡Por favor, que alguien los aplaque de una vez!”

Estás impregnado en sudor. Deseas salir de la pesadilla. Tienes conciencia de que es así.

“¡Despierta, vamos!”

“¡Los gritos, esos gritos del demonio, me están haciendo mucho daño!”

“¡Sal del sueño, despierta ya de una vez!”

“¡Ya!”

Te incorporas de un violento impulso hacia delante. Casi te caes de la mecedora en la que te habías quedado dormido. Sacudes la cabeza, no eres consciente aún de dónde estás.

Abres los ojos y una escena te pone los pelos de punta: ¡los Nibelungos han vuelto a invadir la noche en busca de presas que matar! Desde el entierro de tu amigo Mario no había vuelto a ocurrir. Por eso temías que se estuvieran reunificando, por eso los viste agrupados en la casa que incendiaste con un número mayor del habitual. Y los chillidos que tanto te molestaban en tu pesadilla son los que están profiriendo hombres y mujeres, a los que apresan desde las sombras para ser devorados sin piedad. Han regresado para vengarse de nuevo.

“¿Vengarse de qué? ¿Es que hay alguna factura pendiente con los humanos?”

¡Dios, mío, otra vez esa música nocturna que repiquetea como una sonata de sufrimiento!

Te quedas arrinconado en el mirador, asomando a duras penas la cabeza por la pequeña cristalera de abajo, que ha sobrevivido intacta a las penurias de esos días. Observas a los Nibelungos desplazarse mimetizados con la oscuridad de los edificios de enfrente con una facilidad prodigiosa, es como si volaran en vez de andar sobre las extremidades musculosas que poseen, irrumpiendo en las casas y encontrando ocupantes a los que masacrar. Los gruñidos se mezclan con los alaridos de los ciudadanos, asaltados y mutilados. Perplejo, ves a otros ejemplares trepar por las fachadas, colgándose de los balcones y colándose en el interior como si no encontraran resistencia frente a la gravedad.

Lejos de donde estás, hay una mujer a la que están violando, una turba despreciable la rodea mientras ella pide ayuda a voces. Babea, jalean entre palmeos; podrías jurar que están riendo. Se abre el corro, sale uno y entra otro. ¡Preparados, listos, ya!

Al contrario de la invasión de la otra vez, ya no se escuchan sirenas de ambulancias, ni tan siquiera de policía. La noche se va cerrando en tu cerebro, Sistiaga. Todo está cada vez más confuso y tu línea de pensamientos se vuelve imprecisa, a excepción de algunos flases que nunca te abandonan, sabes que algo pasa ahí dentro, pero no puedes definir lo que es. Tienes de repente el pensamiento extraño de estar dentro de un video juego. ¿Y por qué no? ¿Y por qué no, lo que has estado haciendo hasta ahora, han sido misiones que debías cumplir dentro del videojuego para obtener más puntos? ¿Qué te ha llevado a regresar a tu lugar de nacimiento? ¿Más puntos para la misión? ¿Algún objeto que encontrar?

Se te ocurre la idea de ir al patio de la casa. De ese lugar misterioso y lúgubre sí te acuerdas bien por una mala experiencia que tuviste. Es uno de esos flases permanentes que tienes por los siglos de los siglos, nunca te abandonan por muchos años que pasen. Una noche te mandaron tus padres a coger algo en el pequeño trastero. Para llegar hasta él tenías que salir a cielo abierto y cruzar todo el patio hasta el extremo opuesto. A mitad de camino, en medio de la más terrible oscuridad, te pareció escuchar las estrepitosas carcajadas de una mujer. Procedían del rincón del cuarto, allí debía de estar escondida. Tú las relacionaste enseguida con las de una bruja, y estabas seguro de que oíste también su voz, que no fueron imaginaciones tuyas. Sentiste tanto pánico que te quedaste petrificado unos segundos, dándote la vuelta acto seguido, y regresando a toda prisa donde estaban tus padres. Jadeabas humillado porque no les trajiste aquello que pidieron. A ellos les pareció gracioso que te asustaras, disculpándose con un matrimonio vecino que estaba de visita en aquella ocasión. Desde entonces ese lugar te generó terror. Solo eras capaz de pisar el patio de día; por el contrario, el trastero se convirtió en territorio vedado, de día y de noche, jamás volviste a visitarlo.

Te levantas de la mecedora, buscas en la mochila una de las linternas que siempre llevas en los bolsillos de fuera y te diriges hacia la puerta que conduce a la terraza. Por fortuna no hay temor en tus movimientos, eres persona adulta y las personas adultas no deben sentir miedo, aunque eso sea algo muy relativo, porque tú lo único que conoces es a gente atemorizada, siempre con la desconfianza dentro del ánimo, ataviada de múltiples disfraces: a la incertidumbre del mañana, a la ruina económica, a la soledad, a la enfermedad, a la muerte... Podrías hacer un listado infinito de todos los miedos que martirizan al hombre. Y entre miedo y miedo, va uno y se muere.

Tú, sin embargo, Sistiaga, te has tirado toda la vida intentando romper esas barreras que tanto te limitaban; no obstante, nunca has logrado derribarlas del todo, cuando pensabas que lo habías conseguido, aparecía una nueva indecisión que no te dejaba en paz y volvías a reconstruir el muro de las lamentaciones.

¿Por qué nunca somos capaces de vivir en paz y aceptamos las cosas como son y como vienen? Es difícil, porque muchas veces no depende de ti sino de la gente que depende de ti. Y no es igual aceptar tus desgracias, cuando eres fuerte y resistente, que asumir las de tu gente más allegada y querida, aquellos que tienen tu sangre.

Sigue la noche aullando, lo compruebas mejor al sentir la brisa de fuera embarcada de horribles gemidos. Miras el cielo: esta vez no está encapotado de nubes, como ocurrió el día del incidente con la bruja, que se cernían sobre tu cabeza, desafiándote. Alumbras con la linterna y ves el trastero que tanto te espantaba. Vas a enfrentarte con tus propios fantasmas. Permaneces parado unos instantes contemplando la estrecha estancia, con su tejado inclinado mirando hacia ti. Está cerrada por una portezuela verde que, sorprendentemente, aún conserva la pintura en buen estado. Se te ocurre pensar que es el mismo tono de verde de tu infancia. Chiquilladas.

Se hace el silencio de golpe y los gritos de la calle se disipan con la rapidez de un chasquido de dedos. Un resplandor inmenso aparece en el cielo, de similar intensidad al que viste junto a Javi Ramírez cuando estabais en la azotea. Miras un momento al suelo y ves tu silueta perfectamente dibujada, acortándose con la rapidez con que se desplaza el meteoro por el firmamento, como si hubieran proyectado un foco encima de ti y la sombra huyera del potente resplandor. Cruza el cielo en línea recta hasta donde abarca tu vista. Es un sol en movimiento, más que un bólido de increíbles dimensiones. Dejas de verlo cuando pasa de largo tras el tejado de la casa. En pocos segundos, regresa la oscuridad, y los gritos, que también habían cesado, vuelves a escucharlos. Ha sido un paréntesis momentáneo y todo retorna a su ritmo anterior, al infierno donde estabas.

Piensas, ironizando un poco sobre el fenómeno recién acaecido, si será una señal de nuevo, quizá porque te gustaría la presencia de tu amigo Javi, ahí contigo, dándote el coñazo con sus ocurrencias y sus chistes. Te ríes. Los ojos

se humedecen, no alcanzas a sacar lágrimas, aunque notas presión sobre ellos.

“No es momento. Concéntrate”.

Vas al pequeño cuarto sin la menor idea de por qué lo haces, es simplemente un impulso. ¿O una señal? Vuelves a sonreír de nuevo pensando en él, esta vez las lágrimas rebosan los párpados, no puedes contenerte y notas la piel humedecida en su camino descendente.

“Javi Ramírez, te echo de menos. A todos mis amigos, mis buenos amigos, os echo de menos”. Porque la barrera del tiempo crea distancia y nostalgia, melancolía sana de aquel espíritu de amistad compartida. Formabais una tribu, con unas pautas que solo vosotros comprendíais, y los temores que teníais eran menores, siendo los riesgos mucho mayores. Cuántas veces si no habíais puesto en peligro vuestras vidas. Sin ir más lejos, tú, Sistiaga, la habías arriesgado en varias ocasiones, has estado a punto de morir ahogado dos veces por cometer la imprudencia de bañarte con fuerte temporal; sin embargo, la suerte deparó que no había llegado tu hora. Luego, llegan otros y mueren caminando por las calles, no por hacer locuras como tú, sino por nimiedades absurdas. Como aquella vez que viste a un hombre en la mediana de la carretera, esperando a que se pusiera el semáforo en verde para cruzar, y un coche dio un volantazo y se salió del carril, estrellándose contra el pobre desgraciado, que venía de la panadería de la urbanización, con la bolsa del pan en la mano, de regreso a casa. Su familia, seguramente, todavía se esté preguntando por lo absurda que fue aquella situación: esperar a tu marido que venga con la compra para desayunar todos juntos y ya no regresar vivo. Sin embargo, vosotros, la tropa de amigos que erais entonces, tentasteis mucho al destino y os salió bien. El azar supo arroparos con cariño, bendita suerte aquella que tuvisteis, pues tal vez no la hayáis sabido valorar en su justa medida. Los años lo dirán.

Llegas a la puerta verde, temes oír la voz siniestra de la arpía. Nada de eso ocurre. Bastante tienes con los quejidos de ahí afuera, los de cívicos ciudadanos muriendo a manos de los Nibelungos. Abres la puerta y alumbras dentro. La luz de la linterna choca en la pared de enfrente, repleta de cachivaches inservibles, hojas arrugadas de periódico y trozos de alambres y metal. Hay escasa distancia hasta donde tú estás, ya que el espacio es bastante reducido, apenas tendrá cuatro metros cuadrados. Hay cajas de cartón rotas

esturreadas por el suelo, libros abiertos y páginas arrancadas. Estás mirando por los recovecos del trastero y solo adviertes utensilios estropeados e inútiles, aun así, rebuscas entre las cajas de cartón, mueves y levantas libros y hojas sueltas y te das cuenta de que bajo un armazón de madera hay encajado un maletín con cierres de resorte, como el de las viejas maletas de cuero, donde aprietas el botón y salta la pestaña hacia arriba a una velocidad diabólica. Desencajas con cuidado el maletín del armazón. Te asombra comprobar en las buenas condiciones que se conserva, forrado en piel marrón y sin grietas o cortaduras, porque debería de llevar kilos y kilos de polvo acumulado, sin embargo, apenas está sucio o mal conservado. Estás intrigado por lo que habrá en su interior: el estuche es mucho más estrecho que largo y medirá poco más de un metro; en contraposición, el ancho es de unos treinta y cinco centímetros. Cuelgas la linterna de uno de los numerosos cables que recorren el trastero de lado a lado y presionas los cierres dorados.

Clic, clic.

Saltan hacia arriba los goznes, como recién engrasados. Tus ojos se mantienen alerta, expectantes, de igual modo que cuando abrías los regalos de cumpleaños, envueltos en papel celofán, con ese deseo oculto de predecir qué había dentro antes de verificarlo con tus sentidos. Y esta vez te ha pillado por sorpresa completamente, jamás hubieras podido imaginar lo que contenía el estuche alargado de más de un metro de longitud. Muchas pistas tendrían que haberte dado para descubrir su contenido. Y ya no es solo la perplejidad la que se adueña de tus dudas, sino la sospecha de que no es normal haber encontrado un objeto como ese, en un trastero de mala muerte, fruto de una de las peores pesadillas de tu infancia. Contemplas lo que hay ahí dentro como si fuera parte de un tesoro pirata, te tiemblan las manos cuando vas a coger ese objeto reluciente, que parece recién bruñido por su buen estado de conservación. Apoyas el estuche sobre el armazón de madera y sacas el objeto alargado, cogiéndolo con cuidado con ambas manos y sopesándolo con estupor.

¡Se trata de una espada japonesa!

El borde cortante está en perfecto estado, podría rebanarte una mano de no manejarlo con cautela. Junto a la catana hay una saya, que es la vaina que la recubre. Coges los dos objetos y los encajas, uno dentro de otro. Sales del

espacio reducido de donde estás y, bajo la luz de las estrellas, encajas y desencajas el arma de la vaina, como si estuvieras realizando tus primeras prácticas. Te ajustas la saya en la cintura, sacas la espada con cuidado y cortas el aire con movimientos amplios en extensión. Suena mucho mejor y es más eficaz que la viga de hierro que utilizabas, la dejarás jubilada para otros menesteres.

Hay energía cuando la manejas. Te sientes poderoso, fuerte. Las catanas las usaban los hombres de a pie para cortar las patas de los caballos o eviscerar sus vientres durante los ataques de la caballería. Y la tuya no tiene pinta de ser menos a la hora de dar tajos y profundizar bien adentro. Sigues emocionado, todavía no te has planteado seriamente qué demonios hace un utensilio como ese en un cuarto perdido, lleno de porquerías inservibles.

“¿Cuántos no habrán rebuscado allí dentro, mucho antes que tú? ¿Por qué estaba ahí entonces, aguardándote sin que nadie la hubiera cogido?”

Preguntas sin respuesta. Esas preguntas son tan difíciles de contestar como el enigma de la invasión de los Nibelungos. Intuyes ideas remotas, que no tienen demasiado sentido, tampoco quieres solucionar mucho más. Te dejas llevar, como empujado por el viento, a su merced, pero libre, con esa sensación de que puedes hacer cuanto te propongas sin dar más explicaciones que a ti mismo, el único responsable de escoger su propio rumbo.

A partir de ahora la espada no se desprenderá de tu cintura en ningún momento, formará parte de tu cuerpo, igual que un brazo o una pierna. Te agachas un segundo para recoger la mochila y ajustarte los correajes. Estás en mitad del patio, a punto de colocarte la mochila al hombro, cuando algo te coge de los pelos y te eleva por los aires. La mochila sale despedida unos metros más allá, y tú sientes la ingravidez de los astronautas al ser levantado tres palmos por encima del suelo. No has visto ni oído nada que importune lo que estabas haciendo previamente, ninguna reacción de peligro que te pudiera alertar; si bien, camuflado entre las sombras, escuchas un gruñido salvaje, es un Nibelungo el que te engancha de los cabellos y te ha izado tan fácilmente, notas su aliento pestilente embadurnando tu rostro y sus ojos rojos alumbrando en mitad de la noche. Los labios los tiene retraídos, la mandíbula está desencajada, mostrándote unos colmillos desproporcionados que amenazan con morder tu cuello, arrancar un buen pedazo de carne y desangrarte como un

cerdo pasado a cuchillo el día de su matanza campestre. Los dos metros de envergadura te empuqueñecen, eres un muñeco flexible con extremidades de trapo y cuerpo de goma. Sabes muy bien que, si no reaccionas pronto, vas a morir devorado, ya has visto a mucha gente morir de esa manera y no tienes ganas de ser uno más. Así que saca fuerzas de flaqueza y toda tu valentía para seguir sobreviviendo, al menos lucha contra lo que tienes ahí delante si quieres mantenerte vivo. Él no te va a perdonar, y tú sientes, al menos, el mismo odio, es una lucha de poder a poder, aun siendo tu oponente mucho más fuerte que tú. La ventaja es que eres consciente de que tienes el arma afilada al cinto. Por contra, el Nibelungo te mantiene colgado de los pelos, ingrátido, a un metro escaso de distancia, gracias a la gran amplitud de brazos. Así que reacciona de una puñetera vez, porque está desencajando las mandíbulas todavía más que al inicio, como un Alien de Ridley Scott, para darte el mordisco definitivo que acabe con tus sueños de superhéroe.

¡Actúa, actúa, vamos! ¡No te dejes vencer!

¡La catana, sácala ya! ¿Para qué la llevas si no?

Por supuesto, nunca has portado una espada al cinto, ni siquiera siendo un crío has tenido la típica de caballero medieval, elaborada en madera, no te hicieron nunca demasiada ilusión, lo más que habías hecho era jugar a espadachines con los tubos de cartón de una tienda de telas de debajo de tu casa. Eran tubos alargados sobre los que se enrollaban las diferentes telas, de multitud de colores y estampados; el dueño los colocaba frente a la puerta de su establecimiento conforme se agotaban los paños, a la espera de que pasara a recogerlos el camión de la basura. Entre risas escandalosas, os golpeabais con ellos sin miramiento alguno, y terminaban destrozados. Cogíais otro y volvíais a hacer lo mismo, hasta que os cansabais de jugar o no quedaba ni un cilindro más en condiciones. Y dejabais la calle hecha unos zorros, esturreada de cartones rotos y rulos partidos. Nadie os echó la menor bronca por amontonar tanta suciedad. Corrían otros tiempos, o que os miraban como a zagalones maleducados, a los que era mejor no decir nada y pasar de largo.

El Nibelungo te sujeta con el brazo derecho, a ti Sistiaga te da tiempo a pensar en lo que hacer antes de que lleve a cabo su primer movimiento de ataque. El costado izquierdo no está resguardado, su brazo está relajado porque se ve seguro con la otra extremidad con la que te sopesa, y tú adviertes

ese punto débil por donde atacar. Y desenvainas la catana con tu mano derecha en el momento que hace amago de aproximarte a su boca, eres consciente de ese flanco desprotegido. Concentras toda la energía de tu cuerpo en la mano derecha, la que va a procurar la estocada de muerte, porque solo te planteas su muerte, nunca fallar o dejarlo herido, esa sería una posibilidad remota que te colocaría en mal lugar y tendrías las de perder. Los ojos rojos del Nibelungo se sorprenden al ver el movimiento rápido que estás iniciando, estaba seguro de matarte y ahora ya no lo ve tan seguro, hay dudas en su odiosa mirada salvaje. Al igual que ocurre en la narración bíblica sobre David y Goliat, nunca hay que bajar la guardia, por poderoso que te muestres y seas frente al oponente. Y tú, Sistiaga, eres el David que con inteligencia y reflejos cruza la catana en el aire, de derecha a izquierda, para hundir la hoja afilada en la zona abdominal izquierda del Goliat, sintiendo la precisión del corte y la profundidad de la hoja en su interior. Y cuando te metes bien dentro, tienes la certeza de que la estocada es mortal, sobre todo cuando extraes el arma y ves las asas intestinales desbordarse del vientre, saliendo retorcidas, como serpientes que huyen precipitadamente de su agujero, envueltas en vaho ardiente. Y el enemigo se olvida de ti, te suelta por los aires y se centra en la brecha gigante que les has hecho, despreocupado y desprevenido por completo de todo. Y tú arremetes hacia delante de nuevo y hundes la hoja sobre la base del cuello, esta vez ayudado por las dos manos, y su cabeza queda medio descolgada, solo sujeta por la tráquea y algunos restos musculares que han quedado sin seccionar. Es entonces cuando lanza un grito ahogado, un chapoteo líquido de gruñidos que burbujan en ese extraño agujero que aflora desde su garganta, con las manos sujetándose la cabeza recién desprendida y un rictus agonizante de perpetuo dolor.

Has vencido, David, has matado a tu gigante Goliat, palpitando aún sobre el suelo de tu casa, la casa donde naciste, la casa de la bruja, la casa de tus primeros fantasmas, la casa de la que apenas guardas instantáneas de vida y resulta una completa extraña para ti.

Miras las ropas y están impregnadas de sangre, igual que tus manos y tu reluciente catana, eres un cuerpo bañado en sangre de bestia abatida, dos metros de envergadura extendidos en el suelo, y tu efigie, erguida y victoriosa, realzando el cuadro de la noche en el patio de la casa donde naciste.

Las estrellas velarán por ti. Te sientes sucio y cansado. Atrancarás la

puerta y te irás a dormir. Vuelves a escuchar los gritos suplicantes de la noche, componen la banda sonora de una película de Wes Craven. Pero tú no guardas temor alguno, haces las cosas porque debes hacerlas, es una obligación moral acabar con los Nibelungos que se interpongan en tu camino, lo que desconoces es si servirá para algo.

Vuelves al mirador, te acurrucas en el suelo y buscas sus figuras desplazándose entre las sombras, son silenciosas hasta que atacan, entonces se convierten en una mezcla de furia descontrolada y rugidos ensordecedores devorando a sus presas.

6

El sol da de pleno sobre tu cuerpo desnudo. Has salido de la ciudad donde te criaste y estás en una cala perdida, dispuesto a darte un baño para desprenderte de la sangre de tu víctima y de paso lavar las ropas con el agua salada del mar. Mientras venías de camino has divisado un reguero de restos humanos tirados en el suelo, tras el festín que se dieron anoche. Las ratas también han hecho de las suyas, estaban por ahí dándose también un atracón de carne. No les faltaba proteína, no, a las muy hijas de puta. Algunos ciudadanos se atrevieron a salir de sus casas al amanecer, después de la masacre. Los Nibelungos parece que cambian a horario nocturno cuando inician una invasión, y esta madrugada, justo antes del amanecer, se dispersaron y desaparecieron, imaginas que a descansar tras el enorme esfuerzo de la matanza. No sabes dónde se refugian ahora que son tan numerosos y se agrupan en manadas. Tampoco podrías matarlos a todos de encontrarlos, son tan depredadores y numerosos como los humanos.

—Al menos, ellos se dedican a acabar con nosotros —piensas—, y no llenan el mundo de porquería y mierda. Son más de restos biológicos —ironizas a continuación—. La carne de la que se alimentan es biodegradable y sirve de abono para dar de comer a larvas e insectos, además de a las ratas.

Dejas desvanecer ese comentario de humor negro tras meterte en el mar y desplazar productos plásticos, bolsas arrugadas y envases flotando. Te rodean como si fueran especies marinas carroñeras. “Hemos hecho un buen trabajo”, dices viendo ese cementerio de la naturaleza que hemos legado a no sabes qué generaciones venideras. Las olas son toboganes de basura subiendo y bajando con la marea. Con lo que a ti te gustaba el mar, Sistiaga, ya no solo por los kilómetros que has nadado cuando aprendiste a volar, sino por lo que has disfrutado bañándote y jugando en él, especialmente en los veranos dorados de la juventud, junto a tus amigos. Los denominas de ese modo porque aquellos veranos tenían un color que a ti te resultaba anaranjado y cálido, o tú los veías

con ese color tan particular, quizá fueron diferentes, os estabais iniciando en la adolescencia y las chicas pasaron a ser el primer objetivo, tras descubrir la atracción del sexo contrario y el enamoramiento. Tardes calurosas, tiempo dilatado y lento, y vosotros con una guitarra en la mano tocando canciones en corro junto a la orilla del mar, el viento de lebeche soplando suave, el mar sin olas, limpia su superficie, de un tono verde turquesa, que se perdía en el horizonte. Estabais tan inmersos en vuestros asuntos, que la playa parecía de vuestra propiedad. Y bromeabais entre vosotros, aunque cada broma iba dirigida a una chica concreta según los gustos de cada uno, era una manera de hacerse hombres, de hablar el idioma del amor. No había responsabilidades de ningún tipo, os levantabais a la hora que os daba la gana, vuestra comida hecha a mediodía y el bocata a la hora de cenar. Y por las noches, innumerables barbacoas a base de alcohol, con la excusa de desinhibiros, para acabar besándose con la chica que más te gustaba, mientras soltabas discursos de adulto, de los planes que tenías cuando fueras mayor. Noches de sensaciones intensas, de sexos aprendices y descubrimientos tentadores y húmedos. No habrá veranos así nunca más, ni amigos ni pandilla como aquellos. Si existe un paraíso fue en aquellos años de sangre cálida y luz anaranjada.

A la hora de hacerlos los gallitos valientes, erais los números uno probándoos. Una de aquellas pruebas consistía en ver quién se adentraba más en el mar. Las chicas aguardaban en tierra esperando saber si su chico era el triunfador. En aquel entonces, os podíais introducir en el mar los kilómetros que os diera la gana, no había vigilantes de la playa ni nada que se le pareciese, la gente se ahogaba y el juez de guardia se presentaba varias horas después, mientras el cadáver yacía al descubierto con tono azulado a los ojos de los turistas que pasaban curioseando por allí. Era más primitivo todo, y a la vez mucho más interesante.

Y vosotros, la pandilla adolescente con mejillas de sarpullidos y frente erupcionada, dentro del mar agrupados, hablando de las chicas que os gustaban mientras nadabais a braza, sobresaliendo cerca vuestras cabezas y escupiendo agua de mar. De vez en cuando, un chiste para hacer la gracia, y siempre había uno que debía soportar los dardos envenenados del sarcasmo, riéndoos de él por alguna ridiculez que había cometido los días pasados. Os introducíais tan dentro del océano que no se divisaba el horizonte de tierra, no había otra cosa que mar y una isla cercana a la vista, gracias a ella luego

podíais orientaros para regresar. No fuisteis conscientes de que la isla aquella os salvó en más de una ocasión de desorientaros y perderos mar adentro, en tanto que soltabais una broma detrás de otra para hacer el regreso a tierra más llevadero, porque en el fondo ibais todos acojonados, y aunque ninguno fue capaz de confesarlo, lo intuíais con certeza sin decir una palabra. Eran las reglas de juego.

Frotas las ropas como puedes para desprenderte de la sangre y la suciedad, ladeando con las manos la porquería que se arremolina cerca. Apenas hay huecos únicamente de mar. La gente al principio pensaba que con la retirada de las bolsas de plástico de las tiendas y supermercados se reduciría el problema y se acabaría con él de una vez por todas, eso era minimizar lo maximizado a la enésima potencia. Si casi todo procedía de productos plásticos. Eliminabas las bolsas, de acuerdo, pero estaba todo lo demás: las botellas, los tetrabriks, envases de alimentos, de limpieza, de cualquier objeto doméstico... Eran inagotables los productos fabricados con ese material, y el cuello de botella donde terminaban todos era el mar, y del mar pasaban al resto de la cadena de seres vivos en forma de *microplásticos*.

Rescataste, meses antes de producirse la invasión, cuando todavía existía wifi y señal de internet, a través de las redes sociales, un programa muy popular de hacía cincuenta años en el que se predecía de modo evidente este problema: la irrupción masiva de desechos no biodegradables y, por tanto, acumulables. Un mensaje que al escucharlo en aquellos días resultaba cosa de ciencia ficción. Algo tan lejano que pensabas que nunca llegaría a ocurrir. Pero las cosas malas ocurren, y las catástrofes, y las guerras sin sentido, el problema es cuando te pilla a ti viviendo ese momento circunstancial.

Tú, Sistiaga, te has acostumbrado a vivir con la mierda, y con la muerte, porque no tienes más remedio, intentas gozar de otras prioridades que no tenías, la libertad, por ejemplo, y aceptas lo malo como algo común con lo que debes familiarizarte. Si te mentalizas de que estás de paso por aquí, todo es mucho más llevadero. Lo único que le pides a la energía universal, por pedir algo a una entidad que tu mente imagine, en vez de a un Dios inexistente, es, que cuando pierdas facultades físicas y tu cuerpo no pueda aceptar el ritmo de la mente, morir y pasar página. Nada más. Estás seguro de que te dejarías devorar por los Nibelungos llegado el caso, ¿para qué dar más vueltas y marear el asunto? Has visto sufrir a muchos que querían abrazar la muerte y no

podieron, tuvieron que morir poco a poco, soportando cada lento paso de rosca, no por la enfermedad en concreto, que ya era mucho, sino porque habían perdido la ilusión de vivir, incapaces de hacer lo que les hacía felices o de realizar aquello que les resultaba gratificante.

Eso es lo que le ocurrió a tu padre, Sistiaga, un hombre acostumbrado a darse sus paseos diarios y a charlar con sus amigos todos los días, hasta que sus piernas se lo impidieron y él ya no fue capaz de gobernar su cuerpo. Sentado en una silla de ruedas, con una edad avanzada considerable, perdió la expresión de alegría de su rostro, se volvió osco, meditabundo y todo dejó de importarle. Incluso el amor que te profesaba comenzó a diluirse, estaba perdiendo el afecto hacia los demás. Un día te dijo que le prepararás un veneno porque se quería morir de una puta vez, y tú te lo tomaste a broma, pensaste que era un pensamiento de viejo senil, algo pasajero, que nada tenía que ver con su estado de ánimo real, pero pasados los años, una vez fallecido, eres consciente de que sus palabras, cuando te pidió el veneno para morir, eran totalmente sinceras, iban en serio. Tu padre quería morir. Y tú no lo llegaste a comprender. Pero es que hay cosas que no se comprenden hasta que los años se van comiendo el caucho de las ruedas, ruedas que ya no se pueden volver a comprar o sustituir en un taller, y tienes que continuar viajando con las mismas gomas hasta donde puedas resistir. Ahí es cuando tu cerebro se expande y comprende. Y tú comprendiste lo que quería decir, te costó entenderlo, pero cuando comprendiste a tu padre por fin, ya estaba muerto unos cuantos años atrás.

Colocas las ropas lavadas colgadas detrás de la mochila, así, mientras caminas, el sol las irá secando con su calor y con su viento. Permaneces desnudo frente al mar. Lo feliz que te sentías cuando ibas a calas perdidas a bañarte desnudo, después de estar de excursión unas cuantas horas, sudando como una bayeta exprimida, antes de llegar a tu objetivo. Ese día eras un Robinson Crusoe. Paseabas por la orilla tomando el sol, con los brazos extendidos al cielo, como queriendo abrazarlo, y cuando te cansabas de pasear, acalorado, te ponías tus gafas de nadar y te dabas un chapuzón, sumergiéndote en las aguas cristalinas, entablando amistad con los peces de tu alrededor.

Las gafas de nadar era el único utensilio que siempre llevabas encima, nunca podían faltar para no perderte nada de ahí abajo mientras buceabas.

Pensabas en esos momentos, inflamado de euforia y de locura sana, que instantes así son los más emotivos. Puedes comprar lo que quieras: propiedades, tierras, casas, hombres y mujeres que te alaben falsamente, pero esos instantes tan lúcidos, no. Y lo más bonito es que no cuestan un céntimo, son el valor que tú les des, por eso resultan aún más inestimables.

El problema, Sistiaga, llegó cuando te convirtieron en un esclavo de la vida y te dijeron que hay que ganar dinero para vivir bien, mucha cantidad si quieres hacerlo mejor aún y elevar tu nivel socioeconómico. Y que tienes que ser más astuto que nadie para sonsacarlo de manera sutil, porque lo que hay que hacer es que cambie de manos, ya que no lo podemos crear con una máquina comprada en los chinos, y que se dirija preferentemente a tus manos y no a las de otros, de ese modo vas acumulando riqueza y prosperidad para gozar así de un estatus preferencial sobre el resto.

El problema que tiene el dinero y las propiedades (eso no te lo dijeron) es que, cuanto más dinero tienes y más propiedades posees, más esclavo te conviertes de lo material, más atado estás a la tierra. Y eres un preso en vida, como la mayoría de gente, que ignora lo que es estar liberado.

“Un puñetero número en el debe y el haber, una insignificante cuenta en el banco. En eso te has convertido. Luchar para ser un puto número. Toda una vida luchando para ser un puto número”.

Te pones en marcha, coges el camino que te llevará al ermitaño: una pista ancha de tierra que se meterá entre las montañas y ascenderá gradualmente. Conoces una fuente en la que años atrás manaba agua. Con suerte seguirá funcionando. Te darás una ducha a base de botellas rellenas, te quitarás el salitre del mar y volverás a enjuagar las ropas apergaminadas que llevas tendidas en la mochila. Hay un extraño silencio ese día. Ves a tu izquierda la laguna de agua salada, lejana, distante. Distante como tú.

Algunos de vosotros os habéis convertido en seres perdidos, vagando de aquí para allá, buscando una respuesta de algo que no llegará. Eres algo filósofo, Sistiaga, te gusta hacerte preguntas sin razón aparente e indagar, y, por supuesto, ya lo sabes, además de todo eso, eres también un soñador. Crees que al mundo le hace falta gente imaginativa, con ilusiones de hacer cosas para progresar y crecer en su interioridad, más que en exterioridad, porque si creces hacia el interior terminas expandiéndote hacia el exterior. El problema

de la falta o la muerte de los soñadores se debe al capitalismo desbocado, que termina por pervertirlo todo; prostituye y mata las ilusiones.

Cuando una cosa o una economía se basa en crecer año tras año hacia fuera no puede ser buena. Las cosas no pueden estar creciendo siempre hacia fuera por encima de resultados precedentes, porque el abismo al que te enfrentas, tarde o temprano, será mucho mayor y el sistema se romperá. Tampoco los demás sistemas, como el comunismo o las dictaduras, es que sean mejores. La verdad es que no tenemos ni puñetera idea de lo que es mejor para nosotros. Tú prefieres quedarte en el lugar donde estás, Sistiaga, en el mundo de los Nibelungos. Es curioso que, después de tanto horror, te hayas adaptado a vivir en el infierno. Tocas tu catana con la mano y piensas que esa es la ley que impera en estos momentos. Ya no hay que firmar documentos para atestiguar la propiedad de los supuestos bienes, delante de un notario rapaz y avaro, que se ríe entre dientes de la miseria del que está delante, de los años y años que va a estar pagando a una entidad financiera, convertido en siervo del estado, mientras él cobra por documentos que no son otra cosa que fotocopias preestablecidas, sacadas de un modelo de mierda que se imprime con solo tocar una tecla de ordenador. Lo que cuenta ahora es tu palabra Sistiaga y tus ganas de sobrevivir, ya no valen las firmas, ni los documentos esos que se pierden en un océano de más documentos, inmersos a su vez en carpetas de cartón y en archivos virtuales de internet, tutelados por la notaría usurera de turno.

Que el sufrimiento es mayor en determinados momentos en el universo de los Nibelungos, pues sí, pero si le echas valor puedes combatirlo a costa de tu vida o a costa de tu salvación, y la de salvar a otros. ¿Os es que acaso no produce una gran satisfacción salvar a otros?

Y comer, esa es otra. El día a día de aquellos que sobreviven en la actualidad está basado en comer, en sustentarte únicamente para seguir tirando. En quitarte el bicho de dentro, que no hace más que pedir comida y agua para aplacar el hambre y la sed. Lejos quedan esos banquetes copiosos en restaurantes a los que tanto ibas con los clientes después de las charlas que dabas en sedes y organismos agrícolas y ganaderos. Se te pasaban las semanas, Sistiaga, yendo a los restaurantes y a las putas; os atracabais con el condumio y luego a tomar copas y enfolionaros junto a las putas. Esos fueron los hechos más habituales en tus últimos años de trabajo: invitaciones en

restaurantes e ir de putas. Crees que las putas nunca desaparecerán porque tienen mucha demanda, y hay hombres que necesitan follarse a otras mujeres porque no se follan a su mujer, el vínculo de la atracción y de la pasión con su pareja se murieron en el día a día, en el bregar con los hijos, en los quehaceres mecánicos que sostienen una casa.

También habías notado que, últimamente, las mujeres también se iban de putos, aunque ellas eran más discretas y no se iban en grupo, sino que lo hacían en solitario con solo una llamada de teléfono o un simple WhatsApp, y se te presentaba un tío o una tía en la habitación del hotel dispuestos a realizar lo que en ese momento tuvieras en tu cabeza realizar. Las mujeres se han ido de putos conforme han ido aumentando los puestos de dirección para ellas. O sea, que irse de putas y de putos, no se libra casi nadie. Pagar por poseer a alguien es una forma de hacer esclavos y generarse placer. Y hacer esclavos es una manera temporal de quitarse parte de las frustraciones que llevas dentro, porque para eso pagas a otra persona, para que cargue con tus miserias durante un rato. Hasta que la persona desaparece después del servicio por haber follado contigo y darte un cariño ficticio, y las frustraciones vuelven de nuevo a su lugar, a las estanterías afligidas de tu mente y tu corazón.

Putas, putos, comida, riqueza, poder. Los pilares en que se sustentaba tu mundo anterior.

“¡Válgame, Dios! Toda la filosofía aplicada puesta en esas cinco palabras. A eso se reducía casi todo”.

Aunque tú, que siempre has sido un optimista apesadumbrado, has creído en la pureza de los jóvenes, en el halo de integridad que existe a su alrededor y en la salvación de la sociedad gracias a ellos. El problema es que conforme pierden la juventud pierden la integridad y se prostituyen sus principios, como pasa con la gran mayoría de los que se van haciendo mayores. Una vez que entras en la rueda de la vida, todo se va a tomar por culo.

Esa es la recompensa. Maldita recompensa.

Mientras caminas estás experimentando una especie de delirio. Los pensamientos se amontonan para salir todos a la vez. Caminando los discursos que se te ocurren son brillantes, muchas veces te dices a ti mismo que si fueras capaz de escribirlos serían perfectos para editar un libro sobre elucubraciones

que tú crees fascinantes, lo que pasa es que al cabo de unas horas esos pensamientos álgidos se vienen abajo por su propio peso de lo insustanciales que resultan. Estás convencido de que se debe a las endorfinas que va liberando tu cuerpo conforme aumenta el esfuerzo por el paso de los kilómetros. Sabiendo que te estás acercando al lugar donde debe de estar el ermitaño, tu cabeza se hace preguntas repetitivas intentando esclarecer unas cuantas dudas.

¿Quién es el ermitaño? ¿Por qué va a ser quien resuelva las vacilaciones que abarrotan tu cabeza? ¿Hay alguien acaso que pueda hacerlo?

Una cantidad importante de personas ha necesitado creer en seres humanos con supuestos poderes sobrenaturales, tales poderes suelen usarse sobre todo para adivinar el futuro y sanar enfermedades incurables que los médicos han desahuciado previamente. Por supuesto, esas falsas ideas nacen de la necesidad de los demás de depositar su fe en algo para lograr salvarse de sus debilidades. Hasta la gente con más dinero y poder lo ha hecho cuando se ha visto en un callejón sin salida: ha visitado chamanes y curanderos que pueden tratar su mal. Lógicamente, quienes los visitaron se murieron o siguieron con su enfermedad, o se restablecieron por completo porque hubieran mejorado de todos modos sin necesidad de curandero. El único tratamiento verdadero o efectivo son los fármacos que te recetan los profesionales, sus terapias y cirugías y la capacidad metabólica interna de cada cuerpo para revelarse frente a la enfermedad. Por eso llevas mucho cuidado con las heridas y dolencias que puedas padecer. Un simple resfriado o una gastroenteritis puede conducirte a la muerte si no te cuidas bien, son patologías leves a las que anteriormente no dabas relevancia.

“¿Tendrá poderes el ermitaño para sanar?” Ironizas con ese pensamiento. Te ríes, pero en el fondo de tu alma tienes confianza en esa extraña figura que vas a visitar. Todos buscamos algo que desconocemos para ver si es verdad que lo que hacemos aquí cobra un sentido trascendente. No perdemos la esperanza porque no queremos sentirnos desamparados. El ermitaño quizá te dé respuestas, Sistiaga, y vas a verlo por esa razón. En algunas ocasiones, has llegado a pensar que hay una figura del más allá que te protege, porque te has visto malogrado en momentos oscuros, delicados, con todas las puertas cerradas, y cuando creías que no había salida, que no quedaba ninguna puerta de salvación adonde dirigirte, llegaba de repente un día y se producía un golpe

de suerte, que daba la vuelta a todo, y te sacaba de lo más profundo del pozo negro, apareciendo la respuesta que iluminaba súbitamente tus pensamientos decadentes. Una puerta que no estaba ahí, sino que alguien debía de haberla puesto para que tú pudieras entrar y salir de esa penumbra en la que te encontrabas, solucionándose tus problemas de la noche a la mañana. Te has dicho si no era tu ángel de la guarda el que te ha salvado en tantas ocasiones, ese al que le rezabas todas las noches junto a tu madre a la hora de meterte en la cama.

“Ángel de la guarda, dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día”.

Así fue durante años y años, cada vez que te ibas a acostar, ambos rezabais juntos ese estribillo. Y ella se iba y te sentías protegido aquella noche. Tal vez el ángel de la guarda, en el que no crees, te ha estado sacando las castañas del fuego.

“Y tú sin saberlo, idiota”.

Vuelves a reírte. Te hace ilusión ese tipo de pensamientos. Son inocentes. Y a ti te gusta sentirte así de vez en cuando. La ingenuidad es descubrimiento, averiguar cosas nuevas. Y el mundo de los Nibelungos en cierto modo es inocente dentro de su crueldad. Lo es porque no miente, porque no está desvirtuado a base de hipocresía, porque vives o mueres. Los Nibelungos no engañan, te matan o no te matan dependiendo de si te pueden atrapar. Tú tienes que ser más listo que ellos o tener más suerte para poder librarte de la muerte. Su mundo es sincero, feroz, salvaje y desalmado. Pero guarda una candidez que antes no existía. La candidez de lo primigenio. O eres o no eres. No hay falsos profetas ni discursos engañosos. Por eso te gusta. En cierta manera, ese cosmos de crueldad siempre ha existido, lo que pasa es que vosotros, los occidentales, no lo conocíais porque estabais adormilados en una sociedad que os lo daba todo hecho. Pero en otros lugares de la tierra, la barbarie se estaba ejecutando día a día.

“No somos más que monos evolucionados. Si rascas un poco, por debajo de la piel, sale el mono que llevamos dentro”.

Esto último lo dijo una persona muy relevante de tu sociedad, lleno de honestidad, al que le tienes o tenías mucha estima. Ese personaje, después de

haber visto miseria a raudales, había dejado de creer en el hombre en general, porque termina saliendo siempre el ser egoísta que lo arrasa todo, el mono guerrero y destructor. Aun así, seguía ayudando y salvando a gente con dinero de su propio bolsillo. Lo que más te llamó la atención de ese ser inteligente, de mirada entre melancólica y distante, es que parecía desengañado de todo y de todos, a pesar de haber hecho tantas buenas acciones, sin pedir nada a cambio. Son cosas inexplicables en nuestra naturaleza esos antagonismos tan extremos. Por eso Sistiaga, tú no crees en los seres humanos, crees en algún ser humano, en alguno, simplemente.

¡Ah! ¡Y en tu ángel de la guarda! Que se te olvidaba, Sistiaga.

“Ángel de la guarda, dulce compañía...”

Conforme comienzan los primeros ascensos hacia la Sierra Minera, el mar vuelve a ser la protagonista, asomando por la margen derecha. Estaba escondido entre laderas de monte y grandes moles de piedra, y ahora vuelve a aparecer otra vez, es una bandeja plateada, surcada por filamentosas cadenas de metal, que dan forma a los rizos de las olas. Como la cadena de plata de tu primera comunión, aquella que te regalaron, muy finita, de la que colgaba una cruz, y tú la lucías enganchada al cuello, por fuera de la camisa, orgulloso, para que la vieran en el colegio tus compañeros de clase, los curas y los profesores. Te dio, durante un tiempo, por ir a la capilla del colegio a rezar, poco después de haber hecho la primera comunión. Te arrollabas frente a la Virgen Inmaculada y te quedabas mirándola fijamente, rezándole con devoción, pidiendo milagros para tus padres, para tu hermano mayor, para los pobres del mundo entero, para los que pasaban hambre, para los enfermos sin cura, para los tullidos de cualquier condición: los cojos, los mancos, los paralíticos... Pedías milagros para todos, querías que la virgen resolviera todas las papeletas del planeta tierra, incluida la de que no nos invadieran unos posibles y malvados extraterrestres, tras haber visionado alguna película americana de marcianos de serie B.

Te duró bastante la fiebre aquella de la primera comunión. En realidad fue como un rito de iniciación a la edad adulta, la consideraste una primera fase en la escala evolutiva del niño; sigues siendo niño, pero un poco más difícil de engañar. Un pequeño hombre o una pequeña mujer. Luego, cuando cumples los diez años piensas que te has convertido en alguien todavía más mayor. Tu

razonamiento es así de sencillo simplemente porque has llegado a la primera decena de vida. Al uno y al cero, juntos. A los dos dígitos en tu contabilidad anual. Ahora, te entran las prisas, quieres cumplir los once, que es una fase intermedia, y quizá más aburrida, a caballo entre la infancia que pierdes y la preadolescencia a la que llegas; luego están los doce, los ansiados doce años porque quieres que te salgan granos, bigote o te llegue la menstruación. Luego los trece, porque el cuerpo se va desarrollando y fortaleciendo. Los catorce, porque te va saliendo barba o aumentando el pecho... Un niño se tira toda su vida deseando ser mayor y cuando ya lo eres demasiado, querrías hacer lo mismo, pero al revés. Nadie se conforma con lo que tiene. Somos culos de mal asiento. Y no hay marcha atrás. Es lo que hay: conformarse o joderse. Siempre queriendo hacerte mayor, para luego no querer hacerte viejo. Todo un paradigma.

A mitad de camino ves la entrada de una gruta excavada en la roca, una gran cúpula abombada que se adentra en el interior de la montaña. Puede que sea una antigua mina, una de tantas que vas a empezar a encontrarte a partir de ese instante. Decides desviarte del camino y explorar la zona. Te han atraído siempre los lugares extraños y, en muchas ocasiones, le has echado valor y te has presentado allí tú solo. Seguramente esperando confirmar algún suceso misterioso que jamás has podido confirmar. Confirmar lo no confirmado, Sistiaga: una voz de ultratumba, una aparición, un espíritu difunto, una sombra burlona, cualquier indicio sobrenatural. Has oído hablar de muchas historias de ese estilo, contadas por gente de confianza que afirmaba haberlas vivido. Tú solo puedes hablar por ti mismo, y nunca te ha ocurrido nada. Y mira que lo has buscado: lugares donde se han producido asesinatos, fusilamientos en masa, viejos centros psiquiátricos y antiguos hospitales para tuberculosos perdidos en zonas inhóspitas. Te hubiese gustado cualquier pequeño susto, pero no ha sido así.

“¿Es mentira lo que cuentan los otros?”

Los ves tan convencidos que no puedes acusarlos de falsedad. Únicamente, tú no te lo crees. Dudas de todo, Sistiaga, hasta de tus recuerdos. En muchas ocasiones piensas si no los habrás inventado. Si la vida es sueño y el sueño es vida. O si todo es una farsa, una película que está viendo el público frente a una gran pantalla de cine. El espectador es la consciencia, tú representas la fantasía. La no realidad, lo inventado.

Subes por el terraplén que conduce a la gruta. Es alta y arqueada como un huevo de avestruz de tres pisos de altura. El sol permanece fuera de la cueva, no pueden penetrar sus rayos por la disposición de las grandes moles de piedra que la rodean y abrazan. Parece un templo que invita a la meditación. Te causa respeto. Sabes que si alzas la voz el eco te vendrá devuelto. Llegas a lo alto, ahora solo tienes que dirigirte hasta el lugar, que desciende por debajo del nivel en el que te encuentras, y no te deja ver más que parte del techo abovedado y una pared de piedras superpuestas, nada más entrar, a la izquierda, que no es otra cosa que una especie de corral para animales semiderruido. El terreno se va llenando de piedrecillas resbalosas conforme bajas, y tu visión se amplía para darte una buena perspectiva de lo espaciosa que es la caverna. Ves una galería que se introduce en las entrañas de la tierra. Es de las veces que más respeto y temor te causa meterte en un lugar así. Escuchas tu respiración amplificadas cuando te sitúas bajo la bóveda. No hay nada ni nadie en esa zona de la entrada, pero tu instinto te dice que hay algo dentro, sientes la presión de la vida entre sus paredes. Miras hacia arriba y ves las pesadas piedras sobre tu cabeza como sostenidas por la ingravidez, temes que pueda desprenderse una de ellas y se acabe la historia. ¿Cuántos años tendría esa gran concavidad? Desconoces si la construyeron para sacar mineral o estaba allí desde hacía miles de años. Aunque el sol no puede llegar, la visibilidad es buena porque reverbera la luz desde el exterior al ser tan ancha la entrada. Las cuevas te angustian si son profundas, temes desorientarte y quedarte ahí para siempre. No podrías ser espeleólogo, desde luego que no. Solo una vez te has perdido por completo, y todavía sientes la angustia de no volver a ver a tus padres nunca más. Y eso que no fue internándote bajo la tierra, sino que sucedió al aire libre.

Fue durante una de esas misas de verano, con seis o siete años, a la que tus padres te obligaban a asistir los sábados por la tarde para que así no tuvieras que madrugar al día siguiente, muerto de sueño, a la ofrenda de las diez. Te acompañaban ellos, pero te quedaste fuera, escuchando el sermón desde uno de los grandes ventanales que dejaban abiertos para que corriera la brisa a sus anchas entre las hileras de asientos. “No te muevas de donde estás”, te dijo tu madre, que, sentada en un banco cercano, podía vigilarte con tranquilidad.

Según el cura no era pecado oír misa desde fuera de la iglesia, se podía hacer una excepción esos días porque durante el mes de agosto estaba

abarrotada de feligreses disfrutando las vacaciones y hacía calor, así que daba su visto bueno y no constituía siquiera falta leve. En aquella época uno siempre estaba rodeado por el sentimiento de la culpa y el pecado, salvo lo que imponían los curas que hicieras, ya que lo que te decían era lo correcto, sin más discusión, tal vez por esa razón cuando te liberaste de la culpa y del pecado dejaste de creer.

Dio la casualidad, que estando fuera, desesperado de escuchar al cura, porque no podías comprender cómo a las personas podía gustarles ir a un sitio tan aburrido como ese, en el que siempre repetían las mismas palabras, una semana tras otra, apareció tu vecina Susana, la que vivía justo arriba en vuestro bloque de apartamentos. Ella también estaba que se subía por las paredes. Jugabais mucho en la playa y os bañabais juntos porque entre vuestros padres había una buena amistad y os colocabais en la misma zona de la playa, junto al embarcadero. Tenía otra hermana, Lupe, que a ti te gustaba más, la veías más guapa y era un año más mayor que tú, y a esas edades, un año mayor que tú, era ser mucho más mayor que tú, pero ese día, no sabes por qué, no había venido, tal vez estuviera enferma. Tan pocas ganas de soportar la ceremonia teníais los dos aquella tarde, que os cogisteis de la mano y os fuisteis por vuestra cuenta a deambular por ahí. Caminabais por el poblado costero, sin referencia alguna, recorriendo calles que parecían enderezadas con cincel por a la anarquía con que sus dueños habían plantado los adosados, uno aquí, otro allá, todos desiguales. La gente paseando, refrescándose gracias al viento de levante, o bien bebiendo horchata fría bajo los porches de las terrazas de bares y heladerías, hasta que la noche se vino encima sin tener la menor idea de dónde estabais, porque no sabíais cómo regresar. Habíais llegado a un terreno inexplorado para vosotros, un lugar que os resultaba tan lejano de vuestro hogar y de vuestras familias que creíais estar en un país extranjero. Os pusisteis a llorar, como si llorando fuerais a solucionar el problema, es lo que suelen hacer la mayoría de los niños cuando no encuentran salida a una contrariedad. Y ahí estabais los dos, cogidos de la mano, gimoteando una y otra vez. En esta ocasión dio buen resultado. Una anciana os vio, se apiadó de vosotros y os preguntó qué os pasaba, y le dijisteis que os habíais perdido. Recuerdas vagamente que el lugar adonde habíais llegado debía de ser por las afueras, porque se veían pocas casas, grandes descampados sin construir y campos extensos de paja trillada. La anciana os cogió de la mano y os dijo que estuvierais tranquilos, que seguro que vuestros

padres os estarían buscando y que los encontraríamos.

La noción del tiempo se pierde en esos momentos para ti, crees que fueron muchas horas las que estuvisteis perdidos, o días enteros, no podrías asegurarlo, porque el tiempo en los niños no guarda el mismo valor ni relación que en los adultos. El caso es que te viene otra imagen a la cabeza, como si hubieras cambiado la diapositiva de golpe, sin guardar un orden en las secuencias: ves a los padres de Susana y a los tuyos dando las gracias a esa señora tan mayor por haberos recogido. Tú, Sistiaga, andabas con la cabeza gacha, sabiendo que te iba a caer una buena reprimenda; ese día la zapatilla volaría por encima de tu cabeza, como un artilugio de la NASA, para terminar chocando contra tu cabeza repetidas veces; pero eso vendría después de que tu madre se hubiera calmado, porque iba secándose las lágrimas y diciendo qué pena y menos mal que han aparecido, y cuando lloraba y se lamentaba de ese modo, era porque el asunto había sido muy grave.

Y las miradas de tu padre... todavía resultaban peor, lo decían todo sin decir nada.

Tras aquella aventura, recuerdas que estuviste avergonzado varios días, crees que no saliste a la calle durante una semana ni te dejaron jugar al balón ni reunirte con tus amigos ni pescar cangrejos en las piedras. Y piensas que la amistad entre tú y Susana se distanció desde entonces; y con Lupe para qué decir, ya fue como si no existieras para ella: un pequeñajo que se había perdido con su hermana menor y habían tenido que ir a buscarlos. ¡Qué vergüenza, por favor!

Inicias la entrada a la galería que hay al fondo. Has sacado la linterna por si acaso, crees que la vas a necesitar. Por lo que has leído en los libros sobre exploradores, cuando se introducían en galerías subterráneas desconocidas, iban marcando las paredes con flechas que señalaban la salida, pero en tu caso no te vas a introducir demasiado, la claustrofobia te puede, solo vas a curiosear.

Conforme penetras, el corredor se va ensanchando, un olor desagradable te viene de repente. Te acuerdas de que es el olor que percibiste la noche que estuviste con Javi en la azotea del hotel. Tienes un mal presentimiento entonces, intuyes lo que te vas a encontrar. Y no fallas. Una vez que el pasadizo termina, se abre una nueva bóveda gigantesca dentro de la cueva.

Hay varias grietas en el techo, comunicadas con el exterior, que dejan pasar algo de luz, la suficiente para facilitarte una buena visión, y la linterna deja de ser un elemento fundamental, convertida ahora en algo superfluo. El olor se hace tan profundo y pestilente que te cuesta respirar. Es el olor de la sangre y la carne descompuesta, como un aliento pútrido a caries.

Permaneces perplejo contemplando la gran sala interior: sobre el suelo yacen, dormidos, cientos de Nibelungos. Casi no te dejan espacio para caminar. Están pegados el uno al otro. Las respiraciones son tan pausadas que parecen no respirar, y cuando lo hacen ocurre casi al mismo tiempo, como si fueran un organismo sincronizado en fase de hibernación. Estarán en ese estado hasta que se inicie la noche y resurjan de nuevo los ataques. Son cazadores y tienen que alimentarse.

Tienes calor ahí dentro, Sistiaga, el aire es tibio, pegajoso, no sabes lo que aguantarás en su interior. Vas caminando entre ellos, ninguno hace por despertarse, podrías sacar tu catana y despedazar a los que te diera la gana mientras tus brazos aguanten el esfuerzo. Pero hay algo que te lo impide, una especie de cortocircuito neuronal, un fallo eléctrico en tu cerebro; de forma súbita te quedas sin recuerdos, no sabes quién eres ni de dónde procedes, has perdido la memoria por completo y te aterroriza verte en ese estado. Ni las sensaciones de desamparo que tenías cuando te perdiste en la playa, con la vecina pequeña, se pueden comparar con el pavor que sientes ahora. Es como si te hubieras quedado vacío por dentro y tu cerebro fuera un órgano inservible que ha dejado de funcionar. Miras a todos lados y solo ves las numerosas siluetas durmientes dentro de la galería. Chocas con una de ellas y te caes encima, embadurnando las ropas con ese hedor que tanto te atemoriza. Te levantas y sacudes por instinto, estás nervioso, intentas recordar tu nombre y no te viene a la cabeza, eres un ser sin identidad, tu vida ha dejado de existir en tu cabeza, es un borrón cortocircuitado que no sabe qué hace ahí.

Has perdido la linterna, pero gracias a las grietas que se abren arriba, puedes ver la salida y te diriges hacia ella sin saber por qué, es el puro instinto quien te maneja, transformado en un ser automatizado. ¡Solo quieres salir de allí, liberarte! Vas tropezando con los Nibelungos, aunque ahora mismo no tienes conciencia de quiénes son, ni de que despedazan a gente como tú y luego se la comen. Nada más que deseas escapar, sin más pensamientos ni razonamientos.

Y esa pestilencia que se te mete por las narices...

Cada vez más rápido, no te importa pisotearlos para huir de ahí dentro. Nunca te había ocurrido una cosa similar. Es como querer definir cómo te sientes y no poder hacerlo, eres una persona despojada de identidad, una criatura vacía, que solo respira y se mueve. Y aun sin poder pensar, tienes un miedo atroz. Ahora mismo eres alguien sin amigos, sin padres ni familiares, sin recuerdos de por dónde iniciaste tu camino por la vida. Estás tembloroso, miras tu cuerpo y no eres consciente de él, de que con una orden puedes mover los brazos y las piernas a tu antojo. Huyes imbuido por un acto reflejo. Consigues alcanzar el final del pasadizo donde están los Nibelungos dormitando, y empiezas a sentir la cercanía de la salida. Poco a poco, te vas tranquilizando; los temblores, disminuyen, pero tu cerebro sigue sin funcionar. Solo deseas que te rodee la luz del sol, salir de esa penumbra demoníaca que tanto te altera. Y entonces, a trompicones, consigues alcanzar el final de la caverna, los rayos pegan sobre tu cuerpo y comienzas a ser el Sistiaga al que conocías bien. Es como si estuvieras desnudo en mitad de la nieve y te fueras colocando ropajes de recuerdos que generan calidez, seguridad y calma. Ya ves a Javi Ramírez contando historias de terror, a Mario en la camioneta abandonada, a tus padres abrazándote y a tu primer amor pasando cerca de donde estás. El cerebro se te vuelve a llenar de registros que no estaban, de tarjetas de memoria bien colocadas en sus ranuras.

Bajas por el terraplén, todavía asustado y muerto de miedo. No tienes ni idea de lo que te ha podido suceder. Tomas el camino sin mirar hacia atrás, algo te lo impide. Solo quieres alejarte de ahí cuanto antes. Huir de esa zona horrible. La brisa te da en la cara y te tranquiliza. Permanece en tus ropas el olor nauseabundo. Las vivencias de quién eres y de dónde estás comienzan a inundarte paulatinamente. Y recuerdas con agradecimiento la fuente que hay a mitad de camino hasta el ermitaño, allí te detendrás y lavarás las ropas que llevas, y las que se estaban secando con el agua salada, colgadas detrás de la mochila, no las enjuagarás, te las pondrás con la sal, estás acostumbrado a ello cuando no has tenido agua dulce cerca, y con tal de quitarte ese tufo que tanto te incomoda eres capaz de resistir el molesto picor.

Levantas los brazos al sol, notas su calor, como muchas otras veces lo has percibido, y gritas a los cuatro vientos:

“¡Soy libre! ¡Vuelvo a ser libre!”

Has decidido que esta noche vas a dormir en unas ruinas abandonadas de un antiguo cuartel de la Guardia Civil. Se te hizo muy tarde al final. Tendrás que esperar hasta mañana para visitar al ermitaño. Paraste en la fuente a enjuagar todas tus ropas y frotarlas bien con la pastilla de jabón de manos. Limpiaste de nuevo con agua dulce las que tenías ya casi secas y sin restos de sangre, colgadas detrás de la mochila. Te habías empeñado en quitarles ese fuerte hedor. Llevas colocada una chaqueta de manga larga que será suficiente para descansar. La brisa es cálida, tu cuerpo acostumbrado a ir desnudo, como los Nibelungos. Has perdido el pudor de ir sin ropa. ¿Cuándo te colocaste un traje por última vez? Las reglas de vestir elegante se perdieron. Ya no valen los pavos reales presumiendo de ropa cara y distinguida. Te pones cualquier atuendo que vas encontrando por ahí y tirando lo que consideras que ya no es útil o está muy desgastado; combinas una camiseta de publicidad con unos pantalones de tergal de pata ancha y unas deportivas de colores chillones. Cualquier modelo es válido, aunque parezcas un payaso. A ti te da igual.

Los Nibelungos han vuelto a salir de cacería esta noche. Escuchas los aullidos de los apresados, envuelto en la oscuridad que te da cobijo. Visitan las ciudades y poblaciones donde hay más muchedumbre. Es más seguro ahora vivir en medio del campo que estar concentrado en la ciudad. Cuando se activan al oscurecer buscan las masas de población, arrancan a sus habitantes de las casas y los matan. Al amanecer, tras las masacres, regresarán a sus guaridas a descansar. Son como las serpientes pitones, las boas y las anacondas que, tras comerse una presa grande, necesitan digerirla con la máxima tranquilidad, pues todo su metabolismo corporal está puesto en el descanso y en la digestión. Es su momento débil. El problema es que son tan numerosos que, aunque quisieras exterminarlos a todos, no podrías, necesitarías varias generaciones de ti mismo para acabar con ellos.

Lo que te ha ocurrido hoy cuando entraste en la cueva ha sido algo fuera de lo corriente. Es como si hubieses dejado de ser tú, como si jamás hubieses tenido un pasado. Y eso te ha asustado mucho más que las veces que has peleado con ellos, sabiendo que podías morir si se desnivelaba la balanza en tu contra. Una persona sin pasado es un cuerpo despojado de humanidad,

aquella que venía arrastrando desde sus ancestros, ya no se trata solo de su vida sino de las vidas de sus familiares: padres, hermanos, abuelos, bisabuelos, tíos... Los genes son el recuerdo grabado de todos ellos, que continúan con vida gracias a ti. Pero si dejas de ser, tus antepasados también dejan de ser. Todos los individuos que conforman tu persona mueren contigo cuando renuncias a recordar. Por eso te has atemorizado más que nunca. La ocasión más parecida a la desestabilización mental que has sentido hoy fue cuando recibiste un balonazo por detrás de la cabeza durante uno de los recreos del colegio. Fue un golpe brutal, pegó con toda su fuerza en plena zona del occipital. No lo viste, no lo pudiste esquivar. Caíste derrotado al suelo, a plomo, sin fuerzas en los músculos para que te sostuvieran, ni siquiera notaste el fuerte batacazo contra la tierra. Lo peor vino tras el desplome, esa sensación de no saber si es de día, tarde o noche, si te estás levantando por la mañana y vas en pijama, o estabas durmiendo la siesta o te vas a acostar, o quién eres y cómo te llamas. Son instantes de pérdida total. Esas preguntas sin respuestas son las que te hacías en la gruta. Solo que el tiempo perdido ha resultado mucho más duradero ahí dentro que cuando te desmayaste por el balonazo, y por tanto el espanto que te acompañaba ha sido mucho mayor. No deseas que vuelva a ocurrir. Tu corazón se niega a pasar por ahí de nuevo. Y tú eres fuerte, Sistiaga. Lo puedes conseguir si te empeñas. No quieres que te pase lo que a muchos otros.

Miras la inmensidad de la noche, la luna está rojiza a esas horas, pronto irá despertando conforme coja altura, y se irá rellenando su esfera de blanco luminoso. Dejas la catana a mano, aunque crees que no hará falta usarla. Los Nibelungos están lejos, devorando a los más asustadizos, a los que no saben vivir en solitario, a los que necesitan estar agrupados en las ciudades, como los bancos de peces cuando son atacados por atunes o tiburones, jugando siempre con la probabilidad de que capturen al que está huyendo a su lado y no a él. Luego, llega la mañana, despiertan, respiran tranquilidad y se dedican a conseguir alimento y subsistir otro día más. No piensan en rebelarse, no consideran hacer nada. Hasta que anochece y vuelven a esconderse en grupo porque viene de nuevo el horror.

“¿Qué le pasa a esa gente? ¿Por qué prefieren estar así?”

No hay superhéroes como tú, Sistiaga, por eso te sientes tan solo. No hay ilusiones ni esperanzas. Y tú sí las tienes, lo que pasa es que desconoces cómo

actuar en ese mundo desmoronado y salvaje. Por eso quieres encontrarte con el ermitaño. Para que te dé instrucciones. Para que te marque un sentido y una dirección. Llevas haciéndolo desde que eras una criatura con pocos palmos de altura, pero en esta ocasión lo necesitas más aún, porque no tienes tantos años ya por delante como para permitirte malgastarlo en seguir buscando. La dimensión del tiempo ya no es la misma que antes. Juegas con menos cartas en la baraja. Y las apuestas cada vez son más arriesgadas.

Duerme y descansa, Sistiaga. Y mañana ve a ver al ermitaño.

7

Sentado frente a la terraza de una casa blanca de construcción moderna con amplias cristaleras por todos sus frentes, está esperando el ermitaño. En cualquier momento, Sistiaga puede llegar y lo sabe. Sabe muchas cosas de Álex y de otros muchos que viven en el mundo de los Nibelungos, pero no puede decir nada. Es secreto profesional lo que hable con ellos. Él se limita a darles consejos sobre lo que deben hacer, a otros no le hace falta ni eso, pues no servirá de nada. La vivienda se compone de dos plantas rectangulares superpuestas y los exteriores están reforzados con barandillas fabricadas de reluciente acero inoxidable. Por allí pasan muchos de los que permanecen atrapados en ese universo de horror que es el de los Nibelungos. Todos buscan respuestas, la mayoría no las encuentra. El ermitaño es un hombre paciente que atiende a todos sus invitados. Tiene más conocimientos de ese cosmos que los que están allí viviendo el día a día. El sí tienes explicaciones para todo aquello, pero no puede decírselo a sus invitados porque no lo entenderían, por eso les da recomendaciones, unos pueden llevarlas a cabo en su camino de liberación y otros, por el contrario, permanecerán para siempre inmersos en la oscuridad de esos temibles seres, hasta acabar siendo devorados. Su labor es intentar ayudarlos para que eso no suceda. Piensa que, con Sistiaga, la cosa progresará adecuadamente, es un hombre con carácter y con ideas fijas y determinantes. Es una pena que no pueda ser para todos de ese modo.

El ermitaño tiene dos hijas y una mujer a las que suele ver todos los días. A ellos no les falta agua ni comida ni ropa ni un techo elegante bajo el que habitar. Son privilegiados y es consciente de ello. Sabe apreciar esos lujos, cuando otros muchos ni se enteran ni son conscientes de lo que hay verdaderamente que disfrutar. Su sensibilidad es grande y comprende bien la naturaleza de los hombres. Y por supuesto, conoce la puerta de entrada y salida de ambos mundos, por eso se puede permitir el estar ahí. Es un hombre sagrado. Un hombre sagrado porque tiene respuestas, y ser dueño de respuestas es estar por encima de los demás. Porque hay una visión más

amplia del paisaje y por tanto una mayor precisión en los factores que juegan con su ecología.

Mientras tanto, por el camino que asciende a la casa del ermitaño, vas caminando tú, Sistiaga, con tus ropas limpias y secas. Acabas de divisar a lo lejos la residencia y te quedas sorprendido porque no está en un deplorable estado de ruina, como suele ser habitual en la mayoría de las construcciones de la zona. El blanco de sus muros refleja el sol y encandila. Y el acero inoxidable de las barandillas de los balcones es igual de refulgente que el acero de tu catana. Te alegras de ir a un sitio como ese. Al menos, no todo es desolación y caos. Aceleras el paso conforme te acercas, tienes ganas de llegar. El día es soleado y agradable, la brisa se mueve lo suficiente para abanicar tu piel. Llegas a la puerta de entrada y la abres por ti mismo, es una barrera sin cerraduras, bastante ligera, que se desplaza hacia adelante y atrás sin demasiado esfuerzo. El ermitaño, que antes estaba en la terraza, asomado, ya no está ahí, debe de estar esperándote en el interior. Se metió en cuanto te vio venir.

Te gusta cómo está diseñado el inmueble: dos cubiletos cuadrangulares uno encima del otro, sobresaliendo el de abajo más que el de arriba, de forma escalonada, donde el balcón superior es el espacio que queda entre los módulos intercalados. Arriba del todo hay otra terraza, un lugar ideal para disfrutar de las puestas de sol al atardecer, cuando el sol anaranjado se funde con el mar y se da un baño de belleza.

Penetras en el vestíbulo, amplio, sin muebles. Dentro reina una claridad relajante, muy agradable, no es artificial, sino que es la misma luz de fuera la que se cuela en la casa y la ilumina por todos los frentes. Hay un mostrador alargado a la izquierda, como la barra de un bar, de color blanco, sin nadie al otro lado. El ermitaño está esperándote en el centro del vestíbulo. Va vestido con bata blanca, como cuando soñaste con aquellos individuos que te observaban. Pero su mirada es diferente, te resulta especial, como si destilara sabiduría, y en cierto modo es así, porque él conoce cosas que tú no sabes, ni seguramente averiguarás nunca. En realidad, es un personaje que entra y sale de ese mundo cuando quiere y cuando desea. A él no lo pueden atrapar los Nibelungos. Pero eso no quiere decir que sea más libre que tú, Sistiaga, en tu universo desalmado, no hay que confundir términos. Porque es verdad que te sientes tanto o más libre que el ermitaño. Faltaría más.

Chocáis las manos y os saludáis en el centro del vestíbulo. Te hace el gesto amable de pasar a otra habitación y allí os dirigís en tanto que se abren las puertas correderas que separan ambos habitáculos. Hay un sillón acolchado en el que te sientas por invitación suya. Este te observa como si supiera más de ti que tú mismo. Hay poder en su mirada y así lo captas. Se sienta en el otro sillón que hay enfrente. Ninguno de los dos pronuncia palabra, en esa especie de ritual al que él parece estar acostumbrado. El sol entra por el ventanal abierto, corre la brisa y las cortinas se arquean como si estuvieran danzando en medio del lago de los cisnes. La tranquilidad se muestra en su máximo esplendor dentro de esa estancia. Sientes un especial alivio y te dejas llevar por la figura que tienes frente a ti.

—¿Cómo lo llevas en el mundo de los Nibelungos? —pregunta mientras apoya las manos sobre la mesa y termina de acomodarse.

Y tú contestas que te sientes adaptado y que, dentro de las penalidades, lo llevas bastante bien.

—¿Y los recuerdos, cómo van tus recuerdos? —suelta a bocajarro.

Y entonces te sorprende que sepa que tienes problemas con los recuerdos.

—Te estoy preguntando, tienes que contestarme, es importante.

Y tú, con la mirada fija en ese hombre, escrutándolo a su vez de una manera un tanto especial, le respondes que en algunas ocasiones has tenido problemas y te has quedado vacío. Y has sentido un terror muy particular, algo así como haber dejado de ser persona. Pero que después todo había vuelto a la normalidad.

—Tienes que mantenerte lejos de los Nibelungos —añadió con sutileza —, pero al mismo tiempo tienes que enfrentarte a ellos cuando se te acerquen y derrotarlos, si no ellos te dominarán a ti y serás devorado. Es la ley del universo en el que estás. Y tu baluarte fundamental es echar mano de tu memoria, tienes que hacer ese esfuerzo a cada momento para no perder la identidad. De esta manera podrás blindarte frente a ellos. Y ahora, por favor, echa el sillón hacia atrás, tumbate y permanece relajado. Disfruta de este buen día que hace.

Tras la invitación a que te acomodes, se levanta y se dirige a una

estantería donde hay varios frascos etiquetados con una solución transparente, coge uno, pone parte de la disolución en un pequeño vaso con escala de precisión y se dirige hacia ti dándole unos suaves movimientos circulares.

—Tómate esto de un trago rápido, tiene un sabor demasiado amargo, es mejor que lo hagas así. Te ayudará a afrontar los retos que te esperan mucho mejor.

No tienes la menor idea de a qué se refiere con todo eso, pero por una extraña razón, te dejas llevar, hay algo en aquel sujeto que te genera tranquilidad, y también la seguridad de estar en buenas manos. Así que te incorporas un poco sobre el sillón dispuesto a tomar el bebedizo.

—Cuando bebas esto, tendrás que vencerlos.

—¿Vencer a quién?

Y coges el pequeño recipiente, te lo vuelcas en la boca y se llenan de amargor todas tus papilas gustativas, un amargor que también escuece, por lo que te tragas el brebaje aceleradamente para que se atenúen esos efectos desagradables lo antes posible. Su sabor te produce arcadas.

—Pronto pasarán esos efectos nocivos y se te quitarán las náuseas.

—¿Y ahora qué?

—Ahora relájate, es cuestión de escasos minutos.

Te echas hacia atrás y dejas que el tiempo se encargue de los efectos del brebaje. Estás impaciente de curiosidad porque no sabes qué es lo que te va a ocurrir. Respiras profundo y nervioso, el pulso se manifiesta en las sienas de tu cabeza, los latidos golpean los dos lados sincronizadamente. Comienza a invadirte una sensación de lejanía, de abandonar el diván en el que estás tumbado, flotas más que desplazarte o te mueves sin apenas esfuerzo impulsado por el aire de una potente secadora industrial, te incorporas del todo y te trasladas hasta la parte trasera de la casa. Acudes tú solo hacia ese lugar, el ermitaño se ha quedado en la habitación donde permanecías tumbado hace solo unos momentos. No te acompaña o al menos tú no lo ves.

La parte trasera de la casa tiene un camino empedrado que conduce a lo

lejos hacia una edificación totalmente circular. Enseguida captas que se trata de un coso para espectáculos, una plaza de toros o un coliseo romano. Hay una puerta enrejada, enorme, es la puerta principal, con las dos hojas de barrotes abiertas para que puedas entrar. Te diriges allí consciente de que es tu obligación penetrar en el interior. El coso está esperándote a ti, tú vas a ser su mayor espectáculo. Y tienes que dar la talla. Cruzas la puerta y te sitúas en el centro de la plaza enarenada. Del silencio más absoluto pasas a una gran expectación, hay cientos de personas sentados en el graderío pendientes de tus movimientos. Permaneces en el espacio central. En ese momento eres consciente de que llevas la catana al cinto, de que no te la has dejado olvidada en la casa. Miras el graderío y distingues al ermitaño entre el público. Es el único que viste con bata blanca, por eso te ha resultado fácil detectarlo con la mirada. Te observa serio, sin hacer un solo gesto. Está embebido en tu persona, como si los demás no existieran, como si solo estuvierais vosotros dos.

El murmullo que se había generado entre los asistentes cesa por completo y el silencio vuelve a reinar, transmutado en una atención contenida, a punto de colapsarse. Fijas tu atención en la puerta que hay enfrente en cuanto oyes los cerrojos descorrerse. Las dos puertas se abren, dentro está oscuro. La reverberación del sol en el coso no te permite distinguir lo que hay al otro lado de la puerta. Eres la atracción de ese extraño espectáculo y eso te crea un estado de fuerte indefensión. No te gusta verte así, no quieres ser la atracción, te niegas, pero no puedes evitarlo, por mucho que patalees, los hechos están por encima de ti, sobrepasándote, no se van a detener. Estás incómodo viéndote indefenso. Pocas veces has estado así, pero cuando te ha ocurrido, el pánico se ha apoderado de tu cuerpo y has sido incapaz de quitártelo de encima, perdiendo la batalla, huyendo igual que un animal acorralado. Como aquella vez que fuiste solo al cine durante una sesión doble de tarde. Tu padre te dejó allí mientras él se marchaba a trabajar, para que no te aburrieras mientras tanto. El cine apenas estaba a trescientos metros de donde trabajaba. Sacó una entrada, se la dio al acomodador y tú te metiste en la sala, como un hombrecito mayor. La película ya estaba empezada, pero eso no te importó. Apenas había espectadores y podías elegir la fila que te diera la gana. Escogiste una hacia mitad de sala, una fila solitaria, sin nadie más que tú. Estaban dando la película de “Gigantes” con Rock Hudson y James Dean, de protagonistas. Sería la primera vez que tuviste contacto con esa película, que

se convertiría en el futuro en una de tus favoritas y terminarías viéndola decenas de veces, pero en aquella ocasión no pudiste acabar de visionarla entera. Al cabo de un rato se te colocó un hombre al lado. Te molestó que habiendo tanto espacio libre dentro del cine ese sujeto se hubiera puesto junto a ti. Te olvidaste de él enseguida, en cuanto llegó la escena en la que del pozo de la propiedad de James Dean comienza a brotar petróleo. Tú te emocionaste porque sabías que se haría rico después de tantas calamidades por las que había pasado el chico.

Cuando saliste de la turbación de aquella escena, te diste cuenta de que el tipo ese te estaba rozando la pierna con su pie y lo movía despacio, como acariciándote con él. Tú eras demasiado niño e inocente como para conocer sus verdaderas intenciones, no estaba en tus registros mentales que quisiera abusar de ti. Te sentiste tan incómodo que te moviste a la butaca contigua para alejarte de él, lo hiciste muy despacio, sin que se diera cuenta, deslizándote por delante del apoyabrazos mientras arqueabas tu espalda hasta pasar a la otra butaca, a ver si, con la distancia entre asientos, dejaba ya de rozarte. Un calor desproporcionado te subió hacia la cara, era como sentirte culpable por algo que desconocías totalmente; pensabas erróneamente, dentro de tu inocencia, que la culpa de que se te acercara era tuya, te creías responsable después de todo. Empezaste a dejar de seguir la trama de la película, era como si la vieras en un segundo plano por tu pérdida repentina de interés, y ahora estuvieras más concentrado en los movimientos de un extraño que estaba dos asientos a tu derecha. Con el rabillo del ojo viste cómo el individuo hacía lo mismo que tú y se deslizaba de nuevo junto al asiento donde tú habías estado sentado y comenzaba a rozarte de nuevo, esta vez se atrevió tocándote el muslo. El pánico se apoderó del niño aquel al que ya no le importaba para nada la película, la misma que le había resultado interesantísima media hora antes de aquello. Estabas indefenso, Sistiaga, indefenso ante los abusadores, algo quería ese hombre malo de ti, pero tú no lo intuías, solo te sentías indefenso y culpable, indefenso y culpable, te estaba haciendo algo malo porque tú eras malo. Tú eras malo, Sistiaga, no él. O eso llegaba a tu cabeza en esos instantes.

Disimuladamente te levantaste del asiento y saliste de la sala para ir a los lavabos, pensabas que de ese modo te librarías de él, sentándote en el lado opuesto de la sala de cine cuando regresaras de nuevo, aunque la película estaba olvidada ya de entre tus prioridades, solo querías huir de aquel tipo que

tanto miedo te ocasionaba, que desapareciera por fin. Hiciste como que sacabas tu pene diminuto y orinabas, pero no tenías ninguna gana de orinar, lo hacías para disimular; el sentimiento de culpabilidad e indefensión no se te quitaba de la cabeza. ¿Cómo podías ser culpable de algo que no habías provocado? ¿Por qué demonios te perseguía? ¿Cuáles eran sus intenciones? Todas esas preguntas se agolpaban unas tras otra sin encontrar explicación para la mente de un niño de ocho años. Indefenso, así estabas. Lo peor fue que de repente entró y se colocó en la letrina de al lado. Tu mente inocente borró la escena de cuando miró tu pene al asomarse por encima del separador de la letrina y chasqueó la lengua de excitación, no quisiste verla, ni saber nada de ella, encriptaste ese pensamiento para no comprender, solo cogiste tu pene, lo guardaste en el pantalón con gran terror y saliste rápidamente de los aseos para dirigirte a la puerta de salida del cine y descender las escaleras a la luz del atardecer. Una vez fuera, es cierto que te sentiste más liberado, pero seguías estando indefenso por algo que no sabías por qué, temías que aquel sujeto no hubiera cejado en su empeño y te persiguiera por la calle. Saliste corriendo a toda prisa sin mirar atrás. Habías quedado en que tu padre iría a buscarte a las puertas del cine cuando hubiera salido de trabajar, pero no le diste tiempo, te presentaste en la tienda llorando y con esa sensación vertiginosa de vergüenza grande, como si hubieras provocado tú aquello que sucedió y tu padre te fuera a castigar por ello. La indefensión de un niño de ocho años. Eso fue, Sistiaga, indefensión, lo que te pasó. Lo demás que sigue no lo tienes registrado en las neuronas, tal vez tu padre se acercó al cine a buscar a aquel hombre o a preguntarle al acomodador, pero no estás seguro, tu mente llega hasta el momento en que escapaste de la sala de proyección. Ya está. Y no volviste a verlo jamás. Te liberaste de aquella pesadilla.

Y ahora en el coso aquel, donde todos están pendientes de ti, sientes el mismo desamparo que en tu inocencia de niño. No entiendes por qué te sientes culpable de algo que no sabes siquiera qué es. Es como si tú hubieras provocado la escena sin tener nada que ver. No te gusta esa sensación. Miras la puerta recién abierta, pendiente de que lo que va a salir de ella sea por tu culpa. “Tú serás el culpable”, Sistiaga, eso te dices a ti mismo.

Pero tú no has hecho nada malo. Así que cálmate, intenta calmarte.

El ermitaño sigue con la mirada puesta en ti, luego señala el hueco negro de la puerta. Las respiraciones se contienen, podrías escuchar el vuelo

monótono de las moscas cerca de tu cabeza. Comienzas a percibir unas sombras que se deslizan en la oscuridad del interior. Tu movimiento más inmediato es sacar la espada del cinto y esperar en medio del coso. De pronto el terror se apodera de tu cuerpo. El olor nauseabundo se inmiscuye una vez más en tus fosas nasales. Intuyes con seguridad lo que va a salir: desde la negrura absoluta del interior salen a la claridad absoluta del coso tres Nibelungos enormes, son los más fuertes de todos los que has visto. Los tres te miran de hito en hito con esos ojos lacerantes. Se mueven despacio hacia ti y gruñen como hienas amenazantes. La elasticidad de sus extremidades hace que se deslicen sobre la arena en cada ágil movimiento. Agarras con fuerza la catana entre las dos manos. Ver a los tres ejemplares te supone estar viendo al individuo aquel que quería abusar de ti porque era mucho más mayor y superior que tú. Estás encogido por la culpa, muerto de miedo. Pero esta vez temes que en vez de abusar vayan a acabar contigo de manera cruel, mucho peor todavía. Pero tú tienes que reaccionar, Sistiaga, ya no eres un niño, eres un adulto que debes solucionar el problema. Estás empequeñecido frente a los Nibelungos, que se acercan cada vez más, es como si conforme se aproximaran tú encogieras de tamaño hasta llegar a desaparecer, aplastado bajo sus enormes pies. Te sientes como un moscardón atrapado, revoloteando en los cristales, chocando con ellos sin cesar, confundido, sabiendo que, en cualquier momento, te van a abatir de un manotazo. El que está en el extremo de la derecha, en un rápido movimiento que ni siquiera has previsto, te coge desprevenido y te lanza por los aires varios metros hasta chocar con la arena del coso. Por suerte no has perdido la catana de tus manos, la conservas bien agarrada, es lo único que te puede salvar. Los tres gruñen con la energía de una manada de lobos enfurecidos. Si no reaccionas contra tus miedos te van a matar, y tú no quieres ser devorado de manera salvaje, tienes que sacar fuerzas de dentro, quitarte la debilidad, reaccionar. No vale salir huyendo, esta vez tienes que enfrentarte a ellos.

Te viene otra vez esa desagradable sensación de pérdida de memoria, de que estás dejando de ser tú, de ser persona, de ser individuo, como si te estuvieras alejando en un viaje astral y tu cuerpo se quedara vacío, un cuerpo sin alma, un zombi, esa es la descripción más cercana de lo que queda ahora mismo de ti si no solucionas pronto lo que te ocurre. Y vagarás por la tierra de las sombras eternamente.

Te están acorralando, uno por cada lado. Se van a lanzar contra ti...

Y es entonces, en un chispazo de lucidez, en un último intento por sobrevivir antes de que te devoren, cuando decides llevar a cabo una idea que ponías en práctica hace ya muchos años para luchar contra las pesadillas nocturnas. La peor de todas, la más recurrente, consistía en un loco homicida que te perseguía con el cuchillo para asesinarte. Tú corrías intentando ser lo más veloz posible, pero eras consciente de que tus movimientos, pesados y lentos, no serían lo suficientemente efectivos para huir y el asesino te atraparía y te apuñalaría. Intuías sin remedio que ibas a caer en sus garras, y efectivamente, al final te alcanzaba, acuchillando todo tu cuerpo. Y te despertabas de la alucinación sudando, entre movimientos compulsivos y un fuerte ahogo en el pecho. Tras mucho tiempo sufriendo esa pesadilla de forma periódica, cansado de despertarte empapado de sudor a media noche y no volver a dormirte después, decidiste contraatacar con un plan que no sabías si surtiría efecto, pero tenías que intentarlo. Y era que cuando el asesino loco fuera a por ti, en vez de salir huyendo, aun a pesar del miedo tan intenso que tenías, debías darte la vuelta y enfrentarte a él, a ver qué pasaba, había que hacerlo de todas maneras, porque en el peor de los casos terminaría como siempre: apuñalándote y matándote.

Al menos ibas a actuar de una forma diferente a como lo habías hecho hasta ahora, ya que darse a la fuga no solucionaba nada, no era suficiente. Y así lo hiciste una noche: cuando salió en tu persecución, te diste la vuelta y te pusiste a luchar contra él, y a pesar de tus temores internos, Sistiaga, una vez que ya estabas peleando, notaste que eras capaz de vencerlo, que eras más fuerte que tu inconsistente adversario, y lo golpeaste mil veces seguidas, con toda tu determinación, hasta que terminó esfumándose en el aire cuando se sintió vencido, o tú te sentiste seguro y más fuerte que él. Así fue como acabaste con esa pesadilla y con la figura del loco homicida.

Y ahora era tu obligación enfrentarte a los Nibelungos, usando la misma técnica, a pesar de tu agarrotamiento, de tu indefensión, de tu miedo, porque si no te van a devorar y van a acabar contigo y con tus recuerdos, al menos si te enfrentas a ellos puedes encontrar una solución y salir airoso del mal sueño.

“Sé valiente, Sistiaga, enfréntate a ellos de una vez”.

Miras al ermitaño en la grada y lees en sus labios las palabras: “Debes recordar, debes recordar”. Es curioso, el ermitaño está pendiente de ti, no de

tus oponentes, como si ellos no le importaran en absoluto, sino que solo le importaras tú en esos momentos. Y eso te da fuerzas y te hace crecer interiormente. Y ahí es cuando tomas la decisión de que vas a usar la espada y luchar a muerte. Si mueres, que sea luchando, pero no esperando y dejándote atrapar por la telaraña de la impotencia.

Aprietas el mango de la catana y la alzas contra el enemigo. Lanzas un alarido para atemorizarlos, para sacar todas tus fuerzas, ser más ruidoso y salvaje que ellos y dejar así de oír sus terribles gruñidos. Sueltas una cuchillada contra el que tienes a la derecha, profundizas la catana a la altura de sus riñones, se sumerge el filo en los órganos, inmediatamente brota un reguero de sangre por la abertura que le acabas de hacer. El recién acuchillado te mira sobrecogido y seguidamente se mira la enorme brecha abierta en el abdomen. Los otros dos especímenes, curiosamente, en vez de irse a por ti, se quedan paralizados, como si ese no fuera el guion establecido de la historia a seguir, y tú lanzas un segundo sablazo al pecho del que está situado en el centro, abriéndose la carne de igual manera que un hábil carnicero cuando desliza el cuchillo para filetear la pieza, y luego te vas a por el tercero y le clavas la espada en plena barriga, hundiéndola lo más posible mientras tensas tus muñecas para que no se dobleguen y las dañes de tanta fuerza que haces con tus brazos. Todos esos movimientos consigues hacerlos muy rápidos, te das cuenta de que la pesadez de tus pensamientos va desapareciendo, estás empezando a convencerte de que puedes vencerlos en el combate. Y vuelves a asestar cuchilladas a diestro y siniestro sin detenerte un instante, no vas a dejar de hacerlo hasta que no los veas tendidos sobre la arena del coso, derrotados, sin vida alguna. Hasta que se esfumen de una vez por todas, igual que el loco y malvado asesino de tus peores sueños. Y continúas dando espadazos ahora que están tendidos en el suelo. Los estás venciendo, Sistiaga, la gente del graderío está aclamándote, jaleándote entre vítores y alabanzas, porque tú vas a ser el vencedor. Vas a ser su héroe. Vas a salir indemne de las pesadillas, acabas de someter a tus enemigos.

Los recuerdos vuelven a asentarse en tu cabeza, eres el Sistiaga de siempre, convertido en el superhéroe que has deseado ser toda tu vida. Mientras piensas en ello y las endorfinas y la euforia se apoderan de ti, acabas cortando, con movimientos precisos de la espada, el cuello de cada uno de los Nibelungos, separando sus cabezas del tronco. Coges una de ellas, es pesada, la levantas con esfuerzo en el aire, el pelo es lo suficientemente largo y fuerte

como para tensarlo entre tus dedos y que mantenga los ojos abiertos, sin brillo, mientras miran al tendido, inertes, donde tú lo estás enseñando victorioso, como un trofeo de caza mayor. Las voces del graderío aumentan su intensidad. Te aplauden, te aclaman, Sistiaga. Eres el justo vencedor, en un coso manchado de sangre, bañado del líquido rojo que constituye tu cura, tu salvación.

Y tú te quedas entre los tres cuerpos abatidos, mirándolos desde arriba, pisándolos, dándoles pequeñas patadas para apreciar la indolencia de la muerte, gozando del éxito momentáneo. Lanzas la cabeza por los aires varios metros de ti, cae sobre la arena, tumbada de medio lado, cerca del graderío. Los vítores se acrecientan, es la coda final a tu logro. Has avanzado mucho, Sistiaga, frente a tus temores. Y te sientes cómodo, exultante. Disfrútalo, no todo el mundo puede llegar al nivel adonde tú has llegado.

Tras la satisfacción del logro, aún embebido en la embriaguez de la victoria, te sorprende que de pronto todos los asistentes que había en la grada presenciando al espectáculo se hayan marchado sin que tú lo hayas percibido. Y el silencio se extiende a lo largo del círculo de arena en el que solo quedas tú y los cadáveres de los recién derrotados. Notas el calor y el sudor invadiendo cada poro de tu piel, el desfallecimiento y el cansancio tras el esfuerzo brutal. La tensión emocional, de instantes atrás, cuando estabas combatiendo, desaparece. Regresas a la calma y cierras los ojos, relajado. Estás bien, Sistiaga. Puedes hacer muchas más cosas de las que piensas. Una sonrisa complaciente se dibuja en tus labios, los deberes bien hechos y con buena nota, como un alumno aplicado.

—Puedes abrir los ojos, ya has terminado —te dice el ermitaño, y tú sales de esa especie de ebriedad en la que estabas sumido, vuelves a estar tumbado sobre el diván de la habitación, con las cortinas jugueteando con la brisa que entra en la casa y un regusto agrio en la boca—. Eres un ganador, Sistiaga, has logrado salir triunfador de la prueba. Tienes muchas probabilidades de llegar al objetivo.

—¿Al objetivo? ¿Al objetivo de qué?

—A ese que te lleve a salir del mundo de los Nibelungos, a estar a salvo de ellos. Y que los recuerdos jamás te vuelvan a abandonar. Nunca más dejarás de ser persona si todo sale bien.

Te muestras atónito, anteriormente no entendías muchas de las cosas que ocurrían, pero parece que comienzas a encajar algunas de las piezas del misterioso rompecabezas.

—Ven conmigo, Álex, acompáñame —ordena sin dudar, seguro de sus palabras—. Hay una vacante esperándote. Estás llegando al final de la prueba.

Te levantas del asiento. Él te coge de la mano y os vais por la senda empedrada que antes conducía al coso enarenado donde combatiste, pero que ahora se bifurca y cae en suave pendiente entre medio de dos montañas. Os dirigís a una pequeña playa que hay finalizando el itinerario.

—Tu próximo paso es llegar a la gran ciudad. Allí tienes que contactar con una mujer muy peculiar que va con un bebé entre los brazos. Ella tiene el poder de mantener a los Nibelungos alejados. Si llegas hasta ella, podrás salir, Sistiaga. Ese será tu premio.

Respiras profundo y pausado. Empiezas a comprender, pero sin llegar a comprender, es igual que tener una palabra en la punta de la lengua y nunca aciertas a decirla. Estás confuso. Aunque a estas alturas nada es lo que parece o nada parece lo que es. Te da igual. Vas a dejar llevarte, para eso estás ahí, para dejarte llevar y fluir como el río de la vida. Eres un hombre triunfante, que ha roto con muchas de las costumbres que necesitabas dejar a un lado. Has llegado tan lejos, que no te importa llegar más lejos aún. Irás donde el ermitaño te dice. Confías en ese hombre sabio que parece saber mucho más de ti que cualquiera de los que están allí presentes, en el mundo de los Nibelungos.

—¿Dime qué tengo que hacer para encontrar a esa mujer?

—Solamente coger la embarcación que te llevará a la gran ciudad. Enseguida lo entenderás —contesta con toda naturalidad, como si otras muchas veces hubiera hecho este mismo recorrido con personas diferentes.

El camino desciende despacio, serpentea entre riscos y luces de sol y sombra. Los matorrales son observadores mudos que acompañan el iluminado paisaje. El silencio acuna tus oídos hasta que surge, lejano, el balanceo de las olas acariciando la playa, y los guijarros, con sus débiles crujidos al entrechocarse, acompañan el ritmo con su melodía, recubiertos de espuma

marina. Intuyes que al final de la curva se acaba el camino y contemplarás el mar. “Uno termina regresando a sus orígenes”, te dices a ti mismo, sin saber bien por qué. Todos de alguna manera regresamos a nuestros raíces, ya sea física o psíquicamente. Todos queremos y deseamos llegar. Es ley de vida y así está establecido en las reglas del juego. Y tú, Sistiaga, tienes ganas de llegar, has estado representando tus recuerdos y necesitas abanderarte en ellos, porque solo así serás el hombre y el héroe que has deseado ser todo este tiempo. Lo has peleado a contracorriente para que así sea. Quieres estar en paz contigo mismo y con los demás, porque de esa manera te encontrarás bien, feliz dentro de la infelicidad que extiende sus tentáculos por alrededor. Es lo que más te importa en estos momentos.

El camino da un suave giro a la derecha y acaba difuminado entre guijarros grises, blancos y la arena gruesa que forma la pequeña ensenada. Curiosamente, el mar está limpio de basuras y plásticos, se contonea suave disfrazada de amalgama plateada.

En mitad de la bahía, varado en la orilla, hay un velero mediano esperando tu llegada para iros a la gran ciudad. Hay gente sentada sobre la embarcación.

—Es hora de despedirnos. Mi misión contigo llega hasta aquí. Ahora debes subirte a la embarcación. Pasas al siguiente nivel —bromea con una ligera sonrisa en la boca—. Te deseo todo lo mejor, Sistiaga.

—¿Quiénes son ellos? —preguntas refiriéndote a los que están subidos en el barco.

—Otros que como tú intentan salir.

—Entiendo.

—Mucha suerte, Sistiaga.

Os fundís en un abrazo, roto el protocolo de lejanía que os habíais marcado desde el principio, cuando llegaste a la casa blanca del ermitaño.

Percibes unas lágrimas salpicando sus ojos, haces un gesto de agradecimiento y te diriges hacia la nave. “Me alegro de haberte conocido”, piensas con ternura, refiriéndote a él.

Hay un hombre en la proa preparándolo todo para partir. Está absorto en su trabajo, ni siquiera te dedica un mínimo ademán de saludo cuando subes al barco y te sientas en el hueco que han dejado tres de los pasajeros para ti. Enfrente hay otros cuatro individuos sentados. Sois en total ocho entre hombres y mujeres. Lo que más te choca de toda esa gente es que sus miradas están huecas, vacías. No saludan, no emiten palabras, tan solo esa inexpresión de ausencia, robótica, pese a acompañarte en el trayecto.

El encargado de tripular el barco tira los cabos al agua, se dirige a popa y tensa las velas, la nave comienza a moverse silenciosa en medio de aquella bahía libre de basuras. No emite palabra alguna ni hace nada por comunicarse contigo. Es como si ese trabajo lo hiciera de forma mecánica en infinidad de ocasiones cumpliendo con su deber. Pero a diferencia de los pasajeros, él no tiene la mirada ausente ni perdida, es solamente que no quiere dirigirse a ti por alguna razón u orden establecido. Tú te limitas a disfrutar de la novedad de ir navegando. El día es agradable y soleado. Y piensas en lo afortunado que eres ahora que no te da pavor navegar en velero, porque era auténtico pánico lo que te producía el hacerlo a consecuencia de un ligero temporal que sufriste en la infancia.

“Fue uno de mis terrores favoritos”, piensas ahora con sorna.

Tienes la imagen de un día de fuerte viento y olas encrespadas en el lago salado. Ibais seis amigos, de siete a nueve años, en una pequeña embarcación: un cadete de vela, moviéndose arriba y abajo. La proa daba fuertes batidas contra el mar, como si quisiera desmenuzarla en mil pedazos y las gotas de agua te mojaban de pies a cabeza. Tú andabas totalmente despavorido, al principio no querías que tus amigos se apercibieran de ello y se rieran de ti, pero no pudiste disimularlo por más tiempo, el pánico que sentías fue superior a tus maneras controladas y terminó exteriorizándose, tanto en tus movimientos como en tus gestos. En un sentimiento último por salvarte, te agarraste al palo mayor, justo por debajo de donde nacía la botavara. No había vergüenza en tus actos porque el terror superaba con creces a esa vergüenza escondida. Tus amigos, a los que tú considerabas expertos marineros, se reían de ti viéndote en esa postura ridícula que era estar aferrado al palo mayor de la pequeña embarcación, arqueada la espalda por debajo de la vela, similar a estar sujeto a las faldas de tu mamá. Pero no te importaba. Tú lo único que ansiabas era dejar de estar en el barco, alcanzar tierra firme en cuestión de un chasquido de

dedos. Pero sabías que era imposible; pues para llegar a ese momento, la nave tenía que hacer todavía un largo recorrido hasta la orilla y maniobrar en el embarcadero del club náutico donde solía estar atracado el barco de tu amigo. Lo cual significaba que tocaba estar aguantando bastante tiempo ese pánico irracional que tanto te maniató al palo mayor. Y lo peor de todo era sentir la imposibilidad de no poder hacer nada para remediarlo. Tú, llorabas y llorabas, querías que ese momento pasara cuanto antes, con los ojos cerrados, apretados con fuerza, para no ver los embates de las olas contra el casco.

El cuadro general no resultaba muy halagüeño para ti, Sistiaga: el patrón del barco, tu amigo Manolo, entusiasmado, viéndote en ese estado de grotesca indefensión; y el resto de amigos, Juan, Luis, Paco y Antonio, riéndose de ti, porque ellos eran muy valientes y tú un cagado, que no habías pasado la prueba de fuego frente a la mar brava. Fuiste el gran derrotado aquel día, el pequeñajo que suplicaba, abrazado ridículamente al palo mayor del barco, que te sacaran de allí. Y entre lagrimeos, imitando tus sollozos, ellos te decían: Nena y mariquita. Nena y mariquita... Los peores insultos que se podían decir a un chico en aquellos años perteneciente a una pandilla de temerarios y bravos amigos. Ese miedo cerval que sentiste sería comentado mucho tiempo después, y a la mínima oportunidad, sacaban a colación la historia burlándose de tu cobardía infantil.

La única lección que aprendiste de todo aquel asunto fue que por qué demonios habías sentido ese enorme espanto si tú sabías nadar. Lo peor que te hubiera podido pasar aquel día era que te hubieses caído al agua. ¿Y qué? Tú ya tenías práctica suficiente como para mantenerte a flote sin problemas y no ahogarte. ¿Dónde estaba la complicación entonces? Estaba dentro de tu cabeza, Sistiaga, fue un sentimiento irracional el que se apoderó de ti y no supiste controlarlo. Pero después de haber pasado por esa situación, una vez que reflexionaste sobre el tema, aun siendo un pequeñajo, fuiste consciente de que aquel desgraciado acontecimiento no tuvo por qué haber estado ahí presente, no había razón para estar intranquilo.

Y como por arte de magia, de un día para otro, se te quitó el pánico a navegar. Tras recapacitar seriamente, te percataste de que fue una tontería lo que pasó, que no había motivos para ello. Y el miedo, sorprendentemente, desapareció. No así las burlas de tus amigos, que seguirían presentes en muchas de las conversaciones futuras, años después. Pero no se puede dar

marcha atrás, cometiste un error, que sirvió de aprendizaje, porque luego supiste solventarlo con creces y utilizarlo a tu favor, eso fue lo más positivo de todo.

Y pasaste página por completo. Fue un error transformado en acierto.

El viento flamea las velas cuando salís de la pequeña ensenada y cambiáis el rumbo en dirección a la gran ciudad. El piloto va delante de vosotros controlando el timón. En la maniobra, las velas se extienden hacia delante, aprovechando la navegación en empopada. La nave se desliza sobre la superficie del mar y un ronroneo de espuma sale de los laterales del casco conforme sube y baja la proa.

Te fijas atentamente en los pasajeros que te acompañan: son cuatro mujeres y tres hombres, de rostros despersonalizados. Lo que tú querías evitar y por lo que tanto has luchado en tu aventura. Los ves como objetos inertes embutidos en cuerpos humanos. Te dan pena, desconoces lo que será de ellos o, si como tú, irán a visitar a la mujer del bebé.

La calidez del sol enciende tu cara; la brisa, la refresca; la paz, te invade. Son momentos en los que hay que disfrutar, paradas en el tiempo para reflexionar con alegría. Respiras profundo, como las velas del barco en el que navegas, e insuflas tus pulmones de tranquilidad. Intuyes que el final se acerca y por eso estás feliz. Desconoces cómo será el final, pero estás feliz. Estás feliz, Sistiaga, y lo mejor: te notas cada vez más fuerte, más vigoroso.

Oyes de repente gritos a tu espalda, llegan desde la costa, a unos cien metros de donde estáis. Son los Nibelungos que os gritan desafiantes. Se rebelan contra vosotros, gruñen con odio, aprietan los puños, pero nada pueden hacer. Hay cientos de ellos en las orillas de la costa, saltando y levantando los brazos, emitiendo potentes alaridos. Un hombre y una mujer de los que os acompañan, como atraídos por las voces, se tiran al agua al oír la llamada. Se dejan llevar por la corriente del mar. Flotan boca arriba en dirección a la playa. No puedes hacer nada, la corriente es demasiado rápida como para intentar ir a por ellos y traerlos hasta la embarcación. Hombre y mujer apenas se hunden en el mar; las miradas al cielo, sin vida, sin ilusión. Los Nibelungos los devorarán en cuanto estén a su alcance. Y se acabará su

historia.

Dejas de mirar hacia la orilla, Sistiaga. Te olvidas de la escena a tus espaldas y miras a proa, pensando en la distancia que aún os falta, contemplando el horizonte y los cabos de las montañas, que se adentran como muelas en el mar. Tienes ganas de llegar. De gozar con tu aventura. De conocer a la misteriosa mujer que lleva entre sus brazos a un bebé. Tu siguiente misión.

Los huecos de los dos que se han lanzado al mar permanecen sin ocupar, se ha respetado el espacio y ninguno pretende invadirlo por el simple hecho de estar más cómodo. El vaivén acompasado de las olas te hace víctima del sopor, eres consciente de que el día de hoy está siendo inusualmente largo, pero durante estas últimas jornadas pocas cosas pueden sorprenderte ya. Crees que este viaje está sirviendo para alcanzar una madurez que no tenías, para comprender la importancia de los años vividos y de la experiencia acumulada, para entender que lo válido es lo que no tiene valor, valor material, claro. Unas reglas tan sencillas has necesitado muchos años de tu vida para meterlas en tu cabeza. Te estás curando, Sistiaga, estás aprendiendo a que hay que desprenderse de casi todo, manteniendo siempre los recuerdos. “Me encontraréis a bordo, ligero de equipaje”, como decía el famoso poema aquel. Y sonríes, dentro de ese letargo agradable que ha hecho cerrar tus ojos. El problema estriba en que desde el nacimiento te hicieron ver que tus experiencias, trabajos y vivencias futuras tenían que ocurrir a base de un desgaste insano, porque debían estar siempre encaminados hacia el éxito y las victorias. Y no tiene por qué ser de ese modo. Hay que navegar con la misma tranquilidad con que lo hace la embarcación en la que vas, dejarse conducir por el flujo natural de los acontecimientos, aceptando lo positivo y lo negativo, porque no todo debe ni puede ser perfecto ni salir bien. Así es, Sistiaga, las reglas sencillas son a veces las más difíciles de entender, se tiende a complicarlo todo, adornarlo con una pátina de falsedad atrayente para que parezcan verdades auténticas, cuando no lo son. Si lo haces de esa manera, la frustración será menor y tu estima, mayor.

La oscilación cadenciosa durante la empopada te había sumido en el sueño; ahora, sin embargo, el viraje y cambio de rumbo repentino que ha realizado el patrón, cazando las velas para aprovechar mejor el viento de costado, te hace despertar y abrir los ojos. La nave se levanta por estribor y te sujetas a la barandilla para mantener el equilibrio y no caer hacia delante. El

viento sopla más fuerte, aunque sabes que es una impresión engañosa, es la inercia que tiende a rebelarse cuando varía de estado.

Habéis dado la vuelta al cabo y lo que tienes delante ahora es la vista general del puerto de mar de la gran ciudad. Aparece a lo lejos, distante, pero se pueden percibir los detalles de sus dos faros, rojo y verde, en cada uno de los extremos de sus muelles. El mar salpica conforme rasga las olas, pero a ti eso ya no te importa, al contrario, sientes un agradable hormiguelo en tu interior. Es el sabor de la aventura, y no del miedo y la incertidumbre. Las antiguas baterías de defensa del ejército se dibujan en lo alto de los montes que cobijan a la gran ciudad, son coronas de hormigón y piedra, impasibles a las inclemencias del tiempo habidas y por haber. Conforme más avanzáis hacia puerto, más cobijados os sentís. El abrigo de los puertos devuelve la serenidad a los marineros del mar, a todos aquellos que surcan las aguas y alcanzan tierra firme. Contemplas la llegada como quien se adentra en el vientre de una madre. La gran ciudad es una madre de miles de años, la antigüedad y la sabiduría de los innumerables pasajeros que estuvieron de paso por allí, y también la de los que vivieron resguardados entre sus muros. Te sorprende el silencio y la calma, solo interrumpido por el rumor del viento en las velas, aunque cada vez es más débil ese viento, conforme ganáis metros en el interior de la dársena. Por la altura del sol deduces que es el atardecer, no te cuadran las horas que han pasado con las que tú has percibido realmente, hay un desfase mucho más alargado en las de tu reloj biológico, pero no buscas explicaciones, las aceptas tal y como vienen a estas alturas. Tus prioridades cambian, como cambia el rumbo de la nave. Y ahora tu prioridad es encontrar a la mujer del bebé. Es lo que más te importa en estos momentos y no deseas otra cosa. El nuevo objetivo, la principal novedad.

Os reciben en el puerto un sinfín de palmeras datileras alineadas junto al paseo. Al fondo, a la derecha, una muralla de piedra se levanta impasible y protege a la ciudad de las crecidas de las aguas. A la izquierda, un monumento con los caídos en la guerra, señalan el centro de una plaza. El barco se aproxima al embarcadero despacio, y el patrón, que ha soltado amarras, se dirige a proa para atracar, maniobra con la facilidad y precisión de quien tiene medidos cada movimiento sin necesidad de ayuda. Cuando toca puerto, sujeta un cabo al embarcadero y, sin decir una palabra, espera a que te levantes y subas a tierra firme. Los que viene contigo permanecen sentados, continúan con esas miradas perdidas, que no atienden a nada ni a nadie. Te pones en pie

y subes a tierra. El piloto aprovecha para recoger cuerdas, desplazar la nave de un empujón sobre el embarcadero y de nuevo poner rumbo mar adentro. Nadie, excepto tú, ha bajado a tierra. Miras alrededor y la gran ciudad está vacía de gente. Caminas en dirección a su interior y enseguida oyes la voz de varias personas. Miras hacia la plaza de los soldados caídos en la guerra y observas a tres hombres sentados alrededor de un banco junto al césped. Te aproximas a ellos en busca de una calidez que no percibes. Los hombres están jugando a la baraja española, tiran y recogen las cartas que colocan sobre el banco de piedra. Están abstraídos en el juego y ni siquiera levantan la mirada cuando llegas a su lado. Los tres tienen edades avanzadas, parecen amigos de toda la vida por las expresiones y los motes que se dicen y la forma rutinaria de apostar.

Uno de ellos, de pelo cano y poblado, decide dejar de jugar un momento para dirigirte la palabra. Te pregunta si eres nuevo en la ciudad. Tú le contestas que acabas de llegar a puerto.

—¿Y vosotros, vivís aquí?

Los tres individuos se ríen a la vez.

—No, claro que no —contesta el del pelo cano—, estamos esperando nuestro turno para ver a la dama del bebé en los brazos. Imagino que en cuanto nos toque, nos avisarán, mientras tanto, estamos echando una partida de cartas. ¿Te apetece entrar a jugar?

Declinas la invitación. Les dices que sientes deseos de verla, que hacia dónde debe dirigirse.

—No tiene pérdida —te dice un segundo jugador, con la cara correosa, peinada de surcos en la piel y dos grandes bolsas bajo los ojos—. Solo tienes que seguir la dirección de la calle que hay entre la muralla y esta plaza, te conducirá recto adonde está la dama.

Les das las gracias. Y decides seguir las instrucciones que te dan. Pero antes de ponerte en marcha, el tipo de pelo cano te advierte de que lleves cuidado, está atardeciendo y pronto caerá la noche.

—No debes salirte de la calle principal, cualquier otra callejuela que escojas está invadida por los Nibelungos. Lleva cuidado. Están especialmente

rabiosos en esta ciudad, tal vez porque sepan que la mujer del bebé se aloja en ella y, mientras esté aquí presente, no pueden acercarse a las inmediaciones principales. Algo sobrenatural les impide hacerlo. Al menos, eso es lo que suponemos nosotros.

Y tras decir aquello, echó una carta sobre el banco y remató el resto de cartas que había encima, arrastrándolas hacia su posición, pues había ganado la baza.

—¡No tenéis ni idea de jugar! —insinúa bromeando a sus dos compañeros.

Y los tres se olvidan de Sistiaga y se sumergen en el juego, mientras uno de ellos baraja, el otro corta y luego comienza a distribuir las cartas de dos en dos.

Las voces y risas de los jugadores se ahogan en la lejanía conforme penetra en la calle principal. La localidad presenta aspecto de estar desierta sino fuera por esos tres. Sin embargo, las edificaciones están en buen estado. Es un lugar bien cuidado, pero sin nadie que se encargue de hacerlo, en apariencia. La calle está limpia como si la acabaran de barrer. El sol comienza a esconderse, y la tarde pronto dará paso a la oscuridad. Miras los edificios en busca de alguien que se asome a los miradores, las cortinas están echadas en todos ellos. No entiendes ese estado de soledad que impregna a una ciudad bien conservada, pero tú tienes que cumplir tu misión y sigues recto por la calle principal. Al cabo de un tiempo, la noche se ha hecho de repente. Las puertas de los edificios están todas cerradas y los establecimientos comerciales con las persianas bajadas. En uno de los carteles de una galería de ropa lees el horario comercial: de once de la mañana a ocho de la tarde. Imaginas que son más de las ocho de la tarde, por eso la noche se te echado encima. Te sorprende de pronto que la iluminación de las farolas se ponga en funcionamiento en un mundo donde ya no funciona nada. “Qué extraño”, piensas.

Un rumor empieza a extenderse desde los tejados, miras hacia allí arriba y ves a un sinfín de Nibelungos por el borde de las construcciones y los áticos vigilando tus movimientos y desplazándose ágiles por lo alto. Gruñen y gritan, apuntando hacia ti con esos ojos rojos que poseen, la bocas retraídas y desafiantes. Uno de ellos lleva el brazo troceado de un humano al que le acaba

de dar un desgarrador mordisco, arrancando parte de su bíceps y engullendo sin apenas masticarlo. Al fondo de las callejuelas, que dan a la calle principal, hay apostados también otro número incalculable de ejemplares. Hay una especie de barrera invisible que les impide penetrar y llegar hasta donde tú estás. Los bramidos son atronadores. Te entran prisas por llegar cuanto antes al lugar donde está la dama del bebé. Las farolas indican la dirección que debes seguir; fuera de la demarcación de sus luces, ellos se muestran acechantes en la penumbra. La oscuridad es su aliada a la hora de cazar. Y contigo no pueden, algo los imposibilita. Intuyes que estás en el camino acertado, que hay una fuerza desconocida que los mantiene a raya, y tú estás bajo el influjo de ese escudo protector. Como todos los superhéroes con poderes, tú tienes los tuyos, te han sido asignados sin que los pidas, vienen dados, quizá por azar o por accidente, y uno de los superpoderes es tu capacidad de vencerlos, de que no puedan hacerte nada. Y eso te hace superior, sin que por ello te sientas superior, tienes un don del que no alardeas, al igual que todos aquellos que poseen dones, los dan por asignados de naturaleza y no se pavonean por tenerlos, son seres humildes en su hermosa superioridad. La humildad del superhéroe, que lo único que pretende es salvar a los demás ciudadanos, en especial a los más desvalidos y desprotegidos. Lo que has hecho siempre, Sistiaga, desde que eras crío. Salvarlos de un enemigo común, en este caso, de los salvajes Nibelungos. Has llegado allí para dar la batalla, para salvar al mundo en el que estás de esos seres invasores. O eso crees.

Qué ingenuo eres, Sistiaga, eres peor que cuando tenías diez años. No hay manera de que dejes de ser un soñador. Lo mismo es eso lo que te ha salvado, por lo que has sobrevivido todo este tiempo. Será o no será el caso, pero tú seguirás siendo un soñador para poder seguir creyendo, porque si dejas de soñar dejarás de creer. Y tú no quieres eso. Tú quieres aferrarte a la esperanza de no sentirte perdido. Y decirte a ti mismo que hay un por qué y un para qué en este embrollo que es el mundo donde te mueves. Que lo que haces merece la pena, aunque no haya recompensa, la recompensa la llevarás prendida en el corazón mientras vivas y sigas luchando.

Es la representación de tu vida lo que llevas a cuestras, eres su actor principal, sin hipocresías que enturbien o enmascaren algo que no es. Empezar de cero y recrearla de aventuras, tal y como hacías en las obras de teatro que montabas en tu casa con una simple caja de zapatos. Le dabas la vuelta a una

de ellas y la usabas de escenario, la otra tapa la ponías por detrás con el hueco de la caja mirando hacia ti, esa la usabas de telón de fondo. Encima de la caja, que hacía de escenario, reunías y colocabas un montón de pequeños muñecos que tenías desperdigados por los rincones de armarios y habitaciones, y los usabas como actores de una obra de teatro que te inventabas. Para darle más realidad al asunto, apagabas la luz del dormitorio, y buscabas la linterna que había en el armario de la cocina, para cuando saltaban los plomos de casa, y la ponías como foco de escenario, apuntando hacia los muñecos, los verdaderos actores de las obras que te inventabas. Y en esas obras que hacías sobre la alfombra, a oscuras, representabas tus sueños y tus ambiciones futuras, que no eran otras que las que siempre quisiste ser: un superhéroe con capacidad para volar y, como ocurría en las tramas de las películas del cine, tú hacías como que esperabas tranquilamente en el salón de casa a que surgiera algún peligro o alguna nueva misión en la ciudad para actuar enseguida. En el fondo no eras más que un Quijote con traje especial. En el fondo no eras más que un fantasioso alocado como él. En el fondo lo que te ha llevado de la mano por la vida es la ilusión que le ponías a tus sueños. Porque sabes que los sueños existen, Sistiaga.

Y tal vez la dama del bebé tenga que ver con ellos...

La calle principal se continúa con una escalinata larga que se prolonga hacia arriba hasta llegar a un edificio romano. Los escalones son escasamente altos, pero muy numerosos y amplios en superficie para que el acceso sea menos dificultoso. Hay dos antorchas encendidas a los lados de la edificación y puedes ver dos grandes portales rectangulares abiertos, uno de entrada, en el frente, y otro de salida, por la parte opuesta del edificio. Las paredes están grabadas con cráneos de animales y motivos florales. Las escaleras se continúan por dentro del conjunto, excepto en la zona llana de en medio, donde hay un rellano. Conforme asciendes, percibes que los Nibelungos han dejado de seguirte. No queda rastro de ellos por ningún sitio. Estás contento, Sistiaga, feliz. Piensas que ha merecido la pena. Y el deseo de ver a la dama cosquillea tu vientre, esta vez no es por hambre, aunque, ahora que caes en la cuenta, piensas en las horas que hace que no has comido nada. A estas alturas da lo mismo. Tú sigues ascendiendo escaleras y aproximándote al templo, porque estás convencido de que el edificio al que vas es una especie de santuario romano dedicado a una Diosa, y esa Diosa es la dama del bebé. O esa es la representación que tú te haces en la cabeza, como cuando jugabas al teatro con

las cajas de zapatos. “Eres un *crack*, Sistiaga, menudas películas te montas”. Pero lo cierto es que estás intrigado, son muchos los meses sumergido en el mundo de los Nibelungos y quieres que algo, fuera del ámbito corriente, suceda. E intuyes que el momento ha llegado, hoy es el día. Al fin.

Terminas de subir las escalinatas. Has alcanzado la entrada del templo. Apenas sopla el aire, las llamas se mantienen erguidas y crepitan, extendiéndose hacia el cielo con dedos amarillentos de fuego que terminan desvaneciéndose en el aire, tal y como haría un prestidigitador. A la derecha de la estancia del edificio, hay alguien sentado en una butaca. Solo puedes percibir los pies por el momento.

Estás expectante, ha llegado la hora de hablar con la persona que te explicará la razón de todo este embrollo. Sigues adelante y escuchas el llanto de un bebé, retumba entre sus paredes, sin estridencias, es un llanto inocente, no hay acto más inocente que el llanto de un bebé, no puede ser de otra manera y esa melodía reblandece de alegría tu ánimo, lo llena de sentimiento, y un nudo de emoción te aprieta la garganta. Las lágrimas acechan tus ojos, intentas contenerlas, pero un par de ellas se escapan por las mejillas y la ternura contenida en tu corazón desborda al final todo tu cuerpo, dejas de aguantar los impulsos y terminas llorando tú también. De alegría, de turbación. Algo te dice que es bueno que actúes así, dejándote llevar.

Te internas en la gran entrada al santuario y logras ver a la dama con el bebé en sus brazos. Está haciéndole arrumacos para que cese de llorar, la criaturita parece hacerle caso y acaba ronroneando como un gato y adormilándose. La mujer levanta su mirada y la reconoces enseguida. Fue una de tus primeras aventuras arriesgadas en el mundo de los Nibelungos. ¡Cómo no ibas a reconocerla! ¡Es Estrella! ¡La chica embarazada que salvasteis tú y Javi Ramírez! ¡La que llevasteis al hospital!

Ella te sonrío, solemne, majestuosa, hace un gesto para que te acerques y tú te pones delante de ella. Continúas llorando, sin la más mínima preocupación o vergüenza. Estás absorto en la imagen de aquella chica con el bebé entre sus brazos, acunándolo. No recuerdas haber estado tan exultante de amor como lo estás ahora. Pletórico. Irradias fuertes sentimientos desde el corazón hacia cada poro de tu piel, se escapan por esos diminutos agujeritos de tu superficie cutánea como si fueran rayos láser filamentosos. Y te llega

entonces planeando a tu mente, muy despacio, la primera imagen de la que tuviste noción como persona, la primera imagen registrada por tu cerebro como ser humano en el mundo de los humanos, ocurrió en el dormitorio de tus padres, tú todavía dormías con ellos en la cuna que había a los pies de su cama, estabas incorporado de pie, agarrado a los barrotes de hierro, algo fríos para tus diminutas manos, observándolos fijamente, como si no hubiera más elementos en el mundo que el retrato de tus padres cuchicheando alegres entre ellos, recién despiertos, sonriendo abrazados, melosos, mirándote con cariño para darte los buenos días. El sol entra alborozado por la ventana, es un domingo por la mañana y los tres estáis contentos. Sois una familia unida, con el optimismo y la fuerza de una vida con muchos años por delante. Y tú, Sistiaga, te sientes tan seguro con ellos y estás tan feliz... No tienes noción del tiempo a esa edad, eres un punto varado en el espacio y te recreas dando saltitos en la cuna, sujeto a los barrotes para no desequilibrarte cada vez que se te doblan los pies conforme se hunden en el colchón, y mirando a tus papás. A tus queridos papás. Eres un bebé, Sistiaga, como el bebé que tiene Estrella en sus brazos.

—Has conseguido venir hasta aquí, Álex —te dice Estrella de repente, y tú te sorprendes porque se acuerda de tu nombre, aunque tú también eres capaz de recordarlo con claridad.

Estás lúcido de pensamientos, viajan a la velocidad de la luz, las sombras que nublaron tu cerebro, sobre todo cuando estuviste cerca de los Nibelungos, se han disipado por completo. La luminosidad invade todo tu ser, eres un ser de luz viajando a la velocidad de la luz.

—Estás curado —continúa diciendo—. Muchos se han quedado en el camino y no encontrarán el sentido de por qué estaban aquí, como aquellos con los que venías en el barco, que siguen enfermos, por eso han continuado el viaje hacia ninguna parte, pero tú has alcanzado la meta, ya no quedan niveles intermedios donde ir ni instrumentos o utensilios que recoger, y por tanto los recuerdos te han sido devueltos y con ellos los sentimientos que surgieron en aquellos instantes vividos.

—Pero ¿y tú quién eres?, ¿qué tienes que ver en todo esto?, le preguntas a Estrella.

—Alguien que tiene la facultad de introducirse en tu mundo, el mundo de

oscuridad en el que has estado perdido. Y, junto con el ermitaño, hemos estado estudiando, vigilando y cuidando tus pasos. Supiste encontrar la salida, casi milagrosamente, Álex. Y ahora ha llegado el momento de marcharte de aquí. La terapia celular y sensorial a la que has estado sometido, gracias a los nuevos fármacos experimentales, han servido de algo contigo. Otros no han tenido esa suerte.

—¿Terapia, de qué terapia me hablas?

No entiendes qué quiere decir.

—Comenzó el día que sufriste una fuerte crisis cerebral, cuando creíste ver el gran meteoro en el cielo. ¡Claro, tú ya estabas demasiado enfermo como para darte cuenta de que era un invento de tu mente! Fue el día de vuestro fin del mundo, como decía Javi Ramírez, y con él, la llegada de los temibles Nibelungos. Ellos representan la degeneración neuronal que atacaba tus recuerdos, los causantes de que estos desaparecieran, de que fueran devorados, pero has sabido mantenerlos indemnes, contigo todo ha funcionado extraordinariamente bien. Por eso era tan importante que los mantuvieras siempre presentes para no perder tu identidad.

—¿Entonces lo que he vivido es o no real? —preguntas atónito—. ¡Necesito que me digas algo, Estrella!

—Todo ha sido en cierto modo una ilusión creada dentro de tu propio cerebro, un combate contra la enfermedad, una lucha contra los Nibelungos. Porque a eso es a lo que te has estado enfrentando todo este tiempo sin saberlo: a los Nibelungos, a tu enfermedad. Lo comprenderás mejor cuando subas las escaleras que te quedan y salgas por la puerta de arriba. La criatura que llevo entre los brazos te ha salvado, Sistiaga, aunque tú no lo hayas percibido. Ven a contemplarla y tócala por primera vez ahora que tienes la ocasión.

Tú te acercas hasta el bebé, que tiene los ojos bien abiertos, se le ha quitado el adormilamiento en cuanto te has puesto a su lado, y te observa, pendiente de tus movimientos. Te está sonriendo, arropado entre diferentes gasas de tonalidades azules. Te agachas un poco y le tocas sus manitas. Notas la energía revitalizadora que desprenden sus ganas de vivir. Ha merecido la pena hacer lo que estás haciendo, Sistiaga. Porque ese bebé eres tú naciendo

de nuevo, representa tu cerebro recién sanado, una vez más tienes la oportunidad de vivir, de saber lo que eres y quién eres. Y que uno tiene y debe hacer lo que marquen sueños y sus ilusiones, no pares de repetírtelo, una y mil veces en tu cabeza si es necesario. No hagas caso de los manipuladores, de aquellos que te indican la senda que supuestamente se ha de seguir, diciendo que es la adecuada y la más correcta, porque es la que hacen todos los demás, porque dicen que hay que hacer siempre lo que hacen todos los demás. Pero tú no eres así, Sistiaga, tú quieres mantenerte al margen, como ese bebé a quien representas, por eso has llegado hasta aquí, por eso te has salvado. Hay que navegar contracorriente, y si estás equivocado, pues estás equivocado. Quien conozca la manera de actuar correctamente en estas aguas de incertidumbre que levante el brazo y responda. Verás que no hay nadie que sepa, ningún alumno aventajado. Nadie escapa al juego de la vida, ni al del padecimiento, Sistiaga, pero casi todos llegan tarde para saberlo, cuando son demasiado viejos y han perdido sus fuerzas, debilitado su carácter y sus esfínteres, y se cagan y mean en los pañales, avergonzados porque nadie les respeta ya, ni les hace caso, y solo queda de ellos un puto monigote retorcido en una silla de ruedas al que pasean por la avenida para que le dé un poco el sol.

La mayoría, al final, pierde la dignidad, tumbado sobre una cama, ulcerada su piel, arrepentido de no haber hecho lo que alguna vez pudo haber hecho. Y solo le queda esperar.

Esperar.

Esperar de manera indigna.

—Aprovecha la ayuda que se te ha brindado, Sistiaga —te dice Estrella, interrumpiendo tus pensamientos—. Ahora tienes la oportunidad de empezar desde cero una vida nueva. Sube las escaleras de una vez y traspasa la puerta, libérate para entender todo en su conjunto. Y agradéceselo al bebé. Él ha sido quien te ha salvado gracias a la regeneración y potencialidad de sus nuevas células y tejidos —vuelve a remarcar una vez más.

Es lo último que te dice la gran dama, contemplándote con la dulzura de unos ojos de miel. Hasta que la sala, con la butaca fastuosa donde están Estrella y la criaturita sentados, comienza a difuminarse, a la vez que la puerta de salida va ganando en intensidad lumínica.

Dejas de mirar hacia allí y te das la vuelta para centrarte y conducirte hacia la puerta, desde la que salen infinidad de radiaciones incandescentes, aunque incapaces de dañar tus ojos. Iluminan todo el templo, creando una niebla tan brillante que ha hecho desaparecer cualquier detalle del cuadro que tienes a tu alrededor, a excepción de la salida. Estás envuelto en una niebla solar, Sistiaga, repleta de energía. Solo te queda cruzar el vano y pasar al otro lado.

Y finalmente, decides dar el paso. Vas a rebasar la entrada...

Pero, justo en ese instante que se te antoja perpetuo, plétórico de luminosa incandescencia, eres capaz de identificar, en el otro extremo, al ermitaño, va vestido con su bata blanca y una delgada placa rectangular bajo la solapa en la que pone doctor Cifuentes. Está hablando con Hugo, tu hijo, bajo un cartel que pone Unidad de Enfermos Neurodegenerativos y Alzheimer. Le está diciendo que, en cuanto despiertes del coma inducido por la terapia experimental, te recuperarás plenamente.

Es entonces cuando las vivencias de lo que una vez fuiste acuden en torbellino al mismo tiempo, agujereando el interior de tu cerebro, como afilados dardos lanzados sobre una plancha de poliespán. Una tormenta eléctrica se desata dentro de ti, un huracán convulso, paroxístico, que te despertará y reintegrará a la realidad en el mismo instante que traspases esa puerta.

Y, por fin, todo regresará a la normalidad.

Gracias a Dios, volverás a ser el que siempre fuiste, Sistiaga.

Estarás curado. Curado por completo. ¡Alégrate!

Sin embargo, dudas.

Te paras a escasos centímetros del vano de la gran puerta. No terminas de decidirte. Piensas en lo que debes de hacer. En lo más correcto.

Y dudas.

Continúas parado. No lo tienes del todo claro. O es acaso que no desees abandonar el lugar donde estás.

El mundo de los Nibelungos.

El gran mundo de los Nibelungos.

Tu mundo.

Porque allí eres lo que quieres ser.

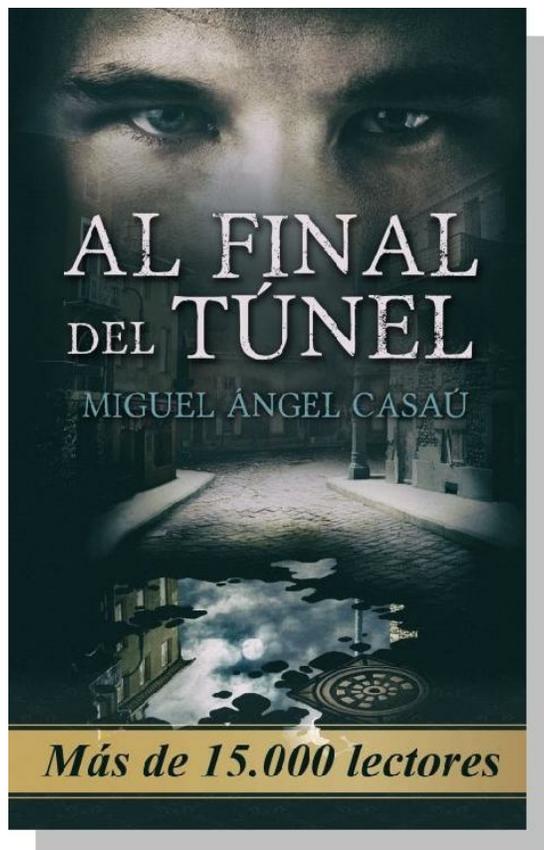
Porque allí eres lo que deseas ser.

Por eso, dudas, Sistiaga.

Superhéroe Sistiaga.

Dudas...

OTRAS OBRAS DEL AUTOR

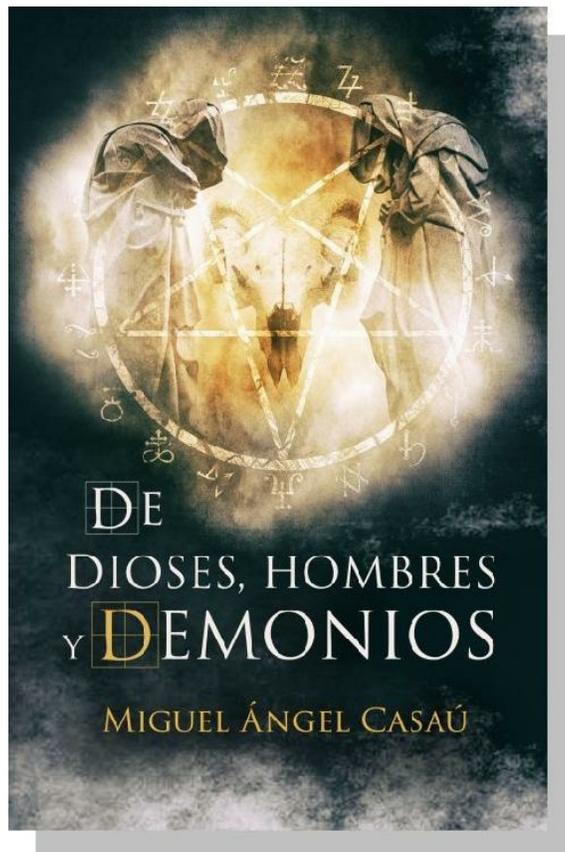


Lo que en apariencia es el azar quien conduce a los tres protagonistas a un extraño bar situado en un recóndito callejón de mala muerte, repleto de escombros y basura, en realidad, nada tiene de casual. Todo es producto de un plan preconcebido. Tan solo hay que escoger el lado de la balanza hacia el cual cada uno de los personajes se quiere inclinar. Pero cuidado: una vez elegido, los engranajes se pondrán en marcha y ya no habrá lugar para el arrepentimiento.

Alejo Cavalier, yuppie de una multinacional farmacéutica, que hasta el momento de la muerte en accidente de su mujer e hija solo había conocido el éxito en todos los ámbitos de la vida; Livia, una chica guapa, sometida al ejercicio de la prostitución por el ludópata de su novio e Isidro, un hombre

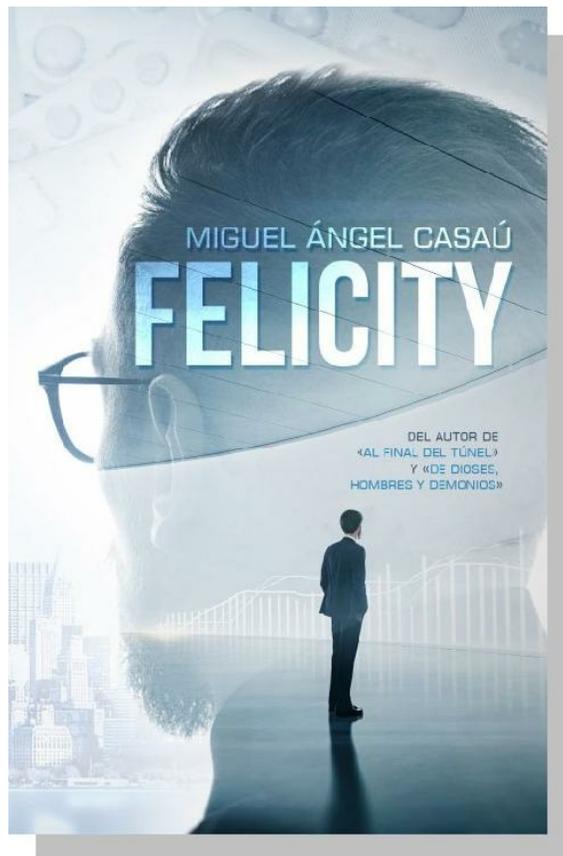
apocado, de carácter endeble con todo el mundo confluyen, un día tormentoso de lluvia intensa, en un misterioso bar llamado El escorpión. A partir de ahí, nada será ya igual que hasta entonces.





Un extraño encuentro con una indigente medio loca que pasea por las calles de la ciudad. Una frase premonitoria que será determinante para que le queden seis meses de vida al protagonista. La aparición de oscuros personajes que dicen ser adoradores y siervos del Diablo. Y un manuscrito que aclarará muchas de las dudas existenciales. Toda una mezcla explosiva convertida en la novela de terror y suspense más adictiva que caiga ante tus ojos. Un misterio que no se desentrañará hasta leer sus últimas páginas.

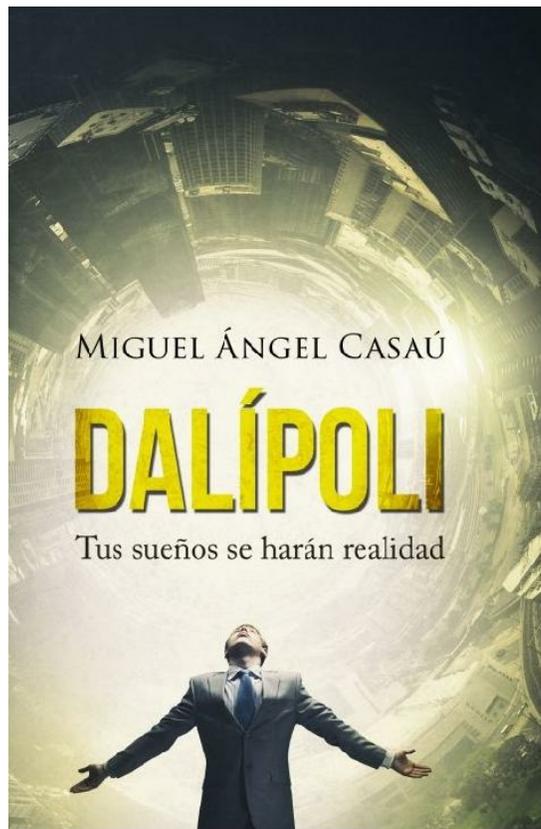




Brida, una chica con la facultad extraordinaria de escuchar las voces internas y pensamientos de las personas, comienza a detectar un comportamiento anómalo en la gente que le rodea, coincidiendo con la aparición en el mercado de un medicamento milagroso, el Revitalid Cómplex, que asegura alcanzar la felicidad a todos aquellos que lo consumen. Simultáneamente, una turba de violentos individuos comienza a apoderarse de las calles. Detrás de la fabricación de ese producto y del ejército de violentos se encuentra la figura de Ritler Ferroblue, un excéntrico multimillonario, propietario de Laboratorios Antas, del que apenas se conocen datos sobre su biografía. Brida emprenderá entonces una arriesgada aventura, una huida hacia adelante, a la que se le unirán dos compañeros de viaje, Gabriel, otro lector de mentes como ella, y Demetrio, extrabajador de los Laboratorios Antas, en un intento por dar caza al misterioso personaje en busca de respuestas definitivas a muchos de sus interrogantes.

¿Se han preguntado alguna vez qué ocurriría si estuviese prohibido sufrir, si nos proporcionasen el fármaco que otorga la felicidad?





La vida de tres personas se entrecruza de manera, aparentemente, casual:

Desmont, periodista del diario La Identidad, se ha citado con un antiguo amigo, Charlie, a quien le había perdido la pista hacía veinte años, un tipo prometedor e inteligente que durante su adolescencia se extravió en el tenebroso mundo de las drogas.

Cris, una licenciada en veterinaria que está preparando la tesis doctoral. Hija de familia rica, se obstina en labrarse su propio camino compaginando los estudios con el trabajo que desarrolla en un bar de copas. Sus relaciones afectivas no resultan demasiado satisfactorias; de hecho, está al borde de romper con su actual novio.

El Ricky, un ratero de tres al cuarto, chivato de la policía al que unos matones están a punto de liquidar porque un poderoso capo de la droga se ha quedado sin un alijo de cocaína por su culpa.

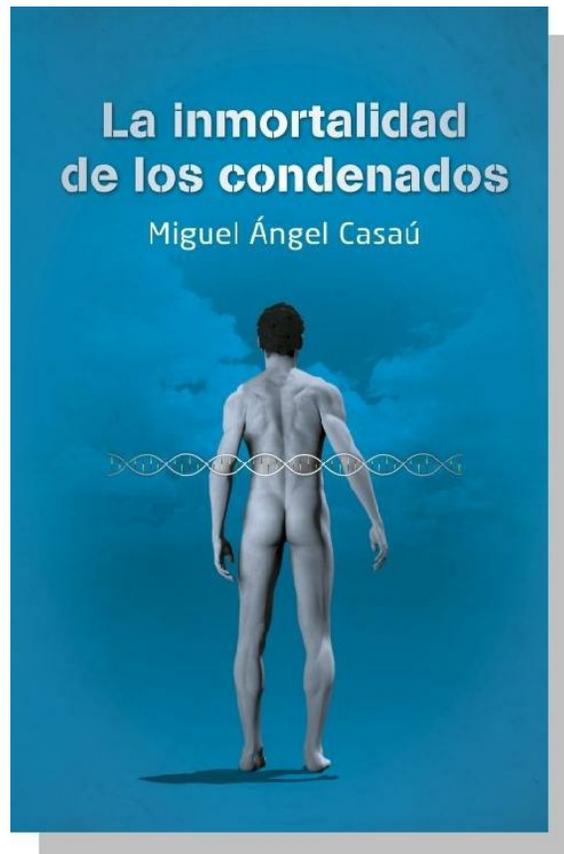
Los tres protagonistas atravesarán una misteriosa puerta de cortinillas oscuras y luz roja en lo alto y se adentrarán en la ciudad de Dalípoli. Una ciudad de apariencia encantadora, paradisíaca, pues nada cuesta dinero utilizando una extraña tarjeta que se entrega a cada uno de los recién llegados. Tan solo habrá que cumplir ciertas reglas obligatorias.

Para la mayoría de los ciudadanos, esto no será inconveniente y Dalípoli se convertirá en el refugio maravilloso que todos andaban buscando, donde no existen las preocupaciones o las responsabilidades. El Alto Comisionado, organismo que dirige la ciudad, ya se encarga de ello.

El problema, el verdadero problema, surgirá cuando se complete la banda magnética y la tarjeta llegue a su fin.

Dalípoli constituye todo un viaje a los abismos del hombre, la verdadera morada del diablo.





Tras el Big Crunch, el mayor colapso financiero que azota a las economías de todo el mundo, el planeta se encuentra fortificado en ciudades-estado amuralladas. Todo lo que queda fuera de las gigantescas murallas constituye el mundo exterior, habitado por los marginales. Un lugar donde impera el caos, la crueldad extrema, el canibalismo y la irracionalidad.

Daniel Losantos es un virtual, un ser educado exclusivamente a través del programa informático "Happy Family", que jamás ha salido de Infogenoma, su lugar de trabajo en la ciudad-estado de Ventura. Debido a un accidente fortuito saldrá de Infogenoma y penetrará en el mundo real, descubriendo que fue arrebatado de sus padres a los tres años de edad al estar seleccionado entre multitud de candidatos pertenecientes al mundo exterior.

En un intento por recuperar sus raíces, decidirá adentrarse en el peligroso territorio de los marginales, asumiendo innumerables riesgos que pondrán en

peligro su vida. Y todo ello para solventar dos cuestiones que resultarán primordiales para Losantos: saber quiénes fueron sus padres y por qué motivo tan especial lo eligieron para ser destinado a Ventura.

